

Confesiones de un Sacerdote Gay en Matrimonio

Un Viaje Espiritual



MAURICE L. MONETTE



Confesiones de un Sacerdote Gay en Matrimonio

Un Viaje Espiritual

por

MAURICE L. MONETTE

CC-BY-NC-ND 2013, 2016

Maurice L. Monette

All Rights Reserved

ISBN-10: 0615743854

ISBN-13: 978-0615743851

Editorial: Vallarta Institute

1 Edición (Inglés): 23 de enero de 2013

1 Edición (Español): 14 de febrero de 2017

MAURICE L. MONETTE

El autor de ocho libros y cerca de cuarenta artículos sobre liderazgo, justicia social, desarrollo organizacional, educación y espiritualidad, Maurice L. Monette, nació en Lowell, Massachusetts, en 1946, y dejó su hogar materno a la edad de catorce años para comenzar su educación en un seminario católico. Recibió un Doctorado en Educación de la Columbia University y grados de Maestría en Educación y en Teología en la Boston University y en la Weston School of Theology.

Ordenado sacerdote con los Padres Oblatos, en 1976, dirigió programas en educación y liderazgo eclesiástico en la Loyola University en Nueva Orleans y coordinó programas de educación en justicia social para el Center of Concern, en Washington, D.C.

Desde 1985 ha desarrollado consultoría organizacional, la cual incluyó más tarde su trabajo como directivo y educador del programa de Psicología Organizacional en la Universidad John F. Kennedy, en Pleasant Hill, California. Es fundador del Instituto Vallarta, realiza *coaching*, desarrollo de capacidades y evaluación, como servicios consultivos a fundaciones y organizaciones no gubernamentales. En el pasado año ha servido a organizaciones en África, Asia, Europa y América.

Vive en México con quien ha sido su esposo por más de veintisiete años. Ha viajado a la mayor parte del mundo de habla hispana. Habla fluidamente el idioma español y el portugués. Su amor por la cultura latina ha crecido más y más, desde el momento en que su madre, de orígenes franceses, le dijo por primera vez en español: "¡Te amo, mi hijo!"

Confesiones de un sacerdote gay en matrimonio es su primera incursión en la literatura no científica y no será la última.

TESTIMONIOS

“Estoy profundamente conmovido por la historia de este sacerdote católico de los Estados Unidos. En su libro, da reconocimiento a las personas excluidas de América Latina, por haber modelado su entendimiento crítico de los sistemas sociales y de la Iglesia Católica. Está convencido de que la salvación individual y la social están dentro de los alcances de la humanidad, lo que desde mi punto de vista, es su principal contribución a la lucha contra la discriminación y la homofobia.”

Mariela Castro, Directora del Centro Nacional para la Educación Sexual (Cuba)

“A través de pequeñas estampas en prosa y poesía, el viaje espiritual de Monette muestra el triunfo del espíritu humano sobre los mensajes religiosos que suprimen la sexualidad. Esta es una historia de autodescubrimiento y auto aceptación que nos trae libertad para una relación más auténtica con Dios.”

Hermana Católica Jeannine Gramick, Activista del movimiento LGBT (Estados Unidos)

“...sentí como si estuviera hablando contigo a través de tu libro. Los giros en las frases, el método para presentar los argumentos hacen sentir tu presencia viva en sus páginas... Estoy de acuerdo en que tenemos que escucharnos unos a los otros en vez de seguir hablando desde el malentendido.”

Francis Cardinal George O.M.I., Arzobispo de Chicago (Estados Unidos)

“*Confesiones de un Sacerdote Gay en Matrimonio: Un Viaje Espiritual* abre corazones y mentes. Este libro es tan grande como las Américas. El libro busca inspirar a la comunidad LGBT y a sus familias y amigos a contar sus propias historias de vida para sanar, tener esperanza y vivir vidas saludables y plenas.”

Paco Arjona, Director del Centro Comunitario LGBT SETAC (México)

“Maurice Monette cuenta su historia y al mismo tiempo da voces a las historias de muchos otros sacerdotes homosexuales casados. Su honestidad, humildad, inteligencia e ingenio llevará a los lectores no-gay, no-casados y no-sacerdotes, a reexaminar sus viajes espirituales.”

James B. Nickoloff, Editor del libro *Gustavo Gutierrez: Essential Writings* (Estados Unidos)

“No soy Cristiano, pero si existe alguien que ha entendido como ser gay, casado y sacerdote, eso me da esperanzas para un mundo más justo y lleno de vida, en el que nuestra diversidad es nuestra fortaleza. Este libro les habla a los jóvenes, a personas trans como yo... y a muchos otros.”

Lukas Berredo, Coordinador Político del Movimiento para la Diversidad Sexual (Chile)

“Este libro es apropiado para cualquiera que quiera entenderse a sí mismo un poco mejor, antes de comprometerse con otra persona, sin importar su orientación sexual. Habla de temas tales como familia, identidad, autoconocimiento, valores, religión, fe, así como de la transformación individual y cómo esta fortalece los lazos maritales.”

Roberto Corral Russo, Vicepresidente de la Asociación Cubana de Psicología (Cuba)

“Lo que la comunidad LGBT busca es la libertad necesaria para vivir vidas auténticas, fuera de la discriminación. Monette ahora está viviendo una vida auténtica y rica en espiritualidad; él ha hecho claro que la religión y la libertad religiosa no tienen que ser obstáculos para la igualdad para nuestras familias.”

Kate Kendell, Directora Ejecutiva del Centro Nacional para los Derechos de Las Lesbianas (Estados Unidos)

“La historia de vida de Maurice Monette, escrita de una manera tan amena y accesible, ofrece una invitación a reflexionar sobre el propio viaje de descubrimiento, alegría, tristezas y sentido esencial para la vida. El libro es un recurso para estimular las reflexiones en la clase acerca del crecimiento humano, a través de profundizar en los retos y descubrimientos y aún más profundamente en el bienestar espiritual.”

Amelia Mallona, Profesora en la Universidad Springfield (Nicaragua, Estados Unidos)

“Un extraordinario viaje espiritual. Este libro nos invita a reflexionar acerca de nuestros senderos en la vida y a comprender mejor y contribuir a la familia, el trabajo y a la comunidad a las que pertenecemos, sin importar nuestra orientación sexual, nuestra religión o nuestro estado civil.”

Mario Rodríguez, Investigador en el Centro de Estudios Psicológicos y Sociológicos (Cuba)

“Las memorias de Monette son una meditación sobre una vida vivida con compromiso e integridad; una vida en busca de aquello que toda la humanidad merece: intimidad, paz, justicia y felicidad.”

Carmen Rodríguez, Escritora de la novela *Retribution* (Chile, Canadá)

“Este es un libro que yo recomendaría al Papa Francisco. Las lecciones que Monette comparte, son lecciones para la Iglesia del futuro, en la que todas las mujeres, hombres y niños sean apreciados y bienvenidos en su diversidad.”

Daniel Grippo, ex Director de Mercadotecnia de National Catholic Reporter (México)

“Simplemente, breve y al mismo tiempo muy profunda, la historia de Maurice Monette da fuerza y paz mental para aquellos que deseen lograr cambios en sus vidas.”

Patricia Arenas, Coordinadora de la Comunidad de Aprendizaje, Cambio Humano (Cuba)

AGRADECIMIENTOS

A Jeff Jackson, mi esposo y mi mejor amigo, por aplaudir el nacimiento de cada palabra y alimentar cada capítulo hasta su madurez.

A Alba Hernández y Omar Villarreal Salas, por traducir de inglés-español.

A Bodil Hegnby Larsen, por haber donado su fotografía “Solo” para la portada del libro.

A Patricia Arenas, Paco Arjona y Ed Thomas, Carlos Avilés e Inez Ramos y familia, Rosemary Barbera y Eduardo Villegas, Lukas Berredo, Siobhann Brennan Durán y familia, Miguel Borunda Yanar y familia, Erika Bravo y Carlos Fuentes, Lourdes Cabrera, Mariela Castro, Mary Coonan y Amelia Mallona, Roberto Corral Russo, Pedro Antonio Cruz, Gustavo Delly Pena y Juan Flugelman-Hammer, Bernardo y José Díaz Cofre y Duam, Raoul Díaz de la Garza, Jake Empereur, Claudio Escobar Cáceres, Cecilia Espinoza y Samuel Stanton, Mireia Estrada Gelabert y Ahmed Ghazali, Jorge Galleguillos y Cecilia Céspedes y familia, Daniel Garabay, Javier García y Errukine Olaziregi, Gabriela y Daniel y Alex Gómez, Julio César González, Jeannine Gramick, Daniel Grippo, Beverly Hayon, Luis Larrain, Lindsey Leyva y familia, Mauricio López y David Bruner, Ana Patricia Martínez Huchim, Francisco y Maureen Power Marugan, David Maxwell, James B. Nickoloff, Israel Ortiz Rodríguez, Andrea Panaritis, Jean Pender, Christina Pérez, Carmen Rodríguez y Alan Kelly, Héctor Rodríguez y Carlos Vargas Ruiz, Mario Rodríguez-Mena, Eric Rojas e Ingrid Sepúlveda y familia, Aarón Rosales, Fernando Souper y Greg Mehlhaff, Yolanda Tacoronte, David Tovar y Ronnie Lee, Perico Viagra Cordero, Valorie y Leopoldo Villela, Linda Wood, Anita Zepeda, y l@s companer@s en las ONG quienes están construyendo un mundo mejor, incluyendo Armario Abierto (México), CENESEX (Cuba), Iguales (Chile), JIWAR Barcelona (España), MUMS (Chile) y SETAC (México): el libro no habría llegado a publicarse en español sin sus sugerencias y su confianza.

A mi mamá, Annette LaBrie Monette, por enseñarme mis primeras palabras en español.

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

La traducción al español de *Confessions of a Gay Married Priest: A Spiritual Journey* está dirigida a ustedes, mis hermanas y hermanos lesbianas, gais, bisexuales y transgénero (LGBT), y todos los otros miembros de una familia LGBT. “Familia LGBT”, ¿qué es eso? Si lo pensamos, ¿no es acaso cada familia, una familia LGBT? ¿Acaso no existe en cada familia una persona LGBT que vive su sexualidad abiertamente o en el clóset? Si no eres tú, tal vez lo sea tu madre, tu padre, tu hermana o tu hermano, tu abuela, tu abuelo, tu tía o tu tío, o tal vez tu hijo. ¿Cómo son tratadas las minorías sexuales en tu familia? ¿No te gustaría relacionarte con cada persona en una manera profundamente amorosa?

Este libro es acerca de un hombre joven que creció dentro de una familia amorosa como la tuya. Nadie en su familia sabía que él era homosexual. De hecho, él no supo eso acerca de sí mismo, hasta que pasó un largo tiempo después de dejar el hogar. Pero la manera en la que fue tratado en su familia cuando niño afectó la manera en que él aprendió acerca de su sexualidad y la manera en que aprendió a amarse a sí mismo y a los otros. Este libro no te predicará un sermón. Simplemente te contará la historia de una persona y de su lucha para volverse un hombre generoso y amoroso.

Tal como la familia de este hombre, puede que tu familia sea también católica o de otra religión. Puede que tu familia pertenezca a una iglesia que es poco comprensiva y que brinda poco apoyo a las mujeres, hombres y niños LGBT. Esta es la historia de un niño que entró en el seminario católico a la edad de 14 años, se volvió sacerdote, y como tal, enseñó en universidades y seminarios, condujo el liderazgo de congregaciones como podría ser la tuya. Luchó en contra de su homosexualidad durante este periodo y se esmeró por ser un buen sacerdote, un célibe de fe, y una persona que se tomaba a Dios muy en serio. Una vez más, este libro no intenta darte a ti un sermón, ni a tu iglesia. No trata de cambiar tus creencias. Este libro sólo intenta contar la historia de una persona homosexual que se esmeró en ser fiel a su fe católica y puro en la manera en que vivía su vida.

En este libro conocerás a la familia de este joven hombre, a su madre y a su padre, a sus dos hermanas y a sus tías y tíos (la mayoría de las cuales eran monjas, y ellos, sacerdotes). Como tú, todos ellos eran personas amorosas. Los padres del joven hombre se esmeraron en comprender y en aceptar a su hijo homosexual. Aprender de su homosexualidad era muy difícil para ellos, pero no se rindieron. Les tomó varios años aprender a estar con él; pero ellos lo lograron y lo amaron aún con más profundidad. Como leerás aquí, el hijo también aprendió. Aprendió a no tratar de cambiarlos, pero sí aceptarlos y amarlos sin condiciones.

Este libro cuenta la historia de mi familia y de mi salida del clóset como persona gay, pero también cuenta la historia de mi propia fe y de cómo ella creció para dejarme apreciar la manera en que Dios me hizo. Espero que este viaje te anime a confiar en que

estas en las manos de Dios, que te ama y te apoya siempre. Como mi propio viaje espiritual demuestra, la confianza en la vida no se gana fácilmente. La confianza madura a través de varias etapas; pero en cada etapa se abre una nueva puerta hacia una felicidad mucho mayor.

Este libro es también una historia de amor, porque cuando la puerta del sacerdocio se cerró, una nueva puerta se abrió para mí: el matrimonio con el hombre que amo. Podrás leer en este libro sobre cómo caminé por la oscuridad y luego me encontré con un Dios mucho más grande y con el amor del hombre con él que he vivido hasta ahora, durante 28 años.

Esta publicación de *Confesiones* en español está motivada en parte por la recepción que ha tenido la versión en inglés. En 2014, Nautilus Book Awards lo nombró como “un mejor libro para construir un mundo mejor”, en su categoría de Religión y Espiritualidad; y Global EBook Awards lo nombró el mejor libro electrónico LGBT en 2013. Sacerdotes, monjas y defensores de derechos humanos han respaldado el libro. Incluso un Cardenal muy conservador en los E.U.A. lo ha leído y ha enviado comentarios de aliento. Una de las revistas católicas más leídas en los Estados Unidos, la *National Catholic Reporter*, publicó la carta que el Cardenal me envió el día en que la Suprema Corte de los Estados Unidos legalizó el matrimonio igualitario. Más importante aún, la inspiración más profunda para esta edición en español viene de varias personas que me han contado que el libro los ha conmovido con profundidad. Entre ellas están las familias que he conocido a través de mis viajes a Argentina, Bolivia, Brasil, Cuba, Chile, México, Nicaragua, Perú y España. Encontrarás algunos de sus comentarios y otros realizados por líderes en derechos humanos, en alguna parte de esta edición.

Mi trabajo con la teología de la liberación y con la educación liberadora en las comunidades de base en América Latina, el Caribe y Estados Unidos me motivó a apropiarme de mi necesidad personal de liberación y regresar el favor a mis hermanas y hermanos latinos. Estoy muy agradecido de que todos ellos hayan jugado un rol importante en mi crecimiento como ser humano, como ser político y como hombre de fe.

Otro motivo para la traducción de este libro al español es todo el cambio positivo en el mundo que coincidió desde la publicación que hizo el Vallarta Institute de *Confesiones de un sacerdote gay en matrimonio* en inglés en enero de 2013. Al mes de la publicación del libro, el Papa Benedicto XVI, se convirtió abruptamente en el primer Papa en retirarse en 600 años de historia de la Iglesia Católica y se nombró al primer Papa latinoamericano, el Papa Francisco. Como la mayoría, yo también estaba completamente sorprendido, y el cambio positivo continúa. Pocos meses más tarde, el Papa Francisco atrajo esperanza y escándalo al mismo tiempo, cuando respondió una pregunta de un reportero acerca del asunto gay: “¿Quién soy yo para juzgar?”, dijo. En mayo del 2013, presidí la ceremonia de compromiso más numerosa en todo México, con

25 parejas lesbianas y gay; ahora, tres años más tarde, el matrimonio igualitario está protegido en todo México. Ahora hay matrimonio igualitario en 15 países del hemisferio. El cambio continúa. El 26 de junio de 2015, la Corte Suprema de los Estados Unidos reglamentó la ley de matrimonio igualitario y el matrimonio de 28 años entre mi esposo y yo fue finalmente reconocido como legal en todo Estados Unidos. Desde la publicación de *Confesiones* en 2013 he podido celebrar otros cambios en el mundo de habla hispana, los cuales nunca pensé atestiguar en mi vida: los E.U.A. finalmente se abrieron a las relaciones diplomáticas con Cuba después de 50 años, las FARC y el gobierno colombiano firmaron un acuerdo de paz para terminar con la guerra más larga de toda América Latina, y movimientos sociales, como el 15-M en España y los estudiantes en Chile inspiraron cambios contra la austeridad alrededor de todo el mundo. Tristemente, no todos los cambios son positivos, ni todos los cambios positivos duran para siempre. Hace apenas unas semanas, antes de publicar la traducción en español de este libro, los Estados Unidos invistieron a un presidente que prometió construir un muro entre Estados Unidos y Latinoamérica, y nombrar jueces a la Corte Suprema que legitimarían una interpretación demasiado peligrosa de la “libertad religiosa”, la cual permitiría la discriminación en contra de las minorías LGBT y otras.

Para reflexionar acerca de este cambio, mi esposo y yo decidimos caminar por una parte del lado portugués y del lado español del Camino a Santiago de Compostela en septiembre pasado. Nos concentramos en pensar a dónde nos llevaría el “camino de la vida” y sobre cómo podríamos contribuir mejor a los otros a lo largo del camino. En nuestras conversaciones y viajes, emergieron varias intenciones. Dos de ellas son ahora realidad, la traducción de este libro al idioma español y la redacción de una obra de teatro en dos actos, *El suéter rojo*, basada en este libro.

Aquí te ofrezco lo que he aprendido para que tú, tu familia y tu comunidad puedan aceptarse los unos a los otros con un amor mucho más grande y duradero. Por favor, visita el sitio web del libro *gaymarriedpriest.com* o la página en Facebook *Confessions of a Gay Married Priest*. Espero escuchar de ti, tu historia, especialmente si el libro te inspira a reflexionar acerca de cómo quieres contribuir a lo largo de tu propio camino de vida.

Maurice L. Monette
14 de febrero de 2017

ÍNDICE

EL ITINERARIO DE MI VIAJE ESPIRITUAL.....	17
CAPÍTULO 1 – EL CREYENTE VERDADERO.....	18
EL BOSQUEJO.....	18
EL MONASTERIO FAMILIAR.....	20
EL ATRACO EN LA HELADERÍA.....	21
CONFESIÓN.....	23
MISA MATUTINA.....	24
LA PRIMERA MONAGUILLA.....	26
EL GUANTE MÁGICO.....	27
LA PUERTA TRASERA.....	28
EL OGRO.....	29
LOS ARBUSTOS.....	30
¿QUÉ TIENES TÚ QUE DECIR?.....	31
ATARDECER FLUORESCENTE.....	32
SENOS.....	33
LA GRADUACIÓN.....	34
UNIÉNDOSE AL SEMINARIO.....	35
GALLETAS DE CHOCOLATE.....	37
PECADOS Y ESCRÚPULOS.....	38
LUCHA LIBRE.....	39
EL REGALO.....	40
CARICIA VIRGINAL.....	41
EL TESTIGO.....	42
ESCRITURA DEL DIARIO.....	43
UNA PELEA POR LA PLEGARIA.....	44
APUNTE DE DIARIO 23/09/70.....	45
EXPERIMENTOS CON CHICAS.....	46
DIOS PADRE.....	47

EL LLAMADO.....	49
EL ÍDOLO	51
DESPEDIDA DE SOLTERO	52
CAPÍTULO 2 – EL ESCÉPTICO	54
GÉNESIS.....	54
LA PRIMERA VEZ.....	55
EL ROBO	56
EL FUNERAL	57
EL SR. NUEVA YORK.....	58
DE PESCA	59
SABÁTICO	60
MOSCAS	61
ROJO	62
CUBA	63
EL SERMÓN	64
FE Y LIBERTAD	65
LA SOMBRA.....	66
EN LLAMAS.....	67
HERMANO MENOR	68
GENTE EXTRAÑA	69
LOS TRES SENTIDOS DE LA PALABRA <i>BLUES</i>	71
PÁNICO	72
VARADO.....	73
EL CONSEJO DE CHRISTOPHER.....	75
SOY UNA ROCA	76
EL HERMANO MENOR HA CRECIDO.....	77
LA RUPTURA	78
EL SUÉTER ROJO	79
LA DECLARACIÓN.....	81
UN REQUIEM	83
LA ÚLTIMA MISA	84

¿SABES QUÉ?	86
EL DÍA DEL PADRE	87
CAPÍTULO 3 – EL AMANTE	88
ROPA ESPARCIDA	88
CARTA A LA IGLESIA.....	89
EL DIOS DEL SEXO.....	92
EL OLIVO.....	94
ASÍ NO.....	95
ALTERNATIVA	96
DISTRACCIONES.....	97
TRES SORPRESAS	98
CASADO POR VARIAS VECES	99
EL DÍA DEL ALMA.....	100
A JEFF EN SU CUMPLEAÑOS.....	101
QUIÉN ES DIOS PARA MÍ	102
RELIGIÓN.....	103
IDENTIDAD	104
LA CENA	105
PARAÍSO.....	107
PARAÍSO COMPARTIDO.....	108
EPÍLOGO	111
¿TODAVÍA CREES EN DIOS?.....	111
EL DIOS DEL CREYENTE VERDADERO	112
EL DIOS DEL ESCÉPTICO.....	114
EL DIOS DEL AMANTE.....	117
CONCLUSIÓN.....	119

Para Jeff

INTRODUCCIÓN

Las primeras cinco cajas llegaron por correo. Estaban llenas con libros atesorados, incluyendo la *Pedagogía del oprimido* de Freire, la *Teología de la liberación* de Gutiérrez, y *En parábolas* de Crossan. Luego llegaron la sexta y la séptima caja, llenas con objetos sin valor particular para un observador, pero con un valor obvio para mí, dado que había pagado para su envío, cruzando todo el país. El contenido incluía un maletín lleno con diapositivas de barrios y asentamientos en la jungla por toda América Latina; una pintura al óleo de extendidas casas nicaragüenses, fechada en su elaboración en el tiempo de los Sandinistas; y una pequeña copa de vino grabada con flores, la cual usaba cuando era niño para jugar al “sacerdote”. La octava caja contenía artículos domésticos y de oficina, incluyendo objetos de cristal, algunos rotos en añicos, en forma irreparable.

Luego, al llegar al aeropuerto de San Francisco, me encontré a mí mismo un poco frustrado. Secretos mantenidos por largo tiempo, rechazo de mis padres y una desvanecida carrera en la Iglesia Católica habían hecho mella en mí, aun cuando la fe que había hecho mi viaje posible permanecía fuerte e intacta.

El hombre por el que había atravesado el país, para encontrarme con él, fue por mí al aeropuerto. Me dio la bienvenida con todo y mi equipaje. Me ayudó a barrer a un lado y a reciclar los pedazos de mi vida. Juntos comenzamos a dar forma al mosaico de un matrimonio sagrado.

Una última caja llegó, pero no por correo sino conmigo en el avión. El contenido de esta caja era demasiado precioso para mí, como para confiárselo a la oficina postal, o a cualquier otro. De hecho, se trataba de algo demasiado delicado como para revelarlo hasta este momento.

La caja contenía mis diarios personales fechados desde 1967, cuando tenía apenas 21 años. Yo no había abierto la caja hasta que llegué. Nunca había releído mis apuntes en esos diarios; solamente los había anotado y los había dejado asentarse. Me preguntaba qué confidencias, dificultades y confesiones me encontraría. Las sorpresas que allí encontré están ahora ayudándome a reconstruir el viaje que trajo esas cajas mías y a mí a San Francisco.

Ahora, veinticinco años después, tengo más tiempo para saborear los contenidos de esa caja. Por lo tanto, la llevé conmigo a mi nuevo hogar. Auto empleado y semi retirado, y prosperando a la mitad de mis años sesentas, me sumergí en una tarea que la psicología llama “integración”, mirando hacia atrás en la vida, encontrando su sentido y preparándome a mí mismo para un tercer acto.

El libro que ahora tienes en tus manos está inspirado por mis diarios, pero no es una selección de apuntes. ¡Imagina lo que es leer cuarenta y cinco años de anotaciones en diarios! Eso probablemente sería muy tedioso para cualquiera, no sólo para mí. Lo que encontrarás en este libro son historias cortas, ensayos y poemas que escribí mientras meditaba sobre mis diarios.

La mayoría están escritos en primera persona. Algunos están escritos en alguna otra voz, como si fuera la voz de una hermana, de un consejero o de un amigo. Esas historias ofrecen una perspectiva desde afuera, quizás diferente a la que yo tenía en esos momentos. La mayor parte de las conversaciones dentro de las historias fue reconstruida de memoria. Algunas son imaginadas. Las historias se organizan cronológicamente, pero si te sientes perdido, la cronología que aparece al final del libro podría rescatarte. En general, puedes tener la expectativa de que las historias cortas, los ensayos y los poemas pueden tener el efecto de una pintura impresionista o de una novela de realismo mágico.

Cuando terminé de escribir cada pieza, individualmente, no sabía que había escrito un libro. Solamente hasta que releí todas las piezas me di cuenta del tema que emergía en ellas. Yo estuve escribiendo acerca de mi viaje en la fe. Cada pieza ilustraba algún aspecto del viaje.

Este libro es, en cierto sentido, una confesión. Al mismo tiempo que expone pecados y malas decisiones, es menos una admisión de culpa que una confesión de fe. El libro cuenta la historia de la fe personal que me inspiró para ordenarme como sacerdote en la Iglesia Católica, albergando dudas acerca del sacerdocio y de la religión, para finalmente abrazar a un Dios más grande y un llamado personal mucho más auténtico.

Podría esperarse que alguien identificado como sacerdote por muchos años, utilice el término “fe” en un sentido religioso, como “fe Cristiana”. Yo a veces utilizo el término “fe” en ese sentido, pero también en otro. Me permito explicar. La fe Cristiana, convencional y asociada a la Iglesia influyó profundamente en mi trayectoria. En una edad temprana, me proveyó un conjunto de creencias básicas, me comprometió en una relación con el Dios de Jesús, y me enseñó cómo actuar con justicia. Influyó, en otras palabras, en mi cabeza, en mi corazón y en mi cuerpo.

Gradualmente, la fe Cristiana me desafió a apropiarme de ella, a hacerla mía. Con el tiempo me individualicé, es decir, crecí progresivamente, articulando para mí mismo, mis propias respuestas a preguntas existenciales tales como “¿de qué se trata la vida?” y “¿de dónde viene la fuerza que recibo en la vida para atravesar los momentos difíciles? Y “¿quién quiero ser?” Como puedes leer en este libro, el término “fe” para mí, se convirtió en algo mucho más grande que “fe Cristiana”. “Fe” vino a referirse a algo dentro de mi propio ser, una relación con la vida marcada por profunda confianza, esperanza sustentadora, y amor perdurable. ¿Es mi fe Cristiana? Sí, lo es y es también alimentada por mi vida y trabajo con personas que profesan otro tipo de fe y religiones, así como con ateos y agnósticos que comparten conmigo sus propias filosofías de vida.

¿Para quién estoy escribiendo este libro acerca de mi viaje de fe? Escribo en parte desde un interés personal. Mi tía Rita, de 80 años de edad, me dijo que el reto más grande en la vida es envejecer. En la medida en que me enfrento a la última parte de mis años sesenta y más allá, quiero recordar claramente los momentos clave de mi viaje

y las lecciones que me enseñó. Quizás recordar me equie mejor para abrazar los retos del envejecimiento. Quizás mi escritura también influya en otros, como tú, para reflexionar y escribir sobre sus propias andanzas.

También escribo para la generación que viene, incluyendo a mis sobrinos, sobrinas, sobrinos nietos y sobrinas nietas. Puede que hayas heredado o no las tradiciones espirituales que han dado sentido a mi vida y modelado mis decisiones. Eso no importa. Quizás mi propio viaje pueda servir de algo para inspirar tu propio viaje.

Al final, escribo para aquellos que están en una búsqueda espiritual. Puede que creas en Dios y te identifiques con las tradiciones del Judaísmo, del Cristianismo, del Islam, o cualquier otra tradición. Puede que te llames a ti mismo ateo o agnóstico o te identifiques con el Budismo o con alguna filosofía de vida. En cualquier caso, tú y yo compartimos una humanidad en común y la Tierra en que vivimos nos es común. “Fe”, en un sentido más amplio que “fe religiosa” es nuestro interés común.

Por el bien del diálogo contigo, a través de este libro, he intentado poner de lado mis creencias y evitar asumir que yo reivindico exclusivamente la verdad. He tratado de resguardarme de mis más apreciadas creencias, revelar mis suposiciones y examinar los significados con los que he dotado a mi experiencia.

Mi esperanza es que las historias, poemas y ensayos de este libro te atraigan a un espacio sagrado de meditación acerca de tu propio viaje espiritual. También espero que nuestro diálogo legitimará y dará solidez a nuestros respectivos viajes y nos empoderará para enfrentar temas difíciles, para tomar ventaja de las oportunidades y para juntos contribuir al bien común.

EL ITINERARIO DE MI VIAJE ESPIRITUAL

Este libro es una memoria espiritual. Su objetivo no es proveer datos autobiográficos exhaustivos, sino atraerte a un espacio sagrado, donde tenga lugar la meditación sobre tu propio viaje espiritual.

No obstante, la siguiente cronología de mi viaje puede facilitar la lectura. Te ofrezco mi viaje espiritual y te invito a contemplar y apreciar el tuyo.

1960	Salida de casa, entrada al Seminario
1970-1972	Excedencia del Seminario
1972-1976	Retorno al seminario y ordenación como sacerdote
1977	Primeros trabajos y exploraciones sexuales iniciales
1982	Viaje a Latinoamérica para estudiar teología de la liberación y educación
1987	Ataque de Pánico
1988	Decisión de abrazar un Dios mayor
1989	Matrimonio

Capítulo 1

EL CREYENTE VERDADERO

EL BOSQUEJO

Le di a mi madre un bosquejo en acuarela de una fábrica textil construida con ladrillos rojos.

“¿Qué es eso?”, preguntó.

La fábrica en que tú y papá se conocieron por primera vez. Ambos estuvieron trabajando allí, ¿cierto?

“¿Por qué querría yo mirarla?”, preguntó, no por alguna clase de antipatía hacia su esposo. “Yo sudé mucho allí durante la guerra, haciendo un trabajo de hombres, porque los hombres se habían ido todos a la guerra. Trabajé en ese lugar diez horas al día, sin una sola oportunidad de llegar tarde o salir temprano. Los jefes nos recordaban siempre que había alguien en la cola, esperando para hacer nuestro trabajo, en caso de que no hiciéramos lo que nos decían. Hice músculos trabajando allí.” Para probarlo, me mostró sus brazos. Eventualmente, colgó la acuarela, pero en el pórtico trasero, en una esquina.

Mamá era lowelliana, de cabo a rabo. Nació en Lowell, Massachusetts, y nunca vivió en otra parte, excepto por el año en que estuvo con su hermana en West Palm Beach, Florida. Papá era igual. Sólo dejó Lowell para pelear en Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Papá y mamá, ambos, eran producto de la revolución industrial que transformó la confluencia entre los ríos Concord y Merrimack en la primera ciudad industrial en los E.U.A. Mis padres vivieron y respiraron el *ethos* de la clase obrera: “Haz lo que te digan. Mantén la cabeza agachada. Muéstrate cuando te convenga. Si no te gusta lo que haces, ni modo. Sólo hazlo, es tu trabajo.”

Así como mamá encontró un lugar para su acuarela, aprendió también a encontrar un lugar para sí misma como una mujer francocanadiense en América. Del mismo modo hizo papá. Ambos eran inmigrantes de segunda generación que vinieron desde Quebec. Difícilmente se identificaban con Canadá, como sus padres hacían, pero aún luchaban para encajar en Lowell, donde predominaban los irlandeses y los ingleses.

Aunque estaban orgullosos de su herencia canadiense y de su idioma francés, sabían que para sobrevivir, tenían que adaptarse. Hablaban francés en casa, pero inglés en las calles. “Cásate con una chica francesa,” me dirían. “Estarás mejor”. Siempre que traía un amigo nuevo a la casa, ellos preguntaban por su nacionalidad. “¿Es francés?” En casa ellos mantenían el control e insistían en que su cultura y su idioma serían la norma a seguir. En las calles, se sentían como ruedas dentadas de una maquinaria,

cuyas partes formaban una ciudad de fábricas textiles que controlaba sus vidas. Encaja o muere.

El apoyo más grande con que contaban mis padres era la Iglesia Católica, Apostólica y Romana y específicamente la parroquia francesa a la cual eran devotos. La parroquia irlandesa podía ser también protestante, porque para ellos Dios habla francés. El cura de la parroquia era un representante de la voluntad de Dios y un consejero de confianza, aun cuando "Él nunca ha vivido en el mundo terrenal, ¿qué podría saber él?" Las funciones de la iglesia conformaban su mundo social. Ambos eran miembros de las asociaciones parroquiales y voluntarios en la Asociación de Padres de Familia, en la Lotería y en las ferias parroquiales. Nunca se perdían una Misa Dominical. Las enseñanzas de la Iglesia dictaban todo su deber ser, y lo que no debía ser.

Conocían su lugar en el mundo, les gustara o no.

EL MONASTERIO FAMILIAR

“Este es un hogar católico”, bien podría ser una señal colocada en las afueras de mi hogar de infancia en Lowell, Massachusetts.

Si hubieras caído a mi casa alrededor de las seis de la tarde, en cualquier día del año, te hubieras tenido que sentar con mi gente y dos hermanas que recitaban en francés un largo río de Ave Marías, Padre Nuestros, y Gloria Patri que componen el rosario Católico. Nos hubiéramos reunido, después de la cena, con rosarios en mano, bajo la estatua del Sagrado Corazón, que según explicaría mi padre, es el propio Jesucristo abriendo su túnica para mostrarte su corazón en llamas. Cada uno de nosotros tomaría su turno conduciendo el rosario; el conductor del rezo diría la primera mitad de cada oración y los otros dirían la segunda.

Si como visitante, tú no hablaras francés, podrías haberte sentido atrapado en un recital, una especie de mantra o incluso hubieras podido experimentar la aparición de alguna virgen o santo Católicos. Nadie bromeaba allí con estas cuestiones. Mi padre fruncía el ceño para asegurarse de ello. Todos teníamos mucha práctica en ellas; podíamos recitar esas sesenta y seis plegarias en menos de diez minutos, a ritmo de metrallera. Para la hora de ir a la cama cada noche, ya habíamos recitado no menos de sesenta y nueve plegarias desde la tarde, incluyendo la bendición en la mesa y la oración nocturna.

El ciclo comenzaba de nuevo a las siete de la mañana siguiente, cuando mi papá se arrodillaba contra una silla de la sala y recitaba sus plegarias, que incluían todas las oraciones del rosario, unas pocas más llamadas “exclamaciones” y un acto de contrición, “Jesús, mi Señor y Redentor: Yo me arrepiento de todos los pecados que he cometido hasta hoy”, -todas en francés, por supuesto. Asistir a este “servicio” era, por supuesto, opcional, pero a veces yo me levantaba temprano para arrodillarme a lado de mi papá y rezar en voz baja para no despertar a mi mamá, ni a mis hermanas.

No había más plegarias familiares a lo largo del día, pero los niños íbamos a una escuela Católica donde las plegarias arrancaban en la mañana e interrumpían las clases, los recesos y el almuerzo. Sin ninguna opción, yo asistía a misa cada mañana, a veces sirviendo como monaguillo.

Si Dios realmente escucha las plegarias, nosotros seguramente le dábamos mucho trabajo, tanto como los sacerdotes y las monjas. Acudíamos a ellos para cuestiones de fe y de moral, para no mencionar las de carácter escolar, el consejo y los servicios religiosos. Los respetábamos, pero con ciertas reservas. Eran humanos, después de todo, con excepción del papa. Él representaba al propio Dios. Nuestra lealtad a él nos aseguraba que estábamos del lado de Dios y que Él nos protegería, a nosotros, los católicos franceses, así creíamos. No estábamos seguros acerca de los irlandeses, ni de los hispanos.

EL ATRACO EN LA HELADERÍA

(la voz de mi hermana)

“¿Qué van a querer, niños?” dijo la señorita con peinado abultado en el puesto de helados de Glenview.

Mi hermano mayor habló primero porque él fue quien nos trajo aquí, lejos de casa. Él sabía lo que quería: un cono de helado de chocolate con dos bolitas. Él siempre pedía eso. Luego se volteó hacia nosotros. Volteé para mirar a Michele, la más joven de nosotras, las niñas, y como la vi perdida en el espacio, le dije que lo que ella quería era un helado de fresa. Eso fue también lo que yo pedí, para mí. Esperamos por un largo rato, y mi hermano se veía un poco preocupado por algo.

La señorita finalmente regresó con una gran sonrisa y tres grandes conos de helado. “Son treinta centavos”, le dijo a mi hermano mientras él hurgaba en los bolsillos de su pantalón.

“No tengo dinero”, respondió con el mentón agachado hacia su pecho.

“¿Están su papá o su mamá por aquí con ustedes?”

“No”, dijo él.

“¿Dónde viven?”

“En la avenida Eustis, en una casa roja”, le dije.

Fue entonces cuando mi hermano dio su mejor idea a la señorita: “Iré de vuelta a casa, tomaré los treinta centavos y se los traeré aquí a mi vuelta”.

Ella era de verdad amable. “Ok, dijo con una gran sonrisa, levantando un poco el codo. Yo me imaginé que ella quería recordar bien nuestras caras para hacer un letrero de SE BUSCA.

El caso es que escapamos por la calle Bridge, lamiendo nuestros conos dobles y sintiendo como el helado rosa y café se derretía todo en nuestras manos.

“¿De dónde vamos a sacar los treinta centavos?”, pregunté a mi hermano. Eso era una fortuna para nosotros.

“Tal vez le puedas pedir a mamá cuando lleguemos a casa”, dijo él.

Justo entonces, un Chevy negro con blanco, que nos resultaba familiar, abrió la puerta sobre la banqueta, y nosotros tres nos quedamos parados y boquiabiertos viendo a papá salir del automóvil.

“Oh, hola, papá”, dije yo.

“¿De dónde sacaron esos conos?”

Nos va a matar, pensé yo.

“Del puesto de helados”, dijo mi hermano, frunciendo la frente. “La señorita nos los dio”.

“¿Qué señorita?”

“La señorita de la heladería con todo ese pelo abultado”.

“¿Cómo los pagaron?”

Pensé que mi hermano se iba a hacer pipí en los pantalones, por eso le di un empujón, “En realidad no los pagamos, pero ella nos los dio, como sea, podemos pagárselos más tarde.”

Mis rodillas temblaban. Michele empezaba a llorar. La cara bronceada de mi hermano se puso blanca. Para entonces, lo que quedaba del helado había chorreado hasta nuestros zapatos.

Tal vez serían los zapatos, los conos empapados en nuestras pequeñas manos; tal vez papá ese día había recibido un aumento, o mamá le había anunciado que tendría otro bebé; pero sea lo que sea, papá echó a reír a carcajadas.

CONFESIÓN

(la voz de mi confesor)

El sábado pasado un chico entró en mi confesionario. Reconocí su voz. Es aquel que frecuentemente viene a confesar el pecado de robo. No creo que sea un cleptómano en ciernes. Sus hurtos se dirigen solamente a un objeto: chocolate. Su víctima es una sola persona: su madre. El muchacho no puede resistirse al pastel de chocolate de su madre. Roba solamente de noche, de hecho, en la madrugada, cuando sabe que hay pastel de chocolate en la alacena, a veces escondido detrás de las jarras pegajosas en los anaqueles más altos.

Él se entregaba a lo que llamaba un poderoso impulso para liberar el pastel. Cortaba cuidadosamente la rebanada más delgada, para que su madre, siempre represora, no pudiera notar la ofensa. Para no ser descubierto, no devoraba su pastel en la escena del crimen. Lo llevaba a su habitación y lo devoraba debajo de las sábanas.

Hoy confesó su pecado “original” una vez más, pero con un pequeño giro: “Me hice popó en la cama”.

“¿Cómo es que eso es un pecado?”, pregunté.

“Porque mi madre se enojó conmigo por las manchas cafés en las sábanas y dijo que sería mejor que no lo hiciera otra vez”.

Obviamente la conciencia del niño no está desarrollada hasta el punto de darse cuenta de que pecó por omisión. Él escondió a su madre el hecho de que la mancha café era pastel de chocolate, en vez de popó.

Cuando le pregunté acerca de esto, me explicó que prefería confesar haber hecho popó en la cama, antes de confesar lo del pastel, causando así que su madre cometiera el pecado de asesinato, que es un pecado mortal.

¡El chico debería ser sacerdote!

MISA MATUTINA

Caminé hacia dentro de la iglesia de mi parroquia y volteé para ver si la veía. Una sonrisa llenó mi corazón. Allí estaba la abuela, Mémère, como solíamos llamarla, sentada en el banquillo de siempre, el tercero desde el frente del lado izquierdo. Me dirigí hacia ella, por supuesto, pero como un adulto de diez años de edad, le hice una reverencia y me deslicé para sentarme en un banquillo que no fuera tan cercano como para revelar alguna dependencia.

Mémère asiste a la Misa de las 7:00 am todos los días de la semana. Yo también, pero no puedo ir cuando me toca servir en la Misa de las 6:15 am como monaguillo.

Esta mañana es especial. En mi camino hacia la iglesia veo venados, seis o siete, cruzando la Avenida Eustis. Nunca había visto venados en las calles de Lowell, Massachusetts. No puedo esperar para contarle a alguien. Una vez vi el cielo lleno de patos que lo atravesaban volando. Eso fue muy especial, también.

Hoy tengo una misión. Quiero observar bien el momento en que el sacerdote extiende sus manos sobre el cáliz. Ya sé que eso pasa durante la plegaria más larga, cuando el levanta la hostia y el cáliz pero, ¿cuándo sucede, exactamente? Necesito saber para que cuando yo profese la Misa en mi casa, pueda hacerlo igual.

Son las 7:00 am en punto. El sacerdote entra al santuario por la puerta de la sacristía. El Padre Pelletier es mi favorito entre todos los sacerdotes; me sonrío cuando doy servicio en las Misas y habla tan gentilmente que cuando se enoja se ve gracioso. Siempre da buenas propinas a los monaguillos, también. Me gusta particularmente la manera en que profesa la Misa como si de verdad sintiera sus palabras, no como el otro sacerdote que se sigue rápido haciendo la Misa en quince minutos, como si quisiera acabar con ella pronto, ni como el otro que dice que puede fumar en el cuarto de los monaguillos, porque fue él quien puso el letrero de No Fumar. ¿El pastor? Es una persona importante, pero gruñona.

Cuando la Misa termina, Mémère se queda arrodillada como siempre, para unas plegarias finales. Cuando reverencia, me paro y reverencio también, de forma que ella pueda verme. Cuando nos encontramos a mitad de pasillo y me sonrío, se abstiene de hablar hasta que llegamos a la puerta.

"Bonjour, Mémère".

"Bonjour, Maurice".

"Tu es très beau ce matin!" (Te ves hermoso esta mañana.)

"Merci, Mémère".

"Tu as mangé?" (¿Has comido algo, ya?)

"Non, Mémère".

"Viens déjeuner chez moi". (Ven a desayunar a mi casa.)

"Merci, Mémère. Mais j'ai l'école à huit heures". (Gracias, pero tengo que ir a la escuela a las 8:00 am.)

Mémère y yo nos quedamos juntos a solas, al calorcito de su cocina en su acogedor apartamento de una sola habitación, que está a cinco minutos de la iglesia y de la escuela. Ella se para frente a la estufa y prepara tocino, huevos, hace pan tostado y corta una toronja.

Amo a Mémère y sé que ella me ama. Se ha tomado incluso el tiempo de asistir a una de mis Misas en casa. Ella es una experta en Misas también, porque tiene un hijo, el tío Leo, que es sacerdote, y cuatro hijas que son monjas. Yo olvido sus nombres y las confundo porque se visten todas igual y me hablan siempre al mismo tiempo.

Mémère ama escuchar mi historia acerca de los venados cruzando por la calle. Me da diez centavos y me besa para despedirse. Después corro para la escuela. “¡Te veo en tu banquillo mañana en la mañana!”

LA PRIMERA MONAGUILLA

(la voz de mi hermana)

A la edad de cinco, fui reclutada como monaguilla. Eso fue en los 50's, antes de que la Iglesia Católica Apostólica y Romana permitiera que las chicas fueran monaguillas en las Misas.

Yo me escondía apenas veía indicios de que mi hermano estaba a punto de empezar a jugar a la Misa: él aplanaba una rebanada de pan Wonder (sin la corteza), vertía jugo de uva en una copa con flores grabadas que robaba de mi madre, y tañía la campana de mano para llamar a la familia a la adoración.

Una campeona en las escondidillas, era yo. Pero él siempre conseguía cacharme y llevarme al servicio ante el altar improvisado que hacía en su habitación. Yo esperaba quejándome, claro, mientras él se ataviaba con la bata de baño y con una sábana cortada que usaba en lugar de casulla, rematada con una cruz pintada con tiza en la espalda, un listón que servía como estola, y un pañuelo que servía como manípulo. El me hacía arrodillar al pie del altar, tal como en la iglesia. De hecho, cada movimiento suyo, cada palabra que pronunciaba, si bien no eran exactas, eran como en la iglesia. Siendo monaguillo, él había estudiado todas las rúbricas de la Misa y se las sabía incluso en latín.

"In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti", así comenzaba, esperando de mí el apropiado *"Amen"*. *"Introibo ad altare Dei"*, decía, y yo respondía, *"Ad Deum qui laetificat juventutem meam"*. Era mejor que yo supiera bien las respuestas porque, de lo contrario, él paraba el ritual para enseñármelas correctamente. Y así es cómo yo me convertí en la primera monaguilla.

Mi hermano entró al seminario y lo pasó como volando porque ya sabía cómo profesar la Misa. ¿Qué más se puede aprender ahí? Entonces, el Concilio Vaticano Segundo cambió el idioma de la Misa a las lenguas vernáculas, de manera que mi hermano tuvo que reaprender el ritual –y muchas, muchas otras cosas más.

EL GUANTE MÁGICO

(la voz de un amigo de la infancia)

Todos los niños creíamos que era un guante mágico, especialmente el güerito que se llamaba Maurice. Él jugaba con Judy, Kenny y conmigo debajo del pórtico, un sitio con un solo lugar para sentarse, nuestro lugar secreto favorito, un pedacito privado fuera del alcance de la gente más alta y de sus reglas.

Esta tarde, Maurice nos presentó, con su voz bajita, como de secreto, lo que traía debajo del suéter.

Yo jadeé. “Es malvado”, dije mientras veía anonadado ese guante de plástico negro que Maurice dijo que encontró a un lado de la calle a la altura de la casa nueva que estaban construyendo.

“Spooky”, dijo Judy mientras quitaba a Maurice el guante y hundía sus pequeños deditos dentro de los grandes dedos redondos del guante.

“¡Le pertenece a un gigante!”, dijo Kenny, mientras unas manchas húmedas empezaban a brotarle del overol. “¡Deberíamos devolverlo!”

Maurice sabía mejor. “Ven acá, Martha”. Le quitó el guante a Judy y lo guardo debajo de mi blusa, cerca de mi panza.

Brinqué de lo frío que estaba, al principio. Luego supe que él estaba en lo correcto. Empecé a sentir un calorcito extraño que emanaba del guante, y en la medida que el aliento de Maurice se hacía más cercano, todo mi cuerpo se sentía cálido y luego cerré mis ojos.

“Hace que todo parezca mejor”, dijo Maurice. Y así fue como cada uno tomó su turno para sentir el calorcito del guante mágico; primero Maurice, y luego cada uno de los doctores y de las enfermeras que jugábamos bajo el pórtico.

LA PUERTA TRASERA

El pequeño Maurice subía dando fuertes pisotones sobre los deteriorados escalones de madera, alzando su puño al aire fresco y golpeándolo contra el panel de la ventana de la sección más alta de la puerta trasera. Entonces retiró su puño ensangrentado, anticipando el regaño. No se preocupó por la sensación de pesadumbre que sintió en el pecho, ni por sus ojos saltones, ni por su cara enrojecida.

La puerta de cristal, con la mitad inferior de madera, era su puerta a la aventura. Lo llevaba más allá de los límites de su infancia hacia un patio trasero de camioncitos de juguete y tierra, la cubeta donde mantenía a sus mascotas: tortuga, ranas, serpientes, y las abejas dentro de una jarra. La puerta lo llevaba hacia el patio adyacente y a su selva de arbustos, sus sitios de caza de serpientes, debajo de troncos deshechos o de cartones, sus sitios de recolección de botellas de refresco o de cerveza (a cinco centavos la botella grande, dos centavos por la pequeña), sus gradas de concreto con la cueva misteriosa que olía como a orines y a gente mala, y el patio de columpios y pasamanos donde las moneditas de a centavo, de cinco y de diez yacían escondidas en la arena, como esperando a ser descubiertas.

La puerta trasera abría y cerraba en ambos sentidos. Conducía hacia AFUERA y todo era feliz; conducía hacia ADENTRO y todo se ponía triste, porque allí era donde los *deberías, debes y tienes que* circulaban alrededor y ese día condujeron su puño hacia el dolor.

EL OGRO

(la voz de mi madre)

“Mi hijo no es un ogro, Sra. Winn”.

“Bueno, déjeme pasar y le cuento cómo él le tiro una flecha a mi Sherry en la frente”.

“¿Qué? Él ni siquiera tiene un arco, ni una flecha”.

“Él hizo uno con palos e hilaza y usó a mi hija para practicar el tiro al blanco. ¿Por cuánto tiempo más tendré que tolerar sus payasadas? Usted es su madre”.

“¡Oh, Dios mío! ¿Está su hija lastimada? ¿Tuvo que ir a la sala de emergencias?”

“¡Sí, está lastimada! Está llorando en casa, tirada en su cama, con una herida abierta justo arriba de sus ojos”.

“¿Está sangrando?”

“No aún, pero se puede ver bien dónde la flecha le pegó. Esto arruinará sus oportunidades en el concurso de belleza Pequeña Señorita Lowell, la próxima semana. Esta no es la primera vez que él pone en peligro a Sherry. Sólo la semana pasada, por decir algo, él estaba figoneando en la falda de Sherry mientras ella jugaba en los juegos del parque. El chico es un pervertido y mi hija está en peligro constante. Voy a llamar a la policía”.

“Sra. Winn, por favor. Le aseguro que hablaré con él y le quitaré su pistola de municiones, o lo que sea”.

“¿Tiene una pistola de municiones?”

“Bueno, sí. Estaba afuera del pórtico con Sherry, apenas ayer. Incluso ella la tomó prestada de él. Se aferró a ella y dijo que practicaría el tiro al blanco con las ventanas de arriba del Sr. Bellevue. Y... ¿sabe usted que Sherry fuma? Vino a mi cocina ayer oliendo como al bar de la calle”.

“No mi Sherry. Usted sólo dice eso para cubrir la espalda de su pequeño mocoso”.

“Maurice no es un ángel, pero tampoco lo es esa princesita de usted”.

“Maurice debería ir a la cárcel”.

“¡Y la pequeña hipócrita de usted debería ir a ver un exorcista! Hasta luego, Sra. Winn”.

LOS ARBUSTOS

Los arbustos, así llamamos a esos arbolitos y plantas que crecen en el suelo que rodea nuestra casa de infancia en Lowell, Massachusetts.

En los arbustos, nosotros, niños con menos de diez años, encontrábamos palos que se convertían en armas para pelear batallas de juego y de verdad. En los arbustos, cazábamos culebras y sapos, nuestras mascotas preferidas. En los arbustos, jugábamos luchitas unos con otros. En los arbustos, construíamos fuertes para librar batallas con otros chicos enemigos que vivían en las casas de color oscuro al otro lado del campo. En los arbustos, escapábamos a la mirada de nuestros padres y mostrábamos las partes de nuestro cuerpo que imaginábamos que nuestros padres no gustarían que mostrásemos. En los arbustos, encontrábamos flores que crecían salvajes: lirios, violetas, lilas naranjas, que a veces trasplantábamos a nuestros propios jardines.

Los arbustos eran nuestro mundo, nuestro mundo privado, en el que ensayábamos exploraciones de vida, viajes, intimidades y batallas.

¿QUÉ TIENES TÚ QUE DECIR?

(mi voz como adolescente)

“¿Qué tienes tú que decir?” Me gusta esa pregunta, ¿a ti no? Pero nadie me preguntó eso nunca.

Cuando era niño, hace cinco años, todo lo que podía hacer cuando mi padre me hablaba era mirar hacia abajo. Durante la cena jugaba con mi comida. Unía las manchas de grasa de la salsa gravy, o decidía qué comida odiaba más para comerla primero y reservar la mejor parte para el bocado final, o echaba algo de mi comida en el plato de mi mamá, para pararme de la mesa antes y alejarme de mi padre.

Él nunca me preguntó qué tenía yo para decir. Sólo me decía lo que tenía que hacer. Mi madre preguntaba: “En verdad, tú no piensas así, ¿o sí?”

Y yo decía: “¿Por qué no?”

Y mi padre decía: “No le hables así a tu madre”.

Entonces me callaba y me ponía a jugar con mi comida.

En la escuela aprendí que las opiniones son aquello que una persona piensa desde su punto de vista. Bueno, con mi padre podía tener opiniones. Podían estas ser correctas o no, pero igual tenía que callármelas y jugar con mi comida.

Algún día tomaré mi comida y se la arrojaré a él en la cara, tal vez. Entonces le diré: “¿Cuál es tu opinión acerca de eso?” Tal vez después de eso, podríamos intercambiar opiniones.

Yo seré diferente con mis hijos. Les preguntaré: “¿qué tienen ustedes para decir?”.

ATARDECER FLUORESCENTE

El atardecer anaranjado que rompía a través de las persianas de la ventana de la cocina, le recordaba a su madre. Ella siempre fue para él, una presencia amorosa y cálida, que cuidaba de sus necesidades y lo protegía de su severo padre.

Si su madre es como el atardecer, su padre es como la luz fluorescente que emana de las instalaciones eléctricas, definiendo claramente el espacio, pero también en una forma represiva. Esa luz lo deprimía, especialmente en las noches frías de invierno cuando los acogedores sentimientos asociados a su madre, daban paso a los sentimientos de culpa asociados a su padre, despertando su furia.

El anaranjado atardecer, para él, prevalecía siempre como una verdad fundamental del universo.

SENOS

Su mamá tenía pechos grandes. Maurice odiaba cuando ella se interponía entre él y la barra de la cocina mientras él lavaba los trastes. Esos pechos grandes representaban todo lo que a él le disgustaba de vivir en casa con sus padres. “¡Mujeres!”, gritaba él enojado cuando ella le negaba algo que quería. Eso le hacía merecer un manotazo de su padre.

Décadas después, él soñaría que se acostaba boca arriba en el piso de la cocina, casi como un bebé, gritándole a su madre: “¡Tú no me comprendes, ni siquiera me ves!” y su padre reprochando: “No le hables así a tu madre”. El sueño lo puso en contacto con la furia profunda que albergaba contra ambos, por lo que él percibía como rechazo a escuchar, comprender y aceptar sus sentimientos y perspectivas.

Esos pechos lo alimentaron con amor, se dio cuenta más tarde, pero también sofocaron su verdadero ser. Los pechos probaron ser manipuladores; lo nutrieron mientras era un bebé, siempre que obedeciera. La manipulación fue reforzada por el padre y disfrazada de amor. El hombre adulto aprendió a perdonar y a reconocer las buenas intenciones de sus padres. Pero solamente con dificultades permitió a alguien, incluso a sus seres más amados, que le dijera lo que tenía que hacer.

LA GRADUACIÓN

Querido Diario:

Me gradué de octavo grado, hoy. Mi papá y mi mamá me regalaron un reloj con correa ajustable, como el de papá. Me queda bien, aun cuando tengo que deslizarlo por encima de la cortada que me hice en la mano con un pedazo de una botella de Coca-Cola, cuando rodé por la colina. La graduación fue en la nueva iglesia moderna con aquellas estatuas delgadas y altas. He servido Misa allí muchas veces; soy un monaguillo.

No puedo creer que para septiembre ya estaré en la preparatoria. Increíble. Todo mundo sabe ahora que iré a la preparatoria en el seminario de los Oblatos de María Inmaculada en Maine. Está como a cinco horas de distancia de mi casa en Lowell. Estaré lejos de él, de mi papá. Extrañaré a mi mamá, aun así.

Él es tan estricto, no me deja hacer nada. Nunca me consiguió un carro. Hace un mes, Anita, mi compañera de cursos, me invitó a su fiesta y él no me dejó ir. Cierto, ella es una maniaca sexual, pero qué se pensó él que yo iba a hacer: ¿rodar con ella sobre el piso, allí durante su fiesta? No haría eso. Me vuelve loco.

Entonces, cuando vaya a la preparatoria del seminario, estaré libre de él la mayor parte del año, al menos. Estaré lejos de mis hermanas, también. Ellas me echan montón y me meten en problemas.

Oh sí, probablemente mi papá piensa que en la fiesta yo estaría fumando cigarrillos y bebiendo cerveza, también; por eso no me dejó ir. Él dice: "tienes tías y tíos que son monjas y sacerdotes, así que debes de comportarte y no avergonzarlos a ellos ante nadie".

De verdad, soy tan bueno. Podría vomitar.

Algunos de los chicos de mi clase van a ir al seminario también, como Louis, Roger, Daniel y Dick.

Estoy feliz porque mamá me hizo un pastel de chocolate para mi graduación. Mañana por la mañana me levantaré a las seis y robaré una rebanada.

UNIÉNDOSE AL SEMINARIO

El chico abrió el cajón de su escritorio y sacó una cápsula de latón del tamaño de una bala, un regalo de su padre. “Cargué con esto en los campos de batalla en Francia, Austria, Bélgica y Alemania”, le dijo su padre. El chico fisgoneó adentro de la cápsula, una vez abierta y mostró una figurilla de tamaño reducido del Sagrado Corazón de Jesús. El chico arrancó un pedazo de papel de su libreta amarilla y escribió: “Estoy feliz. 23 de septiembre de 1960”.

Él estaba en verdad feliz aquí en el primer año de preparatoria en el seminario de St. Joseph en Bucksport, Maine. Hoy fue su catorceavo cumpleaños y quería recordar después ese día como un día feliz.

Silenciosamente meditó acerca de la nueva playera y de las galletas de chocolate que sus padres le enviaron, las tarjetas de cumpleaños de sus tías y tíos, y la buena vida que tenía aquí en el seminario, lejos de casa.

Miró a través de la sala de estudio y logró ver a varios amigos de casa: Louis, Norm, George, Richard y Roger. Miró a sus nuevos amigos, como a Roger, de Dover, New Hampshire y a Dennis, de Lewiston, Maine. Se concentró en el día siguiente. Durante el recreo jugarían ajedrez con él, también billar y ping pong.

Para mañana a las 10:00 am, el prefecto tendrá más tarjetas de cumpleaños para arrojarle a él sobre las cabezas de otros chicos amontonados alrededor, esperando noticias de casa.

Una lágrima calló. Extrañaba a su papá y a su mamá, incluso a sus hermanas. Los vería de nuevo en octubre. Prometieron ir a verlo al tercer domingo. Llegarían para la Misa de las 10:00 am y lo llevarían después para almorzar mariscos. Sus hermanas, Michele y Jeanne también vendrían. Él estaría triste para cuando ellos tuvieran que partir a las 3:00 pm, en su viaje de cuatro horas de regreso a Lowell.

Los volvería a ver hasta Navidad y se quedaría dos semanas en casa. Afortunadamente, papá estaría entonces de buen humor y no se pondría pesado con él. Él se ponía así en invierno, cuando tenía que trabajar horas extra reparando los autobuses urbanos que se descomponían en medio de la nieve.

Todavía acariciando la figurilla, notó a Jimmy en su escritorio, dos pasillos lejos de él. Recordó como esta mañana, en la capilla, se fijó en el cabello rubio de Jimmy y en sus apretados caireles. Una punzada de culpa le vino desde el pecho. *Pensamientos impuros. Tengo que ir a confesión mañana antes de la Misa. Se supone que los sacerdotes deben ser puros. No puedo tener pensamientos sucios.*

La campana eléctrica sonó en el pasillo. Serían como las 8:30 pm. La sala de estudio quedó vacía. Hora de la oración nocturna en la capilla. Después al dormitorio. El chico dobló el pequeño pedazo de papel amarillo dos veces a lo largo y lo utilizó para envolver el Sagrado Corazón; luego metió la figurilla cuidadosamente en la cápsula de

latón y la colocó de nuevo en el cajón de su escritorio. Cerró su libro de latín. *Estoy feliz,* pensó. *Estoy aquí, por mi cuenta, lejos de papá, y seré un sacerdote algún día.*

GALLETAS DE CHOCOLATE

Las galletas de chocolate llegaron en una caja de metal por el correo, con la ropa limpia de cada semana. Me encantan las galletas de chocolate. Cómo me hubiera encantado que mi mamá llenara la caja completa con ellas, en vez de incluir la ropa limpia. Esponjosas, pastosas, chocolatosas, eran el relleno de ensueño de las fantasías de cada día, suscitaban en mí recuerdos de hogar, lejano de mi escuela de internado. Era muy especial el día de cada semana en que llegaba el cajón con ropa que incluía las cositas que mamá enviaba y por supuesto, mi ropa limpia.

Cuando era joven, la vida se trataba más de enviar a casa ropa sucia y recibir a cambio la ropa limpia y las galletas de chocolate. Ahora que soy mayor, la vida se trata más de devolver, es decir, de recibir la ropa sucia y enviarla de vuelta limpia, con galletas de chocolate, por supuesto.

PECADOS Y ESCRÚPULOS

“Bendíceme, padre, porque he pecado. Me tragué la pasta de dientes y luego recibí la comunión”.

Yo confesé ese pecado cerca de cincuenta veces antes de que el joven sacerdote de mi parroquia en casa me aclarara la cuestión. Me dio la absolución ese día y me preguntó si daría un paseo con él al terminar su horario de confesiones.

“¿Por qué confesaste eso?”

“Porque se supone que no debes comer antes de recibir la comunión. Es pecado mortal”.

“¿Comiste pasta de dientes? ¿Cuánta comiste?”

“Tragué un poquito mientras me lavaba los dientes. Sólo un poquito, creo. Pude sentir su sabor. La escupí cinco veces, pero pude haber tragado un poquito”.

“Hijo, eso no es una gran cosa para Dios”.

“Pero padre, es un pecado. No quiero arder en el infierno”.

“Dios te ama, hijo. Eres una buena persona. ¿Harías algo por mí? La próxima vez que te sientas culpable por tragar pasta de dientes antes de la comunión, dile a Dios que hable conmigo. Yo tomaré la responsabilidad ante Dios, por ti. Si Él va a dar algún castigo, será sobre mí y no sobre ti. No vuelvas a preocuparte por esto, ¿está bien?”

“Está bien”.

Nunca más volví a padecer de esos escrúpulos. Me imaginaba que tan ocupado estaría Dios castigando a mi Padre Confesor.

LUCHA LIBRE

“Los chicos son como los cachorros”, escuché a mi madre decir a la Sra. Higgins, cerca de la reja. “Ellos juegan luchas todo el tiempo. Es normal”.

Estoy de acuerdo. Me encantaba jugar luchitas con Kenny, Louis, Sean y David. Lo hacíamos en nuestros patios, en el parque o en nuestras camas. A veces, luchábamos porque estábamos peleando, de verdad; pero la mayoría era sólo porque nos gustaba luchar. Prolongábamos la lucha con fantasías de vaqueros que peleaban con indios, soldados americanos enfrentando a los nazis en la trinchera y soldados amontonándose, buscando protección.

Recuerdo haber sentido sensaciones extrañas entre mis piernas, sensaciones que hacían que quisiera seguir luchando, pero también me hacían sentir con ganas de orinar y me dejaban con un poquito de culpa. Mi madre no sabía acerca de esto, creo; pero si lo hubiera sabido, seguramente no lo hubiera aprobado.

Después del primer año en la preparatoria, recuerdo nunca haber luchado más con otros chicos. Yo luchaba conmigo mismo y con las sensaciones que me hacían sentir bien y mal al mismo tiempo. Este cachorro creció, pero el impulso de enredar su cuerpo con los cuerpos de otros varones se hizo más fuerte.

EL REGALO

El novicio robaba algo del taller cada mañana en la semana. Escogía una pieza de madera de diez pulgadas por diez y la clavaba en una cruz hecha con dos piezas de alrededor de tres pulgadas de ancho, no distinta al tipo de cruz que comúnmente se asocia con San Francisco de Asís. Entonces lijaba la cruz y la teñía con un café cálido. Buscaba una vieja cruz, no difícil de encontrar en un noviciado. Removía la capa de yeso y la transfería en la parte frontal de la cruz que había hecho. Envolvía el nuevo crucifijo en papel de seda y ataba el paquetito con un lazo.

En la mañana de Navidad, después de la meditación, se acercaba a la puerta abierta de su compañero novicio, daba un suspiro profundo para calmar el pulso de su corazón y templar su resolución, saludaba a su compañero y amigo especial y con un apretón de manos, le presentaba el regalo.

Veinte años después, ya en el retiro, él estaba leyendo la biografía de San Francisco de Asís, escrita por Julian Green. Se maravilló con los favores que Francisco recibió de Dios. El ex novicio, ahora sacerdote, se sobresaltó con un pulso alto, una estrechez que venía del pecho, y abrumadores temores de muerte.

Aquella noche, pudo dormir solamente meditando en las muchas maneras en que él se había sentido amado por Dios. Al día siguiente, lloró por nueve horas al darse cuenta que fue llamado para hacer algo que nunca había sido capaz de hacer, amarse a sí mismo tal y como es.

De este modo, aquel primer regalo, le fue devuelto en cientos.

CARICIA VIRGINAL

Anhelaba las caricias pero raramente las daba o las recibía. Claro, abrazaba y era abrazado y no era tan reprimido en el contacto cotidiano, pero las caricias íntimas, eso era otro asunto.

Acariciaba íntimamente sólo desde la seguridad de la lejanía, con su mirada. Acariciaba un pedazo de calle; acariciaba a sus amigos atractivos; y acariciaba a los hombres desnudos que veía en las revistas de moda. Su caricia era limpia y sanitaria. No había riesgos de contraer enfermedades de transmisión sexual a través de ella. No tenía las complicaciones de la mutualidad. Nadie recibiría nunca sus caricias. Era una caricia virginal. Saboreaba la dulzura de lo que miraba solamente en su imaginación.

No describiré las varias maneras en que virtualmente hacía sexo, ni trataré de contar el número de hombres virtuales con los que él se acostó. Hizo de todo, al menos todo lo que él quería.

Al final, se encontraba espantosamente solo. Como un famoso profesor de ética dijo, cuando se le preguntó acerca de si la masturbación era algo inmoral: “¡No hay manera de conocer gente y hacer nuevos amigos!”.

EL TESTIGO

(la voz de mi diario)

El solía contarme todo. Bueno, no todo exactamente, sólo aquello que a él le importaba más. Él comenzaba sus revelaciones a partir de una base esporádica: una vez al mes, otras veces menos, otras veces más.

No se trataba de diálogos, en el sentido de que él hablaba y yo respondía. Eran más como monólogos. El recibía nuevas percepciones de todo eso, pero no directamente de mí, sino del monólogo por sí mismo. Yo era como un psicólogo o un guía espiritual que lo escuchaba, pero que no hablaba.

No obstante, jamás tuve dudas de una cosa: él siempre me habló de lo que más le importaba y me contó la verdad, de la mejor forma que él podía hacerlo. Dejaba de lado, algunos detalles acerca de personas, eventos, rutinas, placeres, sentimientos y pensamientos. Otras fuentes testifican eso. Pero su concentración era aguda.

De tal manera que puedo decir que en verdad conozco a Maurice, no como un científico que observa y estudia, sino como un testigo que acontece a la mirada que él tiene de sí mismo y al crecimiento de la comprensión que él tiene para sí mismo, cada vez con mayor complejidad. Soy testigo del crecimiento de su conciencia.

ESCRITURA DEL DIARIO

He escrito diarios desde la mitad de los años sesenta. Todos están guardados en una caja de bodega, algunos de ellos sin abrirse, desde que fueron escritos.

La escritura en un diario ha sido siempre para mí una mirada consciente a lo que hay en mi corazón y en mi mente, especialmente cuando estoy solo, luchando con un dilema, pasando por un duelo, o buscando resolución en mi vida. Algunos de los escritos tratan sobre la búsqueda de mi vocación. Algunos otros son acerca de mi intimidad y la lucha por mi identidad sexual. La mayor parte de ellos son acerca de la soledad.

Los diarios registran mis luchas en la vida y las percepciones clave, empezando por mi primer entendimiento espiritual, a los dieciocho años de edad: "No estoy solo".

Si leyeras esos diarios, encontrarías soledad pero también éxtasis, altos y bajos. Entenderías por qué escribir para mí era y es un espacio sagrado, un espacio en el que me pongo de pie, desnudo ante el espejo, tal y como soy: sin guía, en búsqueda y contemplación, persiguiendo mi propia cola en los momentos en que no sé hacer nada mejor. Leerías acerca de cómo una voluntad de estar abierto no elimina la capacidad de estar sumergido en la inconciencia.

Sobre todo, si lees con atención, reconocerás una escritura que no es solamente mía.

UNA PELEA POR LA PLEGARIA

El seminarista ha sido convocado a la oficina del Padre Superior.

“Me he dado cuenta de que no te unes a la comunidad para hacer la plegaria matutina. ¿Por qué no estás allí presente?”

“Estoy afuera caminando alrededor de la propiedad”.

“Se supone que debes estar en la capilla”.

“Disculpe, padre. Pero supuse que no debía estar allí”.

“¿No leíste el aviso en el boletín?”

“Lo hice, padre. Pero el aviso dice que los miembros de la comunidad solo están invitados a asistir”.

“Eso significa obligados. ¿Qué es lo que haces afuera, en vez de estar en la capilla?”

“Hago plegarias”.

“¿Qué haces qué?”

“Camino y hago plegarias. A veces, medito sobre algún pasaje de las Escrituras. A veces, escribo en mi diario. A veces, solamente contemplo la naturaleza a mi alrededor”.

“Se supone que tendrías que estar en la capilla recitando las Vísperas con el resto de la comunidad”.

“Padre, ya he pasado un mal rato haciendo plegarias de esa forma. Tienen muchas palabras: los tres salmos, las lecturas, las plegarias y todo. Hago mejor mis plegarias cuando me concentro solamente en unas pocas palabras o en la naturaleza, o reflexionando acerca de mi día”.

“Se supone que debes estar con el resto de la comunidad”.

“Nunca me di cuenta de eso”.

“Y estarás. ¡Te lo ordeno!”.

Silencio.

“¿Te quejarás?”

“Sí, lo haré”.

Otro silencio incómodo.

“¿Y harás puchero?”

“Sí, padre, probablemente haré”.

“VE A LAS PLEGARIAS”.

APUNTE DE DIARIO 23/09/70

Estoy aquí sentado en una silla de plástico en la cocina de mi departamento en Brookline, Massachusetts. En la mesa está mi cena: una lata de frijoles refritos y una lata de pan café. Esto es para lo que me alcanza esta noche. Los llevé de la tienda de la esquina en mi camino de vuelta de las clases vespertinas en la Universidad de Boston.

Debería encender una velita en mi pan café. Después de todo, ¡es mi cumpleaños número veinticuatro! El resplandor fluorescente del techo de la cocina y la pintura descarapelada de la pared me provocan risa. Estoy feliz en mi cumpleaños.

Hace no mucho, en este mismo año, estaba comiendo mis tres comidas decentes a diario, en una mansión en el campo. En el seminario me daban todo lo que necesitaba. Con todo y mis ataques de depresión y mi exposición al mundo externo, me doy cuenta de que a mis veintitrés años nunca he tenido un trabajo adulto, nunca he asistido a una escuela no-Católica, nunca viví con alguien que no fuera franco-estadounidense, nunca tuve un departamento, nunca tuve sexo con nadie que no sea conmigo mismo, nunca salí en citas con nadie y nunca pensé en otra carrera que no fuera el sacerdocio Católico.

No sé quién soy yo más allá de la cultura franco-estadounidense y Católica del seminario, las cuales me han definido y continuarán haciéndolo si yo lo permito. Pero he avanzado un gran trecho este año. Dejé el seminario en lo que se conoce como "permiso para ausentarse". He decidido hacerme cargo de mi propia vida y explorar mis opciones.

Justo porque yo los elegí, estoy contento con mis frijoles refritos y mi pan café. También decidí estudiar una maestría en Educación de Adultos. Me reuní con algunos estudiantes y rentamos un departamento. Elegí pagar mi parte haciendo cuatro tipos de trabajos de tiempo corto: limpio casas, toco la guitarra para los servicios de la iglesia y soy niño. Elegí salir de cita con chicas y estoy asustado de cuál será el resultado. Tal vez me encuentre conmigo mismo, porque aún no sé quién soy.

Pienso que Dios se está riendo de mis frijoles refritos y mi pan café. Mis momentos de calma en los que camino con Él me dan certeza de que estoy haciendo lo correcto dejando el seminario, estando por mi cuenta, y dejando que la vida me muestre el camino a seguir. Él me prometió que la comida de mañana va a estar mejor.

EXPERIMENTOS CON CHICAS

El chico de veinticuatro años de edad deja el seminario y comienza su carrera haciendo citas. Esta es una obra en tres actos. Las escenas no son fuera de lo común respecto de las relaciones normales entre chicos y chicas, con excepción de que el chico en cuestión nunca había salido de cita con nadie. Estuvo en el seminario desde los catorce años de edad. Dejó el seminario para experimentar el mundo “normal”, las citas incluidas.

Primer Acto: Tres chicos conocen a tres chicas durante un voluntariado de verano en un hospital. Dos de los chicos emparejan con dos de las chicas. El chico en cuestión, por defecto, quedó con la chica número tres. En una tarde cálida, todos se encuentran juntos en una apartada sección del parque, reclinados en las bancas en diferentes estadios del asunto. El chico en cuestión está lejos de besar a la chica número tres. Ella se va detrás de un árbol para vomitar y luego es llevada por las otras a su hogar. El chico en cuestión se disgusta por su embriaguez, pero se siente aliviado de que la escena haya terminado.

Segundo Acto: El seminarista que juega a ser un chico normal conoce a una joven monja. Ambos sienten una conexión en el nivel espiritual, intelectual e incluso de diversión. La joven monja se siente atraída por el chico en cuestión. El chico en cuestión está... bueno, está en *cuestión*. La relación dura alrededor de un año, pero la joven monja se queda en el convento y el chico en cuestión se queda en *cuestión*.

Tercer Acto: Una chica sensual, responsable de provocar sueños húmedos y ensoñaciones matutinas en varios de los chicos de la localidad, recoge al chico en cuestión y lo lleva a casa para presentarle a su madre y a su hermano. Luego le sugiere un paseo en carro a las afueras de la Vieja Fábrica, por una carretera apartada. La lengua de la chica pronto está dentro de la boca del chico; la mano de la chica está pronto dentro del pantalón del chico.

El chico en cuestión está encima de la chica, aún vestido por completo, sin dominar aún el arte de desvestirse en el asiento delantero de un carro pequeño. La respiración de la chica es pesada. El chico en cuestión empuja su cuerpo contra ella hasta que sucede lo inevitable, dentro de su ropa interior. El chico virginal en cuestión se avergüenza, aunque está contento de haberlo hecho con una chica, aun cuando todo el tiempo estuvo pensando en el hermano de ella.

Así concluye la carrera en las citas del chico en cuestión. Él vuelve al seminario con preguntas acerca de su identidad, más aclarado que antes, pero aún en *cuestión*.

DIOS PADRE

Durante la infancia, Dios, eras muy claro acerca de lo que querías de mí, mucho más claro de lo que eres ahora. Básicamente eras un dios padre. Me amabas incondicionalmente y me proveías con el “pan de cada día”. En aquellos días, a diferencia de ahora, yo sabía dónde estaba parado con respecto a ti, casi siempre. Tus gustos y disgustos estaban bien definidos para mí.

Si yo quería complacerte, lo que era aconsejable dado tu carácter, solo seguía tus reglas. Había diez de ellas, y algunas más acerca del sexo, que no estaban escritas. Había otras reglas que me fueron explicadas por tu mano derecha, los hombres de la Iglesia Católica. Mi trabajo como hijo tuyo consistía en hacer tu voluntad y cosechar las recompensas de una consciencia limpia.

Por supuesto, yo me equivocaría algunas veces, “de palabra o de hecho”, “solo o junto con otros”. Pero si confesaba “con el firme propósito de enmienda”, me purificaba y mantenía mi buena reputación. Te gustaba cuando yo te pedía ayuda o favores. Todo lo que pedías a cambio era que actuara conforme a tus reglas.

La vida era buena para mí en esos días. Sabía en dónde estaba parado, la mayoría de las veces; y si no era así, había mucha gente en la Iglesia que me lo aseguraba.

Pero un día cambiaste, Dios. Empezaste a actuar en forma diferente a partir de mis años veinte, en la época del sexo, las drogas y el rocanrol. Te volviste un poco crítico. Descubriste las protestas universitarias, las revueltas y a los chicos de cabello largo que usaban drogas y pachuli. Cuando los viste en la televisión sacudiste tu cabeza y apretaste los labios. Las venas de tu frente te saltaron, vociferaste y despotricaste contra mí.

No sabías que tan involucrado estaba yo con estas cuestiones, ni siquiera si acaso estaba involucrado, del todo. Aun así me regañaste, de todos modos. Nunca me preguntaste qué era lo que yo pensaba. Después de todo, no solías hacerlo.

Si me hubieras preguntado, yo te hubiera dicho que el cabello largo estaba bien y que no veía nada de malo en hacer preguntas, explorar opciones, experimentar con la vida y buscar su sentido.

Tú no estabas abierto a eso. Así, que yo caminé de puntitas, para evitar tu furia.

Una noche, me metí dentro de mi viejo Rambler de color azul, dejé el departamento que compartía en Boston, y conduje hasta Lowell para verte. Estabas de mal humor esa noche. Sospeché que era por mi partida del seminario, después de diez años y por estar viviendo en la gran ciudad del pecado.

Tenías la televisión prendida, otra vez y cada vez que un programa te molestaba hacías un comentario sarcástico acerca de mi cabello largo, la adicción a las drogas, la promiscuidad y las opiniones liberales en cuanto a la política. Si mis contemporáneos hubieran escuchado tus acusaciones, se hubieran reído porque ya me consideraban un poco cuadrado de mente.

Bueno, esa noche no iba a levantarme en contra de tu rabia. Quizás estaba cansado de mantenerme con tres trabajos para pagar la universidad o estresado por tener que vivir por mi cuenta después de años viviendo protegido por el ambiente del seminario. “Deja ese periódico”, dije. “Apaga la televisión. ¡Quiero hablarte!”

Te pusiste pálido.

“Vengo a visitarte a ti y a mamá y todo lo que haces es insultarme y esconderte detrás de la televisión y de ese periódico. Supones de entrada que no ando en buenos pasos y ni siquiera me preguntas qué es lo que realmente estoy haciendo”.

Te quedaste boquiabierto, sin decir nada. Mamá se estremeció.

Luego seguí, como redoblando: “¿Cuál es tu problema? ¿Hiciste un buen trabajo criándome y ahora no confías en mí, ni en que yo pueda vivir mi propia vida y tomar mis propias decisiones? ¿Qué clase de padre eres?”

Dije todo aquello que antes era innombrable. Regañé a mi propio Dios. Desencadené el mismísimo infierno.

Te sentaste en silencio al principio, luego te volteaste hacia mí y me miraste a los ojos: “Ahora ya eres un hombre”.

EL LLAMADO

(una conversación entre amigos en una cocina en Concord, Massachusetts)

“Marie, no creerás lo que pasó. ¡Dios me ha llamado para ser sacerdote!”

“¿Estás diciendo que volverás al seminario?”

“Sí, estoy seguro. Ya he sido aceptado.”

“¡Bueno, eso es una sorpresa! ¿Incluso después de haber sido despedido por nuestro pastor loco por haber fomentado la revolución?” Se refería a cómo él había perdido su trabajo como director de educación religiosa.

“Marie, sabes que la Iglesia es mucho más grande que un solo hombre”.

“¿Qué fue lo que te hizo tomar tal decisión?”

“Me pasó algo increíble la semana pasada. Estaba en un retiro con los Oblatos, el grupo de sacerdotes al que pertenecía. Fui para meditar acerca de mis planes a futuro”.

“¿Oraste por tus planes para ir a Denver y encontrar una comunidad de desarrollo laboral?”.

“Sí, pedí por eso. Pero en el quinto día, mientras caminaba –es cuando hago mejor mis plegarias- Dios me respondió en términos inciertos para mí: ‘Vuelve al seminario. Quiero que seas mi sacerdote’”.

“Suena como una escena de la película de *Los diez mandamientos*”, bromeó. “¿Dios te habló?”

“¡Por supuesto!”, Maurice continuó con la broma. “¡Rayos, centellas, vientos furiosos, la escena completa!”

“¿Y qué pasó?”

“Marie, conoces la manera en la que hago mis plegarias. Llevo mis preguntas y preocupaciones a Dios y escucho atentamente su respuesta. A veces viene como un pensamiento, un sentimiento, una sensación o a través de otra persona o del entorno. A veces no ocurre nada. En esta ocasión, una voz pareció venir de algún lado más allá de mí, y al mismo tiempo profundo dentro de mí. No parecía que mi mente lo estuviera haciendo sola”.

“¿Te asustaste?”

“Dejé de caminar, alcé mi puño y grité fuerte: ‘¡De ninguna manera!’ ¿Por qué Dios elegiría a alguien que se siente alejado del trabajo parroquial –y de la mayor parte del trabajo sacerdotal? ¿O alguien que piensa que sus compañeros sacerdotes son demasiado conservadores? ¿O alguien que ni siquiera sabe si es capaz de comprometerse con el celibato? ‘¿Por qué me eliges a mí?’, le pregunté a Dios. ‘¿Cómo puedes querer que alguien tan imperfecto sea un sacerdote?’”

“¿Tú y yo ya hemos discutido esos problemas varias veces, cierto?”

“Sí, pero realmente tuve que parar de caminar un poco y sentarme para escuchar la respuesta de Dios: ‘Te amo exactamente tal y como eres. Sé que no eres perfecto.

Tampoco lo son la Iglesia, ni los Oblatos. Tu imperfección será tu recurso más grandioso. Te hará más humano y más compasivo”.

“¿Cómo te hizo sentir eso?

“¡Totalmente atemorizado! Pero Dios terminó: ‘Estaré contigo siempre’, me dijo. Y fue entonces que empecé a llorar”.

“¡Qué poderosa experiencia! Me recuerda algunos momentos de plegaria que yo he vivido. Déjame hacerte una pregunta difícil: ¿Estás seguro que era la palabra de Dios?”

“No, no estoy seguro de que así haya sido y no estoy seguro de estar haciendo lo correcto. Tal vez estoy malinterpretando a Dios, pero sé que algo profundo me pasó y que si mi interpretación es incorrecta, Dios eventualmente me pondrá por buen camino. Es solo que ahora tengo una certeza profunda de que voy por el camino correcto y de que estoy haciendo lo correcto por ahora”.

“Bueno, Maurice, yo creo que serás un sacerdote maravilloso. Otras personas también lo piensan. Tienes talento y eres muy espiritual. Necesitamos sacerdotes como tú”.

“Necesitamos sacerdotisas como tú, Marie”, replicó él.

“¡Tienes razón! La Iglesia necesita mujeres sacerdotes y gente laica empoderada también. Hemos sido dejados atrás y tratados como ciudadanos de segunda clase por mucho tiempo”.

“¡Puedes empezar otra revolución aquí, en Concord!”

“¡Já! Ya tengo mucho enseñando yoga por ahora y cuidando de mi esposo y mis hijos. Tú ve y hazte sacerdote. Dios habla muy fuerte a través de ti”. Ella hizo una pausa. “Pero prométeme que vas a cuidarte”.

“¿Qué quieres decir?”

“Ser obediente y hacer lo correcto es importante para ti. Pero no lo es todo, tú sabes. Ámate a ti mismo, y deja que te amen. Dios quiere eso también. Yo sé que Ella quiere eso”.

EL ÍDOLO

Un viento fresco golpea mi cara. Alguien debe haber entrado en la biblioteca del seminario. El frío de febrero en Boston fácilmente encuentra su camino hacia los lugares más cálidos, incluso llega al corazón. Distraído ya de mi lectura, echo un vistazo hacia la puerta y veo la bufanda morada y la chamarra verde llena de nieve. Por fuera viene el gorro de lana negro.

Reconozco la cara: mi ídolo. Lo he visto varias veces en la semana. No conozco su nombre. Él estudia aquí, quizás en el mismo programa que yo. Pero nunca nos hemos conocido.

Se quita su chamarra, sacude sus pantalones negros, y remueve el hielo de sus botas de invierno. Coloca su chamarra en una silla y se quita su suéter de lana.

La habitación se calienta y yo vuelvo a colocarme en mi silla.

Él no mira hacia mí. Yo volteo a ver si alguien me está mirando, mientras lo miro a él. Estoy seguro. Continúo sintiendo en mi cuerpo aquello que ha ocupado mis fantasías.

Siento el impulso de hablarle, pero ¿qué le diría? Invitarlo, ¿a qué? Tocarle, ¿con qué fin? Mi mente está confundida, pero mi cuerpo no lo está.

Ellos van a diferentes direcciones una vez que dejan esta encrucijada. Me encuentro en medio de dos amantes: aquel de los pantalones apretados, por un lado y la Santa Madre Iglesia, por el otro.

DESPEDIDA DE SOLTERO

El seminarista vestido en una sotana negra se arrodilla ante el altar, sus brazos extendidos hacen la forma de una cruz, mientras reza su rosario, manteniendo vigilia en preparación para el día mañana, en que va a ser ordenado sacerdote de la Iglesia Católica.

Parece como una película de Cecil B. DeMille, pero no hay esa escena en las vísperas de mi ordenación. No, yo pasé la tarde apapachándome con un amigo.

Salimos por pizza y nos estacionamos en el sofá de la sala, con un par de Coca-Colas, en la residencia del seminario. Pasaban de las diez. No tenía más preparativos que hacer. No había nadie en la residencia, nadie más que Jim y no había nadie más que yo quisiera que estuviera allí.

En los últimos dos años, Jim y yo pasamos más tiempo tratando de entender el mundo del que pasábamos como la mayoría de los sacerdotes hacen, rezando. Nuestra revelación personal no conocía más límites que los de la ceguera; nuestro análisis no tenía más límites que nuestro propio vocabulario; y nuestras buenas intenciones, no tenían mayores límites que los de nuestros conocimientos en ese momento.

“¿Estás listo?”, preguntó Jim frunciendo el ceño. Hemos hablado de esto.

Cruce mis piernas. “Se siente bien”, dije.

“¿Asustado?”

“Como si condujera por las calles de Cambridge en medio de una tormenta de nieve”, le dije. De hecho así es como yo concebía mi viaje espiritual. La visibilidad es muy limitada y la tracción bastante floja. De alguna manera, solo hay un poco de ambas como para mantenerme en el camino. “Esto es lo que Dios quiere de mí ahora”, continué, seguro de los sentimientos que habían emergido en mí durante la instrucción espiritual y de oración.

Jim se veía grandioso esa noche: suéter de cuello de tortuga gris, jeans Levi's negros, su brazo izquierdo sobre el respaldo del sofá, sus piernas cruzadas en mi dirección, luz suave acariciando sus mejillas y jugando en esos ojos que me hacían sentir como si estuviera dentro de ellos.

Mi brazo encontró camino hacia el respaldo del sofá. “¿Vendrás a visitarme a Columbia?”

Ambos tomamos nuestras coca-colas del centro de mesa que teníamos enfrente.

Yo ya sentía que lo extrañaba. “La casa parroquial en la que viviré está justo afuera de Broadway, cerca de la charcutería de Zabar. ¿Hace frío aquí?”

Jim se encogió de hombros.

Continué: “Probablemente haya un cuarto para visitas, o puedes quedarte en mi habitación, yo dormiría en el suelo”.

Devolvimos nuestras coca-colas al centro de mesa al mismo tiempo los dos, y en un segundo saltamos uno encima del otro. Sorpresa. Risas. Nos deslizamos en los

brazos del otro como niños juguetones, con excepción de que no podíamos soltarnos uno al otro.

Capítulo 2

El Escéptico

GÉNESIS

(una meditación)

*En el comienzo, el hombre creó a dios.
De sus más profundos deseos, él lo creó.
Juntos plantaron un jardín
Y el jardín resultaba agradable para el hombre,
Así como el dios que había creado.
Un día el hombre vio animales pastando en sus pastos,
Pájaros comiendo de sus frutos y semillas,
Y otros humanos recogiendo su leña.
Se quejó y desató la furia de su dios.
Juntos fabricaron armas
Y persiguieron a los invasores por todo el jardín.
Pero más pájaros y animales llegaron y más humanos.
Así que el hombre y su dios los capturaron, los pusieron a trabajar,
Y se deshicieron de los opositores.
El hombre estaba de nuevo complacido y así también su dios,
El dios que el hombre creó a su imagen y semejanza.*

LA PRIMERA VEZ

Lo hicimos. En la cama de sus padres. Fue mi primera vez. Las caricias y los juegos previos se extendieron por todo un año. Nos abrazamos, nos tomamos de las manos, nos apapachamos, y luego con la sangre hirviendo, parábamos. Mucho que arriesgar: ¿Qué tal si nos descubrían? ¿Qué tal si nuestros jefes se enteraban? Ambos nos preguntábamos: “¿Qué está mal con nosotros?”

Él era sacerdote. Yo también lo era. Ambos en conflicto. En la cama de Dios.

EL ROBO

Alguien se metió a mi departamento mientras yo no estaba. Lo supe desde el momento en que entré. El ladrón no se llevó nada, pero me di cuenta de que dejó algunas pocas cosas, como un mantel y un juego de servilletas que combinaban con el mantel, todo eso sobre la mesa de mi comedor, cortinas color café en las ventanas de mi cocina, y un pastel casero de café, dentro del refrigerador. El ladrón se robó solamente mi corazón.

La nota decía que él volvería esa noche para cocinar la cena. Esperaba que mi viaje de trabajo me hubiera dejado la energía suficiente para jugar raquetbol.

Nunca tuve un amante antes. Primero, nos volvimos amigos cercanos, luego salimos del clóset uno con el otro. Después nos volvimos íntimos. Yo no era "gay" en ese entonces. Era solamente un chico solitario con atracciones confusas y una moralidad religiosa que apenas permitía una exploración sexual discreta. Después de todo, tenía una reputación pública que mantener.

Esta noche estaría bien para mí, pensé. No tengo nada en mi agenda. Me gusta el raquetbol y amaría una cena hecha en casa, sobre todo, probablemente un postre en la cama.

Pero mañana es domingo. Tengo programado oficiar y predicar la Misa. Tengo que preparar un sermón antes. Quizás no deba hacer el amor esta noche. Quiero ser capaz de predicar desde el fondo de mi corazón, un corazón en paz, libre de culpas.

Aun así, me siento caliente. ¡Maldita sea, es hipócrita de mi parte tener una vida personal que no está en sincronía con mi compromiso público! Pero amo llegar a casa y sentir mi departamento lleno con amor.

"Hola, amigo mío. Estoy ocupado esta noche. Lo siento, no puedo cenar contigo".

EL FUNERAL

(la voz de Max, si el pudiera hablar)

Yo miraba mi propio funeral y no podía decir ni una sola palabra.

Los dos asistentes estaban parados a la orilla de un estanque en el Parque Audubon.

“Aquí es donde solía caminar todos los días con Max”, dijo la mujer con los hombros encogidos y la mirada cansada.

“Por eso estamos aquí”, dijo él, “por Max. Has estado ensimismada por tres días, ¿acaso no es momento ya de dar a Max una despedida apropiada?”

Se acomodaron sobre una manta y juntos leyeron un salmo Hebreo (el salmo 145): “El Señor es bueno para todos; tiene compasión para todo lo que Él ha creado... Los ojos de todo miran hacia ti y tú los alimentas en el momento adecuado. Tú abres tus manos y satisfaces los deseos de cada cosa viviente... Deja que cada criatura alabe su santo nombre para siempre jamás”.

Me gustó la parte donde se habla de alimento.

Luego me hicieron llorar cuando recordaron y hablaron acerca de cuánto me apreciaban.

Él la invitó a ella a tomar un puño de tierra y echarlo.

Ella hizo un comentario como “¡Hay tanto de Max en esta misma tierra!” Ella echó la tierra al agua. “Adiós, Max. Gracias. Te amo”.

No cualquier Doberman tiene su propio funeral, pienso yo, y menos con un auténtico sacerdote Católico.

Sé que Kathleen podía ver mi colita moviéndose.

EL SR. NUEVA YORK

(una historia acerca de un amigo que hacía cosas que yo nunca hice, pero a veces deseaba haberlas hecho)

J.F. Bennett es Nueva York. No estoy diciendo que su nombre brille en Broadway, tampoco que tiene un largo currículum en Wall Street, pero él tiene esa especie de alegría de vivir en una ciudad cosmopolita llena de oportunidades y placeres, y también de peligros.

“Esta noche estoy ocupado”, decía por el teléfono. Luego se apresuraba a salir de su oficina hacia el subterráneo que lo llevaba de vuelta a casa en Greenwich Village.

Se detuvo en varias tiendas de la calle Bleecker para comprar lomo de cerdo, queso azul, fuagrás, puerro, tres botellas de vino francés y una de Pernod y otra más de Chartreuse. Cualquiera cosa más que necesitara para la cena, la tenía ya en la alacena de su cocina, pensaba él, mientras trotaba por Bleecker hacia la calle Sexta.

Subía hacia su departamento que estaba en el segundo piso de un edificio de cuatro, a solo unos pasos del restaurante de Silvano.

Mientras metía su abrigo y su corbata dentro del clóset, escuchó el timbre que anunciaba a su invitado especial. ¡Esta no sería una noche ordinaria!

El primerizo que entra al departamento de J. F. es el marino italiano que conoció anoche en el piano bar. J.F. ha estado pensando durante todo el día acerca de las cualidades espirituales de este hombre, sin mencionar sus cinco pies y diez de estatura, su buena apariencia, su piel aceitunada y el traje blanco de marinero.

Como buen anfitrión, J.F. ofrece un aperitivo y una ducha. “Sí, una ducha”, dijo él. “Trabajé muy duro el día de hoy y necesito un minuto para refrescarme. ¿Por qué no me acompañas? ¡O no! Saldré en un minuto. Hay una tina. Siéntete como en casa”.

Se duchó y luego se reunieron en la sala para terminar sus bebidas. J.F. invita al marinero al sofá. J.F. hace su primer movimiento, poniendo una mano en su rodilla. El marinero retrocede, pero solo para provocarle risas a J.F. y garantizarse más caricias. El marinero declara que él es heterosexual. J.F. le da su bendición y las blancas toallas quedan intactas.

Luego van al dormitorio, donde J.F. hace todo lo que el marinero le pide, que es lo que condujo a J.F. a dejarse atar las manos atrás de su espalda con el ajustador de su bata. El hombre heterosexual, convertido en lobo, fuerza a un inquieto J.F. en posiciones incómodas hasta que los dos se ven luchando alrededor del departamento, descolgando los cuadros de las paredes y tirando los jarrones de las repisas.

Cuando J.F. se quita las amarras, las botellas de vino vuelan a través de la habitación y el lomo de puerco golpea la por atrás la cabeza del marinero. El marinero sale volando por la puerta, con sus ropas en la mano.

Con el estómago vacío, J.F. colapsa sobre su silla de descanso, se sirve un poco de Chartreuse y piensa: *¿no es la vida maravillosa? ¡Amo Nueva York!*

DE PESCA *(una meditación)*

Ir de pesca solía ser gratuito. Un chico podía ir de bicicleta al río o arroyo más cercanos y pescar todo lo que quería y nadie le cobraría un centavo. Había al menos siete puntos de pesca dentro de un rango de tres millas en mi hogar de infancia. Todo lo que necesitaba para una mañana de pesca era una caña, carrete, señuelos y gusanos.

El agua no era muy limpia. Las ciudades industriales de los años cincuenta no empeñaban muchos esfuerzos en limpiar sus aguas, ni aplicaban leyes para prevenir el escurrimiento industrial. Me siento afortunado de no haber comido tantos de esos peces que capturé.

Pero éramos libres para plantarnos en la ribera y arrojar anzuelos para competir sobre quién capturaría más percas, peje-soles, truchas, róbalo y lucios. No hacíamos mucho barullo, porque pescar era un trabajo serio. Teníamos que estar atentos a las líneas, sentir los mordisquitos y mirar con atención las aguas, buscando signos de que venían peces en ellas.

No se requerían permisos, al menos hasta que cumplíamos los veintiuno. Entonces fue que un policía me multó por pescar en un arroyo abastecido con truchas, antes de temporada y sin un permiso. Tuve que ir a la corte. Pagar la multa no fue nada comparado con el hecho de darme cuenta de que ahora no me sentía libre.

Empecé a extrañar los viejos y buenos tiempos y aun los extraño ahora. Mientras rodaba mi bicicleta hacia el punto de pesca, amaba sentir el viento en mi cara, soplando mi rubio cabello en todas direcciones. ¡Libertad! Pero ahora sé que la libertad tiene un precio y que las aguas limpias para pescar no vienen de gratis. Requieren de contabilidad, dinero y permisos de pesca, también.

SABÁTICO

La habitación estaba completamente oscura excepto por la luz de luna que se colaba a través del espacio entre el techo de paja y las paredes de adobe.

Los oídos de quienes dormían eran lo primero para detectar el escabullimiento de los invasores; luego, sus ojos se abrían, en lo más alto de los muros de adobe, patrullando en la luz de luna. El durmiente se bajaba de su hamaca de algodón para apretar los cordones de su morral.

Mientras retrocedía dentro de sus sábanas, buscaba alrededor de la habitación otros peligros y se preguntaba si las ratas podían caminar sobre las cuerdas de la hamaca. Finalmente se quedó dormido, una vez que se acostumbró a la sensación de tener compañía nocturna y se recostó diagonalmente envuelto en una sábana.

A la siguiente mañana, se despertó en una sábana llena de puntos rojos, no a causa de las ratas, pero sí de los mosquitos que comieron de su espalda, mordiéndolo a través de la hamaca y de la sábana.

Las cabañas en la jungla y las barriadas en las grandes ciudades de Brasil carecen de las comodidades de su departamento en Nuevo Orleans, o para el caso, las comodidades de la clase media y alta de cualquier hogar en Brasil. Pero el visitante no vino a Brasil para recostarse en una silla de descanso en un hotel de lujo. Vino para investigar el modelo educativo descrito en la *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire y para tener experiencias en las comunidades eclesásticas políticamente liberadas, que emergieron en los años sesenta y setenta.

Para ello, el visitante tuvo que descender de su pedestal profesional y andar por carreteras sin pavimento. Él creía en la invitación del evangelio Cristiano a dejar de un lado las pertenencias terrenales en busca de la fe. Lo menos que podía hacer era dejar todo de lado por seis meses e ir a experimentar el llamado Tercer Mundo.

Sospechaba que la experiencia le enseñaría que los pobres son verdaderamente bendecidos y que a ellos pertenece el reino de los cielos. Más en lo profundo, él tenía esperanzas de resolver sus propias luchas con respecto a la intimidad, dedicándose con más devoción a la misión de su congregación religiosa, llamada a la "evangelización de los pobres". Él empezaría, pensó, dejándose evangelizar por los pobres. El iría a Brasil a ver, escuchar, tocar, oler y aprender.

Llegó a Brasil con un morralito. Volvería a casa con un puño de preocupaciones más urgentes que ahuyentar a los mosquitos y a las ratas.

MOSCAS

Moscas por todos lados. Apenas colocábamos la comida en la mesa y ya había un enjambre de ellas. Esas negras criaturas hambrientas iban sobre el pollo, la mandioca y los frijoles negros incluso antes de sentarnos en la terraza, en la parte trasera de aquella modesta casa a las orillas del Amazonas en Brasil.

“Siempre hay una mosca en la sopa aquí”, dijo mi invitado.

Vine a la Amazonia para vivir con los pobres, por lo tanto no me preocupo por eso. Aprendí a matar moscas y levantar mi tenedor para comer al mismo tiempo. La camaradería de mis anfitriones de la teología de la liberación me había reconciliado con todas las dificultades de estas amenazas con alas y con la incomodidad de dormir en hamaca, manejar camionetas por cientos de millas de caminos de tierra, cruzando ríos sobre botes ruidosos y con olor a gasolina, y a veces caminando el día entero bajo la lluvia en caminos deslavados. Todo esto fue emocionante. Aprendí de otros y fui cuidado por ellos en una forma mágica en cada experiencia.

Las verdaderas moscas en la sopa vinieron después, cuando volví a casa en los E.U.A. y traté de aplicar a mi cómoda vida lo que había aprendido en el Amazonas. Las moscas vinieron cuando traté de compartir las lecciones que aprendí acerca de los pobres y de los sistemas que los mantienen pobres. Estas moscas incluían la total falta de interés, la negación, la poca voluntad para salir del propio confort y especialmente la apatía.

Pero las peores moscas eran las mías. Una de ellas era la carencia de un lenguaje apropiado para construir un puente entre mi experiencia de pobreza y la cómoda vida que viví en los Estados Unidos. Otra era mi lucha para encontrar un trabajo y una comunidad en la que pudiera descansar mi nueva consciencia. La mosca más molesta era el desafío creciente para enfrentar mi propia pobreza personal, que para entonces se trataba acerca de aprender a amarme a mí mismo y respetar mi necesidad de intimidad.

ROJO

La tierra, allá en el oeste es roja, de un ocre oxidado, estéticamente emparejada con las hojas de tabaco verde oscuro, las palmeras amarillentas y el grande y claro cielo azul. La tierra se levanta para formar *mogotes* o montañas de piedra caliza que parecen conos de helado invertidos, con palmeras en lo más alto, árboles de hojas caducas y maleza que protege la tierra roja del ardiente sol.

Rojo, reflexiona el joven hombre, *es un color apropiado para Cuba. Sí, es el obvio color de los comunistas. ¡Los rojos ya vienen!* Pero también el color rojo del fuego que enciende al pueblo en Cuba, un rojo sensual que calienta a este atractivo pueblo multirracial, un rojo lleno de energía que inspira a la búsqueda de la libertad y la soberanía, un rojo generativo que acondiciona y remodela Chevys del año 36 y refrigeradores oxidados, un rojo de la inventiva que crea nuevos sistemas sociales, culturales, políticos y económicos para una nueva generación que supera la esclavitud bajo contrato del fracaso del capitalismo.

La tierra roja se pega a sus botas y cubre sus jeans azules y su camiseta blanca mientras este chico estadounidense, rojo, blanco y azul, llega a casa después de su primera incursión en la roja y prohibida isla.

CUBA

*El cénit del mediodía puede hacer a un gigante creer
Que no tiene nada qué temer.
El ogro se sienta
Oscuro y perdurable
Ante los pies del gigante.
Pero a medida que el día se desvanece,
El ogro se vuelve más alto.
El gigante corre.
El ogro corre más rápido, como para alcanzarlo.
El gigante entra en pánico y...
La oscuridad cae.
El ogro desaparece.
El gigante persiste, oscuro y perdurable.*

EL SERMÓN

Miré a la niña que se sentaba a en medio de la banca de la izquierda a medio camino del pasillo, hasta que un hombre que estaba atrás de ella se paró e interrumpió mi sermón gritando: “¡Tú no sabes de lo que hablas!”

Los católicos no suelen hablar durante el sermón, de modo que el hombre me sorprendió tanto como él sorprendió a la niña de siete años.

Estaba predicando acerca de la justicia social y compartiendo con la congregación mis aprendizajes durante un viaje de seis meses por América Latina. “Hay una guerra civil allá ahora mismo en Nicaragua, en 1983, y la C.I.A. está armando secretamente a los Contras en contra del gobierno Sandinista. ¿Cuál es nuestra responsabilidad como cristianos y como Iglesia para enfrentar estas y otras acciones de nuestro gobierno?”

El hombre era obviamente hispano, cubano, de hecho. “Los comunistas están arrasando”, gritó, “y pronto estarán aquí en Harlingen, Texas”. Sin esperar ninguna réplica, el hombre se paró del banquillo y salió de la iglesia dando fuertes pisotones.

Otro hombre se paró y preguntó si esa había sido mi primera vez en América Latina y la primera vez que había visto la pobreza. Él también, había perdido el hilo del sermón y trataba de desestimarme argumentando que “siempre habrá pobres entre nosotros”.

Traté de no ponerme a la defensiva. Simplemente dije: “La gente de bien no puede estar en desacuerdo en asuntos sociales de esta naturaleza. En última instancia, el evangelio es un evangelio de carácter social y nos desafía al crecimiento personal, así como al compromiso con el bien común”.

Continué con la Misa. Una mujer sostuvo la mano con la que yo le pasaba la hostia. “¡Continúe predicando, por favor!”, susurró. Algunos otros me dieron ánimos similares mientras les ofrecía “el cuerpo de Cristo”.

Después de la Misa, en las escaleras frontales de la iglesia, la gente se acercó a mí para compartirme sus reacciones. La niña que había mirado antes, de repente apareció a mi lado, mirándome intensamente. Me puse de cuclillas a su altura. En cámara lenta sus ojos se fijaron en mí y sin decir palabra alguna, puso sus brazos alrededor de mi cuello y me dio un fuerte abrazo. Los concurrentes estaban boquiabiertos. Ninguno hablaba. Yo murmuré un gracias. Ella camino con su madre, mirándome por encima de su hombro.

FE Y LIBERTAD

(*la voz de un alumno en la escuela católica*)

Sábado en la mañana, día de mercado y voy caminando por la calle Tchoupitoulas. Como dicen algunos blancos en Nueva Orleans: “Si eres negro y deletreas Tchoupitoulas, entonces podrás ser admitido en el cielo”. Así es como dicen los blancos, por supuesto, esa es la palabra que San Pedro da a nosotros los negros para deletrear, como clave de entrada al cielo.

Es uno de esos días de calor, pero justo ahora está fresco, el clima es bueno para dar una vuelta por el Mercado Francés. Todo está perfecto, excepto la azúcar blanca que veo en mis brillantes zapatos negros. Es por los buñuelos que comí en el Café du monde. ¡No puedes ni siquiera respirar cuando los comes!

De todos modos, pasé por la Tienda Central y por la calle Decatur, la charcutería italiana que olía como a los mismísimos cielos con sus aceitunas, aceites, ajos, pimientos rojos asados y esos grandiosos emparedados de pan blanco, estilo muffaletta.

Pasé el mercado de los campesinos, y entre al mercado de pulgas, donde la gente vende sus cachivaches y ahora todas esas cosas que hay para turistas. Mi zapatos decidieron parar de moverse justo enfrente de esa mesa de libros, viejos libros, y mi mirada se fijó en este libro llamado *Fe y libertad*.

Hojeé las húmedas páginas una tras otra y empecé a reconocer las imágenes de chicos blancos jugando a vaqueros e indios, chicos hablando amigablemente con un policía y un bombero, un pueblo llamado Boomtown con grandes fábricas rojas y verdes colinas, imágenes de jóvenes santos blancos como Maria Goretti y Domenico Savio, y Jesuítas torturados por los indios.

Luego recordé de golpe: ¡Este era mi libro de lecturas en el tercer grado en la escuela católica! A principios de los cincuenta, este era el libro con el que la Hermana Marie nos enseñaba a leer. Me quedé sin aliento y tuve que buscar un lugar dónde sentarme pronto.

“¿Qué te pasa?” Era la voz de Angelique que me sorprendió por detrás de mis orejas. Siempre fuimos compañeros de clase y amigos.

“¡Ey, *cher, bonjour!* Mira lo que me encontré”.

“*O mon Dieu*”, dijo ella, como si hubiera sido golpeada por un rayo. “Ese es el libro con el que aprendimos cómo ser blancos”.

LA SOMBRA

No tenía idea de que él estaba allí, yo iba caminando en dirección al sol.

Sin saludos, sin pisotones, sin alientos, si gruñidos.

No veía nada más que la vereda que había escogido.

Entonces, un día él me mostró un destello, una presencia oscura y funesta.

Apareció en un sueño como un payaso oculto en el sótano de mi casa de infancia, un payaso malo y amenazante.

Yo volví corriendo, subiendo por las escaleras del sótano hacia la seguridad de la cocina iluminada.

Una vez que se quitó el disfraz y apareció ante mí como un compañero de clases, sentí aversión por él y ni siquiera podía mirarlo.

Aparecía incluso como aliado de algún tipo de organización irrisoria y corrí lejos de él.

En otro sueño, él me apuñalaba por la espalda, celoso por verme bailar. Me apuñalaba incluso mientras yo rogaba y le decía: "Tú también puedes bailar, yo puedo enseñarte".

Durante la batalla que seguía, yo reconocí a este enemigo.

Quién era en realidad, yo aún no lo sé de cierto, pero descubrí que no es tanto un enemigo, sino un aliado.

Empecé a tenerle menos miedo y a buscar su ayuda más a menudo.

EN LLAMAS

Se arrodilló ante la chimenea y cortó en pedazos las revistas, una por una, arrojándolos al fuego sin mirar los contenidos, hasta que una página perdida cayó revoloteando hasta el suelo. Al alcanzarla él reconoció el contenido, una imagen de página completa de Jeff Stryker, una foto más pequeña de Stryker levantando pesas, desnudo, con su miembro generoso cayendo hacia el suelo. Detuvo su mirada en la imagen; luego, con un suspiro profundo la cortó en tres pedazos y los echó al fuego.

Su tarea estaba hecha. Se sentó en el sillón inquieto, como si no supiera qué hacer con sus manos. Miró una Biblia en el librero, la alcanzó y la abrió en una página al azar, apuntando su dedo sobre el texto. Leyó, hizo pausas reflexivas. Cerró el libro y dejó su cabeza recargarse en el respaldo, viendo hacia el techo, o a ninguna parte. Otro suspiro profundo.

El fuego consume solamente la leña, ahora. Las revistas no son más que cenizas, excepto por la sección de tres pulgadas por tres de la foto de una revista de modas que ahora él saca de su bolsillo trasero –una parte del trasero de Stryker.

HERMANO MENOR

(la voz de mi impulso sexual)

Lo seguía a él a todas partes como un hermano menor o mejor, como una molesta mosca o una comezón insufrible. Me interesaba él, porque me ignoraba, o intentaba hacerlo, y eso me daba algún tipo de poder sobre él. Tanto más me ponía de lado, tanto más yo insistía en mi punto de vista.

Mi punto de vista es acerca de los hombres, fornidos y succulentos especímenes machos. Yo se los señalaba cuando los conocíamos, en cualquier sitio y todos lugares. Yo se los recordaba cuando él iba a dormir. Inspiraba sus fantasías diurnas y lo excitaba hasta que ya no podía aguantarme más. Luego de eso, al menos teníamos un poco de interacción, aun cuando ésta era conflictiva para él.

Él era todo un desafío, no porque fuera un hombre estadounidense de sangre roja, sino porque profesaba el celibato. No obstante, yo insistía frecuentemente: "Eres humano, un poco más, un poco menos; y necesitas intimidad".

Eso lo hizo tomar una pausa y como consecuencia, buscó amigos hombres por los que se sintiera atraído. Pero entonces yo le decía: "¿Por qué no tener sexo con él? ¡Ve, hazlo!" Allí fue cuando me dio la espalda y se deprimió por días. Realmente me hizo la ley del hielo.

¡Nada como una oración para silenciar el sexo! Yo puedo escuchar esos galimatías por horas. Realmente no me importa. Solamente tomo una larga siesta y me despierto renovado para hablar de sexo por el resto del día y por la noche.

El rezaba a Dios para resolver nuestra relación, pero como ustedes saben, Dios siempre ha estado de mi lado. Yo sé: ¿Quién podría no pensar que Dios está de su lado? ¡Pero en mi caso, es cierto!

¿Se ríen? Dios ama a los abandonados. Está en el Corán, en la Biblia Hebrea, en los Evangelios y en la pornografía -¡al menos como yo la leo! Ignórame y sufrirás un infierno; se mi amigo y te enseñaré cómo ir a dónde quieres ir, cómo hacer lo que quieres hacer. Sé amable con tu "hermano menor".

GENTE EXTRAÑA

(la voz de mi vecina)

Se puede vivir compartiendo el mismo edificio con la gente más extraña del mundo. Como aquella única vez en Nueva Orleans después de mi operación, en que viví en un departamento de la planta baja y mi novio me contó que había un sacerdote viviendo en el departamento de arriba.

Ahora bien, yo pensaba que los sacerdotes vivían en casas parroquiales cerca de las iglesias, pero este no. Él ni siquiera usaba esos vestidos y trajes negros. De hecho, lo vi varias veces subir las escaleras de chor y playera. Era lindo, también.

Una vez, apareció ante mi puerta cuando mis amigas y yo estábamos tocando música disco. Cuando escuché un fuerte golpe en la puerta frontal abrí y ahí estaba esta ternura, diciéndome: "Disculpe, pero tengo invitados a una cena arriba y no podemos escuchar nuestra conversación. ¿Podrían bajarle a su música?"

Bueno, recargué mi brazo en el marco de la puerta y eché mi pecho seductoramente hacia él, para que pudiera echar un buen vistazo a mis senos y así podía protegerlo de mis amigas, que estaban tratando de mirarlo, y lo invité a entrar para unirse a nosotras en nuestra fiesta.

Tal vez mi minifalda y mi camisa sin mangas eran más de lo que su cuerpo, hambriento de sexo, podían tomar, pero el caso es que solamente dijo gracias y se fue subiendo las escaleras de dos en dos.

En otra ocasión, estaba tomando el sol sobre el césped que está enfrente del edificio de departamentos. Lo vi en su balcón hablando por teléfono. Estaba mirando hacia los chicos que estaban jugando en el patio de escuela que está cruzando la calle, pero no se dio cuenta de que yo estaba allí. Yo usaba la parte de debajo de mi bikini rojo, sin la parte de arriba, pues así podía broncear mis senos para mi presentación de esa noche. No me gusta aparecer pálida cuando me inclino en el tubo y coloco mis partes dotadas justo en la cara de los asistentes.

Como sea, él decía algo acerca de los chicos saliendo de la escuela y yo le contesté: "Mira, trabajo hasta las 4:00 am y tengo derecho a un poco de descanso y relajación". En todos los aspectos, fui criada como católica, saben. Me volteé bocabajo y recé para que él le gustara quedar boquiabierto mirando a sólo unos cuantos pies de mí.

Saben, en verdad me hubiera gustado que él estuviera allí la noche en que mi amiga se tragó todas las píldoras de mi gabinete de medicina. Ella tomó estimulantes, tranquilizantes, todo tipo de pastillas, incluso aquellas que tomé para mi operación. Cuando esa chica tropezó fuera del baño y cayó de sus altos tacones sobre la mesa de café, poniéndose toda verde y azul, todas nosotras estábamos listas para confesarnos. Él hubiera podido darle los santos óleos antes de que la ambulancia viniera, también. ¿Dónde estaba el sacerdote cuando lo necesitábamos?

Pero saben, yo me meto solo en mis propios asuntos. Si él quiere vivir de esa manera, ¿quién soy yo para decir algo?

LOS TRES SENTIDOS DE LA PALABRA *BLUES*

“*Blues, blues*, una orden de *blues*”, eso era lo que Sunshine le gritaba a Tommy, el cocinero de comida rápida. Su voz chillona se imponía por encima del estruendo de las cazuelas y de las órdenes urgentes de clientes hambrientos que esperaban en la fila frente a un mostrador abarrotado en el lejano muro del Mercado Oeste de Washington D.C. *Blues* o “azules” gritaría Sunshine cuando los clientes querían panqueques de arándano azul, y rogaban por un chorrito dulce y caliente de miel de maple.

La forma en que Sunshine gritaba “*blues*” me recordaba el *blues*, el otro *blues* que los descendientes de esclavos como ella canta en el Sur. Y el *blues* me recuerda cuál era mi humor en esos días en Washington, D.C.

Yo buscaba a Sunshine en el Mercado Oeste cada mañana antes de emprender mis asuntos, salvando al mundo en un centro de investigación para la justicia social, llamado Center of Concern, un nombre a veces presuntuoso, quizás me sonaba así porque pasaba allí mis días solitarios trabajando en el *blues* de otras personas en vez de concentrarme en mi propio *blues*, que ya llevaba conmigo dos décadas.

Pero Sunshine ponía en platos aquel otro *blues* que me ayudaba a endulzar esos días de mis *blues*, y eventualmente reforzaba esta alma de *blues* para subirse a esa dulce carroza que venía a mí para llevarme más allá de mi esclavitud.

PÁNICO

“Doctor, no sé qué es lo que me pasa. Siento como si fuera a morir”. Eso fue lo que le conté al psicólogo de San Lucas, un centro de consejo para sacerdotes católicos. “Siento que se me oprime el pecho, me quedo sin aire y vomito. ¿Qué es lo que me pasa?”

Este terror vino a mí en las más apacibles circunstancias. Estaba en el retiro Jesuita, en Gloucester, Massachusetts, un retiro silencioso de ocho días. En medio de las plegarias, me sobrecogió la sensación de que mi cuerpo estaba en implosión dentro de mi pecho y luego vino un miedo de que fuera a morir. No podía imaginarme quién podía ayudarme, ni siquiera el director espiritual de la casa de retiro. Fui a dormir con pavor esa noche, con la cerradura de la habitación abierta, por si necesitaba la ayuda de alguien en caso de no poder levantarme.

El psicólogo diagnosticó la situación inmediatamente en el teléfono. “Usted tuvo un ataque de pánico. Es un síntoma de ansiedad”. Me enseñó a respirar profundo, y nunca más volvieron. Pero esos ataques de pánico fueron como un regalo disfrazado. Me mostraron que tenía que cambiar el rumbo de mi vida.

El psicólogo eventualmente atravesó las defensas que yo había construido alrededor de mi carrera y de mi estilo de vida y me ayudó a ver que, de hecho, tenía una decisión que tomar: podría permanecer en el sacerdocio con expectativas demasiado ajustadas acerca del celibato, o podía dejarlo para perseguir mis necesidades de intimidad.

Lo que hizo esta opción algo tan desafiante fue el hecho de que se trataba de una decisión entre dos dioses, no era la simple decisión entre lo obviamente bueno y lo obviamente malo.

Durante una sesión de consejería en la que describí mi estilo de vida, el psicólogo me explicó: “La soledad en la que has vivido me da escalofríos”.

Me di cuenta de que estaba sacrificando mis necesidades de intimidad en el altar de un estilo de vida célibe.

VARADO

(la voz de mi consejero)

Un paciente, en mi práctica de consejería espiritual, me contó un sueño que tuvo en el que estaba en su pueblo natal con tiempo en sus manos y sin saber cómo invertirlo, sin tener planes ni nada qué hacer. La palabra que utilizó fue *varado*.

La busqué un poco después porque soy muy curioso acerca del origen de las palabras. *Varado* se refiere originalmente al costado de una bahía, como la costa del océano o de un lago. Estar varado es haber sido dejado en la costa, por el agua, como un animal, una ballena quizás o un naufrago en las costas de una isla. Él dice que estar varado en esta ciudad llena de fábricas, donde pasó su infancia, con sus edificios de ladrillo rojo, sus señales llamativas y alumbrado viejo, lo deprimía profundamente. Él quería ir a cualquier otra parte, pero temía que a cualquier parte que fuera, él y sus sentimientos depresivos estarían aún allí.

Le pregunté si él tenía estos sentimientos cuando era niño. Él recordaba momentos en los que su madre le decía que fuera a jugar afuera y él contestaba: “No tengo con quien jugar”, y esos sentimientos tristes lo golpeaban. Había pocos chicos de su edad en su vecindario y sus hermanas eran mujeres con sus propias amigas e intereses.

Él siempre quiso hermanos, pero no los tuvo hasta que entró a la preparatoria, una escuela de internado, de hecho, solamente para chicos. Había 140 chicos en su clase, pero nunca se sintió querido por sus pares. Con todo, no era un patito feo; tenía amigos.

De cualquier manera estaba solo, dice él, especialmente porque no era tan bueno en los deportes y no le gustaban aquellos típicos que eran más populares, como el fútbol y el basquetbol. Más tarde, en la universidad, él recuerda sentirse con miedo de quedar solo y aburrido en los veranos, cuando la escuela terminaba. Empezó a lidiar con eso planeando cuidadosamente con anticipación.

Me contó que cuando tenía nueve años de edad, él estaba en verdad varado en la costa Atlántica, una tarde en la que se encontró a sí mismo paseando solo, incapaz de localizar a sus padres, que parecían haber dejado el lugar sin él. Él estaba aterrorizado de estar solo y tan lejos de casa.

Como su consejero, yo le explico que lo que el miedo hace con todos nosotros, frecuentemente es lo que nosotros le hacemos a otros. Una luz se enciende en él. Me dice que se percibe a sí mismo como juicioso y que rechaza prematuramente aquello que no le gusta o que no aprueba. Se describe como pintándose a sí mismo en una esquina y encontrándose solo ya sin sus rechazos.

La vida, reflexiona, es solitaria si uno solamente da la bienvenida a los seres, cosas y eventos que aprueba. Más aún, si uno se trata de esa manera, una especie de odio por sí mismo se desliza hacia las cualidades desaprobadas que uno tiene adentro. El ser está solo, en los tiempos de soledad y en los tiempos de compañía.

“¿Cómo varado?”, pregunto yo.

Más adelante, en nuestra relación, este hombre joven encuentra un camino para salir de su soledad adolescente cuando a los diecinueve asiste a un retiro religioso y experimenta una poderosa percepción interna de que “No está solo”. Él frecuentemente se ve a sí mismo como un hijo de Dios, cuidado por él, amado por él, y también por otras personas, como aquellos en el retiro. Un nuevo vínculo entre madre e hijo ha empezado para él. Me describe cómo este evento es espiritualmente fundamental para él y continúa dándole forma a su vida.

El miedo de quedar varado aun vuelve a sus sueños y a veces se sorprende a sí mismo tratando a otros en formas que lo dejan a él varado.

EL CONSEJO DE CHRISTOPHER

“Yo defenderé tu vocación sacerdotal”, me dijo.

Christopher y yo habíamos organizado juntos algunos proyectos de justicia social y nos habíamos vuelto amigos. Así que cuando me recuperé de mis ataques de ansiedad, yo busqué su consejo. Christopher, después de todo, no era solamente un amigo sino un autor de fama internacional y un sacerdote reconocido por su habilidad para ver lo espiritual dentro de todo lo humano y lo ordinario. *¿En quién más podría confiar?*, pensé.

Le conté que había descubierto que Dios estaría igualmente complacido si yo permaneciera en el sacerdocio, que si lo dejara para perseguir mis necesidades de intimidad.

“Yo defenderé tu vocación sacerdotal”.

Decidí tomar el consejo de Christopher e intenté vivir el voto de celibato del sacerdocio tan auténticamente como podía.

SOY UNA ROCA

Se paró en la costa para aventar piedras planas sobre el agua, de manera que brincarán tres o cuatro veces sobre ella antes de hundirse. En una ocasión aventó una piedra y esta golpeó un canto a lo largo de la costa. Así como la roca golpeó el canto, está se partió en pedazos que volaron en todas direcciones.

¿Qué tanto pasa algo así? No frecuentemente, pero para él se trataba del momento. *Soy una roca*, reflexionó. Para sobrevivir tengo que ser fuerte, construir músculos y reforzar mis defensas emocionales y mentales; pero para entonces, sus músculos estaban adoloridos. El levantamiento de pesas le producía ahora un poco de dolor. La soledad se volvía más intensa: el trabajo cotidiano, tedioso; la reflexión, sinsentido.

Se retiró al océano para reconstruir su fuerza de roca, pero el océano hizo pedazos el concepto que tenía de sí mismo.

Él volteó hacia el océano y le dio una nueva sonrisa. “Soy agua”, pensó.

EL HERMANO MENOR HA CRECIDO

(la voz de mi impulso sexual a toda marcha)

Recostado en la cama con una hinchazón incómoda en la entrepierna, el rezaba: “Oh Señor, llévate lejos los impulsos sexuales”.

Un psicólogo le había dicho que un test revelaba que sus niveles de testosterona estaban en 950, el más alto nivel para un adulto de cuarenta años.

“Yo quiero hacer tu voluntad, Señor, y servir a los pobres como sacerdote, pero es difícil”. No quería masturbarse. Momentáneamente aliviado, pero frustrado también.

Él había intentado tener un amante. Eso se sentía como hipocresía para un célibe profesado e injusto para el amante que prefería el compromiso.

La solución más obvia era convertirse en eunuco. Él suplicaba por un impulso sexual más reducido. Dios lo aterrizzaba de formas crueles, a veces. ¿Por qué Dios llamaría a alguien para que le sirviera como sacerdote célibe y luego lo quemaría con un gran impulso sexual?

Diez años después, recostado en la cama a lado de su esposo, él rezaría: “Haz que mi vigor continúe, me estoy poniendo viejo y es más difícil mantener una erección”.

LA RUPTURA

El carro se descompuso justo cuando manejaba hacia la gasolinera. El mecánico dijo: “Este es el final del camino para ti, amigo”.

Qué razón tenía él, no solamente sobre el Honda sino también acerca de su conductor. Este conductor nunca había sido bueno para saber en qué momento es necesario dejar ir un carro, o cuando dejar una etapa.

Un psicólogo, alguna vez le dijo que tendía a orbitar. “Quieres alejarte de tu carrera porque ya no te alimenta, por eso te distancias de ella. Pero aun tomando distancia, te mantienes definiéndote a ti mismo en relación con ella”.

Él orbitaba en círculos con su carrera como sacerdote católico, como otros hacían con sus carreras. Por cuarenta años el obtuvo un buen kilometraje de ese vehículo y disfrutó de todos los caminos tomados, pero ahora los vapores del celibato asfixiaban su vida íntima. La soledad se volvía más intensa. La inmolación propia hacía que su sacrificio perdiera validez.

Evitaba la compañía del clero, se distanciaba de algunas de las prácticas y creencias y criticaba la arrogancia y rectitud clericales. Aun cuando mantenía una vida cada vez más independiente de la estructura clerical y de sus responsabilidades, continuaba orbitando alrededor de esa carrera, sin saber cuánto tiempo más continuar dando vueltas en círculos o cómo exactamente dejar de hacerlo.

“Su carro está muerto”, dijo el mecánico, y algo en su interior también dijo: *¡Así mismo estoy yo!*

EL SUÉTER ROJO

(la voz de mi madrina)

Querido sobrino,

¿Te acuerdas cuando eras adolescente y te ofrecí comprarte un suéter rojo? ¿Recuerdas cómo te negaste en favor de otro más sombrío? Tus gustos en cuanto a ropa en ese momento parecían influidos por el hecho de que estabas en la preparatoria del seminario y que tenías serias intenciones de volverte sacerdote. Estoy segura que me mostré decepcionada de que tú tendieras a elegir más la firmeza sobre el juego, las pizzas y las fiestas. ¡Pero así soy yo!

Ahora, veinte y tantos años después. Te has ordenado, eres exitoso y disfrutas de tu trabajo. Pero después de nuestra conversación anoche, debo decirte que estoy preocupada por ti. Creo que necesitas un suéter rojo.

Me dijiste que eres homosexual –“gay” es la palabra ahora, ¿cierto? No entiendo completamente lo que eso significa, pero no importa. Lo que sí entiendo bien es que todos necesitamos amor y que todos somos diferentes.

Me contaste acerca de que tan solo has estado, incluso en medio de todo el amor que te da la gente de la Iglesia. Ellos aman de ti la parte que les muestras, pero no les muestras tu parte gay. Me la has mostrado a mí y yo te sigo amando tanto como siempre te he amado, e incluso más.

Estoy triste de que sientas que tienes que esconder lo que eres. Estoy enojada con el hecho de que, probablemente tus superiores te despedirán si lo supieran. La soledad que me describes rompe mi corazón, Maurice.

¿Cuánto tiempo más vivirás de esta manera? Sé que estas luchando en tu interior con esto. Me dijiste que has estado luchando con esto desde que eras un adolescente. ¿Quieres estar en soledad por un año más, cinco, diez o hasta el final de tu vida, como yo lo estoy?

¿Te has dado cuenta de que tienes opciones? ¿Qué pasaría si tú solo les haces saber que eres gay? ¿Te amarían más? ¿Se sentiría mejor ser más sincero y auténtico con ellos? ¿La Iglesia Católica es tan rígida en sus enseñanzas acerca de la homosexualidad, cierto? ¿Ser más abierto acerca de ti mismo te traería más amor e intimidad? ¿Serías capaz de afrontar el rechazo que mucha gente de la iglesia seguramente te arrojara?

Aquí hay otra opción: ¿Serías capaz de llevar una doble vida siendo sacerdote y teniendo un amante por otro lado?

¿Qué pasa si dejas el sacerdocio? Supongo que eso es como dar un salto en el vacío. Toda tu vida has sido alojado, alimentado y has sido empleado en la Iglesia, va de por medio, incluso la seguridad para tu vejez, aquí. Has invertido en un sistema completo de creencias, también. Saltar de lo seguro a lo desconocido debe crearte ansiedad, requiere de un cambio y de adaptación, y necesita de gran valentía. ¿Tu

soledad te lastima demasiado como para dar ese extremo paso? ¿Tu deseo de intimidad te quema demasiado por dentro como para abrir nuevas posibilidades?

A mi Dios siempre le han gustado los suéteres rojos. Él usa el suyo cuando va a las iglesias frías, a las casas parroquiales y a los conventos. A veces, lo usa solamente para divertirse o para entretener a los niños o hacer reír a los viejos. Lo usa en el día de San Valentín, en el Pentecostés y en Navidad. Lo usa para animar a un adolescente, solo y confundido. Pero sobre todo lo usa cuando visita a sus amantes.

Con amor.

Tu tía Mimi.

LA DECLARACIÓN

(la voz de mi amigo y pareja, Jeff)

Cómo él recibiría mi declaración, no tenía idea. Nuestra amistad de cinco años era sólida, lo suficientemente sólida que podía hablar con él acerca de los problemas con mi novia. Una vez que le pregunté sin ambages si como sacerdote célibe extrañaba tener sexo con mujeres, él dijo que no.

De hecho, estaba menos preocupado acerca de cómo tomaría la declaración que acerca de lo que yo le diría. Sabía algo de cierto: Después de veintiséis años de tortuosa auto censura, yo tenía que salir del clóset y decirle a alguien que era gay. Escogí a Maurice.

Los últimos dos años me había enseñado que la vida era demasiado preciosa como para gastarla escondiendo lo que era. Viviendo en el Chile de Pinochet, temí por mi vida en muchas ocasiones. Tuve amigos que fueron torturados y otros que perdieron a sus familiares ante la brutalidad del régimen. Yo no quisiera morir sin haber antes vivido de verdad.

Maurice y yo nos conocimos cinco años atrás en el Center of Concern, un grupo de reflexión sobre justicia social de los Jesuitas en Washington, D.C. Ambos trabajamos en el centro y rápido nos convertimos en compañeros de gimnasio y tenis. Aun cuando los dos dejamos el centro, continuamos viéndonos, a menudo en cenas y fiestas para nuestros amigos, algunos de ellos trabajaban en desarrollo internacional.

Yo estaba en D.C. para hacer defensoría en derechos humanos para la organización de campesinos para la cual trabajé en Chile. Maurice me invitó para quedarme en el cuarto de visitantes que tenía en su casa en Capitol Hill.

En la primera noche, no dormí bien. Estaba ansioso por el tema de salir del clóset, de sacar mi secreto de toda la vida. Además, me distraje cuando descubrí un destello de Maurice en su ropa interior, de camino al baño. Al principio, yo no fantaseaba con nuestra amistad, pero me parecía atractivo.

Después de la cena, nos sentamos en el sofá y hablamos. Yo no estoy seguro si me entendía cuando yo hablaba de la tortura y la censura en Chile. Mi mente estaba concentrada en lo que más quería hablar. De repente, solamente lo dejé salir. Sostuve mi respiración. Él sonrió y me animo a hablar.

Finalmente había salido del clóset, y se sentía genial. Lo que no me esperaba era la declaración de Maurice. Después de una larga conversación y de muchos detalles, me sorprendí preguntándole: “¿Estaría bien para mí ir a la cama contigo, esta noche?”

Pasamos dos días gloriosos juntos, como gente real. Al tercer día, partí para el aeropuerto. Cuando Maurice regresó de la cena esa tarde, encontró las luces encendidas en la casa. Mi vuelo se había postergado. Había olvidado entregarle la llave. Pasamos otra gloriosa noche juntos.

Un mes después regresé a los E.U.A., para bien. Terminé mi trabajo en Chile. Para ese momento, ambos sabíamos que nuestra amistad se había convertido en un compromiso de vida. Hicimos planes para ese año.

Yo iría a San Francisco, que era como casa para mí. Tengo allí amigos de mi época de universidad en Berkeley UC. Encontraría un trabajo y un departamento. Pero lo más importante: saldría del clóset frente a amigos y familiares.

Maurice iría a Cambridge como becario en Harvard. Seis meses antes, previos a nuestras declaraciones mutuas, él había decidido dejar el sacerdocio. Yo lo apoyé en eso. Yo no quería llevar una doble vida, ni él. En Cambridge él haría la transición con su consejero espiritual, su comunidad religiosa y su familia.

Durante ese año nos vimos varias veces y decidimos instalar un hogar en San Francisco.

Como trapevistas, Maurice y yo nos conectamos por completo. Habíamos dejado atrás la seguridad de nuestra vida en el clóset y cada uno había saltado hacia lo desconocido. A mitad del vacío, el destino había unido nuestros corazones.

UN REQUIEM

Lloro esta tarde mientras escucho el *Requiem* de Duruflé, una interpretación polifónica del canto Gregoriano. Duruflé siempre evoca en mí recuerdos de mi juventud católica, cuando servía como monaguillo en Misa, muchas de las cuales eran Misas Funerarias.

Ahora la música me provoca lágrimas, lágrimas por mi padre, que en muchas maneras fue bueno conmigo. Yo me lamentaba por cuán orgulloso él estaba de mí cuando me vio presidir una Misa como sacerdote, y cuando pintó una escena de muelle con el barco principal con mi nombre pintado. Yo me lamentaba por cómo él siempre me abrazaba cuando entraba en su casa. Yo me lamentaba por cómo jugando a las cartas él solía discutir acerca de la vida. Me lamenté por su muerte. Desearía que no hubiera tenido que morir. Pero sé que así debía ser.

Esta noche lloro todas estas lágrimas por papá y papá no ha muerto aún. Pero él lo hará. El morirá cuando finalmente le cuente que he dejado el sacerdocio y que me enamoré de un hombre con el que me quiero casar. Morirá un millón de muertes en un solo momento cuando pierda al niño que siempre creyó conocer.

Lloro esta noche por él –y por mí. Yo también lo perderé, perderé a mi padre.
Dies irae. Días de furia.

LA ÚLTIMA MISA

Nadie en la congregación sabe nada acerca de lo que me pasa.

Vestido con una prenda parecida a un edredón, me siento meditabundo ante el altar, absorbiendo las lecturas acerca de la llegada del Espíritu Santo.

Hoy es la fiesta católica del Pentecostés y una comunidad católica me ha pedido presidir la Misa Dominical. Es el tipo de comunidad en la que he trabajado en los últimos quince años de sacerdocio, un grupo de setenta y cinco personas buscando algo más que lo que los párrocos locales normalmente proveen.

Regulada por los miembros, el grupo no es una parroquia oficial y apenas está marginalmente permitida por el obispo. Valorando la diversidad, el grupo incluye a católicos divorciados, feministas, gais y lesbianas y sacerdotes progresistas como yo.

Hoy, como siempre, presido con una mujer no ordenada, por supuesto, y comparto con ella el liderazgo de los momentos litúrgicos más sagrados, incluso la consagración del pan y del vino y una plegaria tradicionalmente reservada solo al sacerdote.

Mientras medito en las escrituras, mi corazón aprecia ser un miembro de largo plazo en esta comunidad, invitado a presidir como líder, la adoración. Amo mucho esta comunidad, la cual atiendo cada Domingo, presida o no la misa en ella. Un sacerdote sentado entre los seglares es una cosa rara en la Iglesia Católica.

Respiro profundo mientras la congregación canta. Extrañaré a las personas que me han llamado para servirles.

Mi mente va hacia atrás, hacia mi primer Misa como joven sacerdote con la comunidad de rebeldes a la que pertenecía en los días del seminario. La semana en que fui ordenado, me invitaron a presidir para ellos por vez primera.

Antes de la Misa, me instruyeron sobre cómo entrar en el santuario, vestido con la túnica básica, llamada alba. En el altar, las mujeres y los niños se acercaron a mí y me pidieron que cerrara los ojos. Sentí ropas que cubrían mi cabeza y luego mi cuerpo. Abrí los ojos y vi que me vistieron con una prenda exterior y una túnica de muchos colores. "Es nuestro regalo para ti. Eres nuestro sacerdote. Recolectamos retazos de ropa de cada uno de nuestros hogares y los cosimos para formar esta prenda. A donde quiera que vayas, llévala contigo".

Esta es la única túnica que uso ahora.

Las lágrimas llenaron mis ojos mientras contemplo lo que debo hacer hoy en esta Misa, quince años después. Esta es mi última Misa. Estoy dejando el sacerdocio. Estoy moviéndome hacia dónde puedo respirar mejor. Pero no tengo la intención de decirle esto a la comunidad hoy. No hay nada que ellos puedan hacer por mí, y nada que yo pueda hacer por ellos.

Ellos no saben porque me voy. No he sido capaz de compartir eso con ellos. Mis entrañas han sido muy vulnerables, mi corazón muy decepcionado, mi mente está ya

muy cansada por la decisión. Mi decisión cuenta con muy poco apoyo de la institución. “Una vez sacerdote, sacerdote por siempre”, pregona la institución, pero cuando un sacerdote dimite, la puerta de la Iglesia se cierra.

Amo a esta pequeña comunidad y extrañaré profundamente servirle como sacerdote. Pero debo encontrarme a mí mismo.

Ven, Espíritu Santo y llena el corazón de este tu sirviente mientras se sale en busca de un camino que parezca más auténtico, más genuino, más nutriente para su alma gay.

¿SABES QUÉ?

Por todo el día he estado escuchando a este niño preguntando: ¿Sabes qué?

¿No es esta una extraña pregunta? ¿Cómo se puede responder a tal pregunta?

Si respondes que sí, ¿a qué estás respondiendo que sí? La mejor respuesta es no, en el sentido de NO SÉ qué. O podrías preguntar: “¿Qué?” y luego preguntar sobre el “qué” de lo que se supone sabes.

Los niños frecuentemente usan esta pregunta, pero algunos adultos la preguntan, también, como algunos extranjeros mientras están aprendiendo a conversar en inglés.

Enfatizando la palabra *qué* dentro del “¿Sabes QUÉ?” puede significar “¿QUÉ es lo que tú sabes?” y puede connotar “Tú no sabes ni dónde está tu culo, ni donde está tu codo”. En ese sentido, podría ser una pregunta que ha caído del cielo. Mientras que Dios estaba viéndonos aquí, tratando de explicar lo que pensamos que sabemos, quizás Ella gritó: “Sabes QUÉ?”, y se echó a reír a carcajadas.

EL DÍA DEL PADRE

El día del padre del año 1990 fue un punto sin retorno en mi vida y en mi relación con Dios. En ese fin de semana regresé a mi ciudad natal para celebrar el día con mi papá y para predicar una Misa, celebrando el cincuenta aniversario de mi tío como sacerdote. Fue un fin de semana de holas y adioses.

En los meses anteriores había anunciado mis planes de dejar el sacerdocio y la orden religiosa a algunas personas clave: mis padres, mi superior en los Oblatos de María Inmaculada y mi tío, el sacerdote que era miembro de la misma orden religiosa. Mis padres no se lo tomaron bien. Mi superior me ofreció apoyo financiero. Mi tío, un poco desilusionado con la Iglesia, me honró insistiendo en que predicara en su celebración.

La celebración fue en la madre iglesia de la comunidad religiosa, un monumento enorme de granito en honor al catolicismo franco-estadounidense de mi juventud y al ministerio de la comunidad religiosa a la cual pertencí por treinta años. Nadie podía haber elegido un lugar más apropiado para simbolizar, ante el mundo mi partida. Sentado en el banco de enfrente donde estaban mis padres, me uní a mi tío, mientras el sacerdote que presidía era mi superior.

No emprendí el camino hacia el púlpito. Pensé que iba a hacerlo. Estaba muy nervioso acerca de qué era lo que iba a decir. Desearía haber pronunciado un sermón de felicitaciones entretenido, pero no lo hice. Prediqué acerca de la metáfora de Dios como padre, contrastando al Dios del Rey David de la Biblia como el padre de un hijo maduro y creativo, con el Dios del Rey Saúl como padre de un jovencito inmaduro.

El tema, por supuesto, estaba inspirado en mi propia lucha y en mi reciente transición teológica. Me paré allí frente a ellos sintiéndome desnudo y deseé haber escogido un tema menos personal, uno más adecuado para el tipo de audiencia y para la ocasión.

En la recepción después de la Misa mis padres se negaron a hablarme, aun cuando estábamos sentados en la misma banca. Otros parientes no sabían cómo interpretar mi evidente incomodidad. Después, en casa de mis padres, mi padre me regañó.

Esa noche, dormí en casa de un amigo cercano. Ese espacio seguro desató un río de lágrimas. Le dije adiós al mundo que conocí por cuarenta años.

Mi carro se descompuso ese fin de semana, otro símbolo muy apropiado para mi transición, así que volví a D.C. en avión. Durante los siguientes días vendí todas mis pertenencias y volé hacia mi nueva vida en California.

Capítulo 3

El Amante

ROPA ESPARCIDA

La amplitud del pasillo del departamento estaba cubierta con prendas de vestir, primero; camisas y pantalones, después y finalmente, con ropa interior. Dos de cada una. La sonrisa disimulada de los visitantes que se detenían en la puerta hacía evidente la claridad del mensaje: “Hola, Lois. Hola, Tim. ¿Te molestaría venir más tarde?”

Acababa de volar desde San Francisco hasta Washington D. C., después de una semana depurando mis pertenencias y despidiéndome de amigos. Un descubrimiento sorprendente había sacudido mis rutinas y me había llevado a recorrer Estados Unidos hasta llegar a San Francisco.

Había hallado una pareja. Un año antes, cuando decidí abandonar el sacerdocio, un buen amigo salió del clóset ante mí, como gay. Era el mismo compañero de trabajo con quien tanto había disfrutado estar en mis años solitarios en Washington. Habíamos sido amigos por cinco años sin saber que ambos éramos gay.

Jeff y yo nos dimos cuenta de inmediato que ambos deseábamos construir una vida, juntos. Pasamos nuestro primer año separados, mientras él se revelaba ante su familia y amigos en la Costa Oeste; yo concluía mis asuntos con la Iglesia y mi familia en Massachusetts. La separación geográfica entre nosotros tan solo confirmó nuestro amor.

La ropa esparcida en el pasillo de nuestro departamento marcó el inicio de una verdadera unión. Amigos como Tim, el ex jesuita, compañero de piso de Jeff y su novia, Lois, una rebelde luterana, nos envolvían con amor y valores compartidos.

Las vacaciones en el *Russian River* habían borrado las tensiones de aquel fin de semana del Día del Padre. Las largas caminatas entre las majestuosas secuoyas presagiaron el grandioso mundo nuevo que nuestro amor vería.

CARTA A LA IGLESIA

24 de mayo de 1993

Querida Iglesia Católica:

Hoy en el decimoctavo aniversario de mi ordenación, te escribo como una persona que, por elección forzosa, ha optado por abandonar el ejercicio del sacerdocio, que ha optado por ser libre de vivir abiertamente como gay y de unirse públicamente de por vida con el hombre que ama profundamente.

Trabajé en tus filas tres décadas como sacerdote. Entrené ministros laicos en programas de maestría. Escribí siete libros sobre los Ministerios de la Iglesia. Organicé programas educativos en temas de justicia social. Dirigí el culto en comunidades de base. Ayudé a conformar la planificación diocesana y las estrategias de educación de adultos para la Conferencia Católica de Obispos de Estados Unidos. En resumen, pasé quince años en el seminario, quince años en el sacerdocio y toda mi vida en una familia católica.

En mi opinión, fui un sacerdote efectivo, influyente y querido. Disfruté el trabajo que me procuré, como generador de nuevos ministerios y de nuevas formas de liderazgo.

Mis servicios a la Iglesia ya no son solicitados. Desde que he decidido unirme en matrimonio, no existe ni una sola demanda de trabajo eclesiástico para mí. Siento como si, de alguna manera, me hubiese desvanecido de la vista de las personas de la Iglesia.

Como sacerdote ordenado en unión gay, desde la lógica de la Iglesia estoy marcado indeleblemente como "sacerdote por siempre" pero no me es posible actuar como tal. Mi problema, como lo define la Iglesia Católica, es que no cumplo el celibato dado que tengo un compromiso amoroso y que estoy viviendo en pecado al desarrollar mi orientación homosexual.

Pueden entender cuan enojado y profundamente herido me siento al ser excluido del ejercicio del sacerdocio. Mientras yo vivo con integridad y honestidad, guiado por lo que una y otra vez me ha sido aconsejado como el camino hacia Dios, mi compromiso con un cónyuge es juzgado como incompatible con mi sacerdocio. Mientras condena mi conducta, la lógica católica acepta la de otros que están atrapados en comportamientos insanos: masturbarse, frecuentar bares, buscar contactos en baños y arbustos, mantener amantes secretos, practicar pederastia y negar derechos humanos y civiles básicos a las personas homosexuales.

Estas debilidades son toleradas siempre que los perpetradores sean discretos. Las mentiras son aceptables, pero la honestidad y el compromiso con el amor han expulsado a muchos- tanto a homosexuales como a heterosexuales- del sacerdocio.

Puesto que mi camino espiritual desde hace tres años me ha alejado oficialmente del sacerdocio, he encontrado en mi unión conyugal y mi comunidad de amigos, un profundo sentido de la gracia de Dios que no imaginaba posible. Mi pareja, Jeff, y yo

nos unimos en matrimonio e inscribimos nuestra relación públicamente como concubinos en la ciudad de San Francisco. Alrededor de 100 personas asistieron a la ceremonia y celebraron nuestra unión- muchos de ellos personas de la iglesia, como ustedes, otros sin arraigo religioso.

Como parte del ritual, Jeff y yo contamos a los asistentes nuestras historias –el camino recorrido hasta este día, pasando por la negación de nuestra sexualidad, la hipocresía, el miedo a ser descubiertos, la dura lucha por la autoaceptación y la aceptación –y algún rechazo- de los familiares y amigos. Les contamos cuánto nos sentimos en la gracia de Dios por habernos dado el uno al otro y a esta comunidad. Y pedimos a ellos sus bendiciones a nuestra unión.

Ellos hablaron con palabras del corazón. Nos desearon regalos que algunos habían perdido: fidelidad, permanencia, buen sexo, habilidad para lidiar con el conflicto, alegría, paz y apoyo de nuestra comunidad.

Después partimos el pan y vertimos el vino juntos. No lo hicimos como una iglesia oficial, sino como personas de diferentes credos e instituciones que querían cuidarse y apoyarse mutuamente, como comunidad.

Jeff y yo compartimos la idea del profundo significado que este ritual tiene para nosotros y también de cómo este mismo ritual es profundamente significativo para otras personas y religiones. Intentamos ser inclusivos cuando nos referimos a Jesús en la bendición del pan y el vino.

Le expresamos a todos los presentes nuestro intenso deseo de construir con ellos una comunidad de sustento mutuo y amor. Después, celebramos con las comidas y bebidas que todos habían traído.

La celebración trajo frutos. Escuchamos que las relaciones se enmendaban y estrechaban, que los niños estaban siendo enseñados en la apertura a las diferencias y a la diversidad, se hacían nuevos amigos, se estaba exorcizando la homofobia, la comprensión del amor gay estaba creciendo, los padres se estaban haciendo más abiertos al desarrollo emocional de sus hijos, la familias de los homosexuales se estaban haciendo más unidas, incluso algunas relaciones insanas estaban llegando a su fin como resultado de los subsiguientes testimonios de integridad.

No, la Iglesia Católica no llamaría a esto Eucaristía, ni llamaría a esto matrimonio o ejercicio oficial de sacerdocio. En verdad es triste que como Iglesia invirtamos tanta energía predicando el Cristo crucificado, enseñando lo que creemos es su dogma y moralidad, celebrando Eucaristía en su nombre, leyendo sus parábolas revolucionarias, escuchando su mandato de cuidar de los excluidos y que, siendo Iglesia, seamos ciegos a los sacramentos que tienen lugar entre los excluidos.

¿Cómo es posible que invirtamos tan poca energía en llegar a comprender que sistemáticamente crucificamos a aquellos que se acercan más a vivir como él? Quizá las cruces de nuestras iglesias no deberían cargar la figura de Jesús sino los cuerpos de

aquellos contemporáneos que excluimos. Deberíamos comer su carne torturada y beber su sangre derramada y saber que nuestra comunión con ellos nos salvará.

Entonces, Iglesia, debo continuar mi vida. El río de gracia de Dios fluye y no es de propiedad exclusiva de ustedes o ninguna otra institución religiosa. Fluye a través de Jeff y también de mi jardín. Todavía soy un sacerdote, no de la Iglesia Católica, pero sí de Dios. No porque fuera ordenado por un obispo, sino porque Dios me dio aliento, no en una Iglesia Católica sino bajo cielo abierto, donde sea que el río de gracia divina fluya -en verdad es un torrente- hacia los hambrientos y sedientos, los extraños y temidos, los despreciados y burlados, los estigmatizados y excluidos, aquellos que viven con SIDA, aquellos que están dispuestos a ser alimentados y desafiados, y aquellos cuyo aliento es una oración de agradecimiento sincero.

Aunque mi ira contra los católicos que apoyan el sistema de injusticia está lejos de ser curada, sé que en los corazones de muchos católicos hay compasión y deseo de eliminar la discriminación homofóbica, así como la exclusión del sacerdocio a los hombres y mujeres casados.

Si hay una manera en la que pudiésemos trabajar juntos, me gustaría. Si no, debo seguir adelante y cuidar de otros campos con el río de Dios. Lo que he aprendido del cristianismo católico, sé que subyace en las heridas de mi propio cuerpo. Para mí, solo dentro de ese cuerpo hay salvación genuina.

EL DIOS DEL SEXO

Al principio, Dios, me hiciste célibe. Estabas complacido de mi entrada al Seminario católico a mis catorce y de que te hubiese preferido por sobre las chicas y el sexo. Cuando tenía pensamientos impuros o me tocaba, insistías en que me confesara ante un sacerdote, pero hiciste muy poco cuando me asaltó la depresión y tuve sentimientos de no ser aceptable.

Cambiaste, Dios. Cuando tenía diecinueve y asistía a un retiro espiritual me mostraste que no estaba solo y que era parte de tu gran plan. Hiciste que me entusiasmara con la comunidad eclesial, los rituales y la teología. Viste cuan confuso estaba respecto a la atracción sexual. Me aliviaste al confesar mis debilidades ante un sacerdote. Tu amor fue un consuelo cuando caí en desánimo. Me aceptaste.

Comenzaste a confundirme en mis primeros veinte años, cuando tomé un descanso del seminario. Querías que confesara y admitiera mi culpa acerca de la masturbación, pero parecías feliz de que finalmente la llevara a cabo. No pareció que te importara que tuviese contacto físico con una joven y no pudiera llegar al final. Pero estuviste ciertamente incómodo cuando sentí lujuria por su hermano.

Alrededor de mis veintisiete, en el seminario otra vez y expuesto al movimiento femenino, tuviste un cambio de sexo. Descubrí que no eras realmente masculino, ni femenino, para esos asuntos y que mis adscripciones de género eran proyecciones antropomórficas. Ahora que tenías una nueva identidad, no te preocupó cuando comencé a abrazar y ser abrazado por amigos cercanos. Incluso dejaste de exigir que confesara esos encuentros a un cura, pero estabas complacido cuando fui honesto sobre ello con los amigos o guías cercanos. Etiquetaste estos encuentros como “exploraciones identitarias” y las viste como parte de un proceso de crecimiento.

Me sentía muy culpable de llegar hasta el final, así que nunca lo hice. Cuando finalmente llegué a hacerlo y tuve un novio, apoyaste el crecimiento personal que significaba, pero estabas preocupado de que la relación se hiciera pública, ello dañaría mi reputación como sacerdote célibe. Me dejaste sentir en conflicto acerca del celibato y me hiciste pasar por largos períodos de abstinencia sexual. Me permitiste ver que mi novio era gay, pero no podías convencerme de que yo también lo era.

Al final de mis treinta, asumiste el papel de terapeuta sexual. Estaba en retiro también, y en plegaria, estaba celoso del amor que le tenías a Francisco de Asís. Me enviaste un ataque de pánico. Dejaste que décadas de represión sexual explotaran, rompiendo mis ataduras. Entonces, para calmar mis miedos y secar mis lágrimas, dijiste que me amabas como soy, como un hombre gay. “Te he hecho así y así es como te amo. Así también me amarás”. Me dejaste claro que no tenías preferencias respecto a si me mantenía en celibato o si encontraba un amante. Era opción mía. También rechazaste las proyecciones de mi padre. Dejaste claro que confiabas en que podía hacerme cargo,

asumir los riesgos y ser creativo. Pronto decidí abandonar el sacerdocio y encontrar una vida personal más genuina.

Nos hemos convertido en un NOSOTROS, como amantes fieles. Nos unimos para crear un hogar, una comunidad y una sociedad justa. Atendemos nuestras necesidades mutuas y descansamos en las fortalezas de cada uno. Cuando surgen diferencias, las tratamos de resolver de manera conjunta, confiando en nuestro amor.

Estás lleno de sorpresas. He aprendido que conozco solo una mínima parte de ti. Cambias, y a veces me confundes respecto a qué estás haciendo. Sin embargo, siempre me has dado la seguridad de que soy profundamente amado. Confió en ti.

EL OLIVO

Otra vez el Día del Padre, Dios estaba caminando en el jardín, disfrutando de un olivo en particular. *Planté este árbol hace 300 años, pensaba Dios, y me ha traído tanta dicha con todas las torceduras y bifurcaciones que ha ido tomando y con los magníficos frutos que ha producido.*

Las reflexiones de Dios fueron interrumpidas por el sonido de un himno, bastante familiar, un clásico: Firmes y Adelante. El olivo continuó balanceándose, bailando con la suave brisa de la mañana. La música provenía de una Iglesia cercana que ahora resonaba con otro himno sobre la piedad del Señor.

“Estoy agradecido de que hayan pensado en mí en el Día del Padre”, pensó Dios, “también estoy contento de que el sacerdote esté cuidando niños, así puedo tomarme el día libre. Es duro ser identificado como padre y comandante militar, de quien se espera que dé ordenes todo el día.”

El olivo era el anfitrión de un conjunto de pájaros negros que hacían un picnic en sus ramas. Justo en ese momento sonó el teléfono celular de Dios. El número le era familiar, otra llamada implorando órdenes.

El Olivo no le interrumpió. Había encontrado, profundo en la tierra, una de las muchas fuentes de agua que Dios le había indicado encontrar.

ASÍ NO

“No quiero ser así”, le dije al consejero. Tenía cuarenta años y me refería a ser un sacerdote 10 años mayor que se sentía sexualmente confuso y solo.

“No lo serás”, replicó mi consejero, “porque estas escogiendo ser el hombre que tú quieres ser”. Estaba en lo cierto. Diez años más tarde yo era sexualmente pleno y estaba felizmente casado.

Sin embargo, hoy contemplo a mi padre, que vive en la cama de un hospital por las terribles caídas que ha sufrido. La demencia le hizo caminar en la noche sin zapatos ni pantalones. Lo peor es que ha estado tan errático que los doctores lo han sedado y han rodeado su cama con una tienda para prevenir que salga y deambule.

Su temperamento es su peor enemigo y lo ha sido toda su vida. La demencia tan solo lo magnifica todo. Los doctores muchas veces no han tenido otra alternativa que sedarlo.

No quiero ser así. Por supuesto no me refiero a la demencia. Eso no parece ser prevenible. Me refiero al temperamento y cómo manejarlo. Papá me ha dado muchas valiosas cualidades tanto por naturaleza como por crianza, pero mi temperamento no es una de ellas. Bajo estrés puedo mostrar tanta locura como la de él. En mis mejores momentos puedo ser autoconsciente y resuelto a cambiar las conductas indeseables.

La manzana no cae lejos del árbol; pero esta manzana quiere caer lo más lejos posible. He tenido una mejor estrella, así que cuando mi tallo se debilite y el viento me saque de la rama, rodaré un poco más lejos.

Observando el comportamiento de papá, comprendiéndole, y especialmente amándolo, espero que en algo eso me ayude a amarme más a mí mismo y a escoger conscientemente quien quiero ser cuanto tenga noventa y cinco.

ALTERNATIVA

“¿Cuánto tiempo quieres estar así?” me preguntó la coordinadora. “¿Una hora, dos, tres? ¿Todo el día?”

Estaba de un ánimo rebelde que parecía más allá de mi control. Ocurrió durante un taller, cuando la coordinadora nos indicó trabajar en grupos para crear collages que expresaran objetivos que deseábamos lograr en un plazo de seis meses. No quería hacer el collage. Enjuiciaba su utilidad o pertinencia. No obstante, me sentía obligado y por tanto, también resentido de sentir esa obligación.

“Entonces, ¿cuánto?”, preguntó ella otra vez “el grupo te necesita. ¿Quieres contribuir o no?” Ese argumento me venció. No quería seguir en el ánimo que estaba ni un solo minuto más. Quería contribuir al grupo. No quería aislarme. Implacablemente, ella hizo otra pregunta. “¿Quién estas dispuesto a ser para contribuir de manera extraordinaria?”

Esta no era una pregunta rara para mí. Todo el taller era sobre esta pregunta. Había experimentado como al establecer intenciones, estas me empoderan para sacar lo mejor de mí en una situación dada. Entonces le dije enseguida: “estoy dispuesto a apoyar a todos, a ser cuidadoso, entusiasta y creativo para hacer una contribución extraordinaria”

Inmediatamente sentí una descarga desde mis hombros. Un alivio. Aunque estaba de mal ánimo, confié en que podía mostrar lo mejor de mí. Y lo más importante: estaba dispuesto a permitir a otros que participaran, haciéndome expresar la mejor parte de mí mismo. Supe que no tenía que hacerlo solo.

Aquello fue una bifurcación, un momento de giro en mi vida. Me permitió comprender cómo, aunque esté en las peores circunstancias, puedo invocar la persona que tengo la intención de ser. No tengo que hacerme presa de mis desánimos, deficiencias, dudas y malos hábitos. Puedo escoger ser yo mismo y permitir a otros que me ayuden.

Ahora, años más tarde, cuando estoy de mal ánimo, mi pareja tiene permiso para preguntarme: “¿por cuánto tiempo quieres estar así?”. Yo respondo: “por unas horas más”. Y reímos.

DISTRACCIONES

¡Oh!

Eso es lo que tu...

Sí.

Gracias por tu...

No tenía idea...

Caminando juntos por la calle.

Yo, todo recto, pasando puertas cerradas y callejones sin salida.

Tú sofocado, jadeando, interrumpiendo mi caminata.

Y notas el enojo en mis labios, cierto gruñido y los pasos impacientes en la misma dirección, la misma de siempre.

¡Oh!

Eso es lo que viste.

Sí.

Me gusta.

Gracias. Gracias, gracias, gracias por distraerme.

TRES SORPRESAS

1. Empiezo con la página en blanco. Forcejeó con ella para encontrar una manera de comenzar a escribir. De repente, un pensamiento cruza mi mente. Incompleto, pero lleno de palabras esperando a ser escritas. Mi mano empieza a escribir una palabra cada vez. Una palabra lleva a la otra.

Miré la página como si fuera un filme que se desarrolla ante mis ojos. Sin tratar de controlarlo. Simplemente observé las palabras ir de mi cabeza a mis manos, y luego a la página.

Revisar lo escrito fue sorprendente para mí.

2. Reunirme con esta estudiante en particular no fue uno de mis placeres como Director del Programa de Grado. Ella albergaba infinitas dudas, inseguridades y preguntas. Absorbía todo el tiempo que me quedaba después de atender a mi padre, y salía tan confundida como al entrar.

Un día, me preparé para encontrarme con ella haciéndome a mí mismo una pregunta. Una profesora sabia me había enseñado esta pregunta cuando se percató de que el mal humor no me dejaba contribuir a una clase: ¿Quién estas dispuesto a ser para contribuir de manera extraordinaria?

En relación con esta alumna difícil mi respuesta fue “Estoy dispuesto a comprender sus necesidades, a apreciarle como persona y a ser fuerte, de modo que no pierda mi buena onda”.

Antes de nuestro encuentro me recordé a mí mismo las cualidades deseadas sin tener idea de cómo las iba a poder mostrar en la entrevista. ¿El resultado? Al final del encuentro, la estudiante se sintió satisfecha con mis respuestas, alegó sentirse más en confianza y me agradeció profusamente. Un año después, en su graduación, me agradeció otra vez.

¿Cómo es que estas relaciones acaban tan bien? ¿Cuál fue el origen de mis respuestas positivas? ¿Cómo supe qué decir? Mis actos fueron para mí un don y una sorpresa.

3. Mi amigo David me interrumpió: “Estás siendo defensivo, y no te estas permitiendo abrirte ante él”.

Le había estado contando a David sobre esta persona que me había declarado su amor y quería ser mi amante y compañero para la vida. Había soltado una excusa tras otra. “Es de California, y yo de Washington. Es metodista, y yo católico. ¡Y es dieciséis años más joven que yo!”.

“Estas perdiendo una oportunidad.” Dijo David. “A menudo haces esto, cierras tus opciones. Él te ama. Tómame un tiempo para percibir antes de juzgar y decidir”.

Mi compañero en la vida y yo podemos ahora mirar atrás y ver un largo y feliz matrimonio. Gracias David, por confrontarme y ayudarme a recibir la más grande sorpresa de mi vida.

CASADO POR VARIAS VECES

“Escuché que las parejas gay se pueden ahora casar en California. ¿Están casados?”

“Sí. Nos hemos casado siete veces”.

“¿Con otros hombres o con mujeres?”

“En realidad, siete veces, uno con el otro”.

Explico: el primer matrimonio fue un compromiso personal entre los dos hace veinte años. Habíamos sido amigos por cinco años, pero sin reconocernos gay. Inmediatamente después de compartirlo abiertamente, nos dimos cuenta de que estábamos enamorados. Fue el guía espiritual jesuita de mi pareja quien nos hizo darnos cuenta de que nuestro compromiso sagrado nos definía como *casados*.

El segundo matrimonio fue la ceremonia de bodas, tres años después, con nuestra comunidad de amigos. Les contamos acerca de nuestro compromiso y les pedimos su apoyo.

Consideramos el tercer matrimonio para estar de conformidad con la ley, nos inscribimos en la ciudad de San Francisco como *concupinos*. Consecuentemente, después quedamos inscritos como *concupinos* también en el Estado de California. Ese fue el cuarto matrimonio.

Con el tiempo, la ciudad de San Francisco declaró que la exclusión de los gays del matrimonio era inconstitucional y comenzó a hacer casamientos. Nos matrimoniamos en el City Hall, justo una hora antes de que el Estado de California cerrara la licencia de San Francisco. Esta vez oficialmente. La unión fue también oficialmente anulada por la Corte Suprema del Estado pocos meses después.

Nuestro sexto matrimonio fue un matrimonio legal llevado a cabo por el Estado de California. Más tarde, los votantes lograron detener el matrimonio gay, pero California continúa considerando legal aquellos matrimonios efectuados por las autoridades estatales. Esto ha generado la absurda situación de que algunos gays en California son casados mientras que otros no pueden llegar a serlo.

En el 2013 esperábamos celebrar un séptimo matrimonio una vez que el gobierno federal de los Estados Unidos permitiera el matrimonio igualitario, como otros países en todo el mundo también ya han hecho. Quizá antes celebremos en Cuba, en uno de nuestros viajes legales de investigación. La hija del presidente, Mariela Castro, nos ha invitado a la celebración, cuando triunfen sus esfuerzos legislativos por los derechos gay.

Nos hemos casado y vuelto a casar mutuamente seis veces. No somos indecisos. La sociedad sí que lo es.

EL DÍA DEL ALMA

El plan de esa mañana a las ocho era trabajar en nuestros problemas de comunicación como pareja. Aquí estamos, al mediodía, compartiendo nuestros éxitos comunicativos.

¿Por qué estoy sorprendido de este giro en los acontecimientos? No lo estoy. Nada nos ha unido más como pareja que nuestros “días del alma”. Desde el inicio de nuestra relación, hemos planificado estos mini retiros en los que ocupamos la mitad de un día para sacar a la luz asuntos, analizar, clarificar valores y hacer planes.

El proceso que seguimos es simple. Primero escogemos un lugar bello a donde ir. Hoy hemos escogido Berkeley, porque a los dos nos gusta mucho el campus de la Universidad de California, los cafés y la calle Telegraph.

Segundo, escogemos un tema. Hoy fue la comunicación, pero también hemos escogido tópicos como resolver diferencias, planificar el nuevo año, determinar nuestros valores centrales o tomar decisiones conjuntas. Planteamos una o dos preguntas relacionadas con el tópico escogido, como por ejemplo “¿cómo nos podemos comunicar mejor?”

Tercero, nos separamos por un par de horas para hacer una reflexión personal. Yo fui a uno de mis cafés favoritos hoy y escribí en mi diario. Jeff caminó por el campus universitario. Este tiempo en soledad me ayuda a centrarme y permite que mis sentimientos y pensamientos más profundos afloren.

La cuarta parte de nuestro día del alma es reunirnos en el punto designado y compartir las reflexiones. Hoy nos encontramos en un banco del campus, leímos nuestros diarios y compartimos reflexiones.

Cuando nos sentamos en ese banco estábamos maravillados de cómo cada uno de nosotros había redefinido el tópico. No habíamos utilizado el tiempo en “problemas de comunicación” sino en cuánto apreciamos el estilo de comunicación del otro. Estamos dialogando sobre cómo cada uno de nosotros es bueno en diferentes clases de comunicación y cómo necesitamos trabajar desde las fortalezas de cada cual y no pretender que el otro sea lo que no es. Estamos viendo más claramente que tenemos necesidades y que cuando estas son respetadas la comunicación fluye.

Hoy ha sido especial. Hemos reafirmado mutuamente el valor de la apreciación. Vemos como nuestra unión es fuerte y puede vencer cualquier obstáculo en la comunicación. Entonces, ¡nos vamos a celebrar! Hay un exquisito restaurante indio en la calle Telegraph.

A JEFF EN SU CUMPLEAÑOS

(mientras acampamos en el río Yuba)

*Nacido desnudo saltando del agua
Buscando siempre su paraíso fluvial
El niño chistoso compartiendo la vida
Casado conmigo, apasionado por ti
Buscamos juntos siempre la corriente
Divina y pura, llena de vida
Nadando, disfrutando cada recodo del río
Hasta entre nosotros y el agua no se podría distinguir*

QUIÉN ES DIOS PARA MÍ

*Quien es Dios para mí
Nunca ha sido más claro
Ni más raro
Las palabras atrapan la esencia de Dios
Como un tamiz, el agua.
El joven perdido se ha vuelto,
El viejo perdido
Encontrados una y otra vez
Por el Dios perdido.
Las palabras fallan en delimitar a Dios
Indelimitable.
Las palabras logran delimitarme
Así Dios puede ser quien desee ser
Para mí.*

RELIGIÓN

Jeff y yo estamos debatiendo espiritualmente con una persona que creció culturalmente en un entorno judío y con un padre ateo.

Ella nos dice que ahora se considera agnóstica. Nos revela que en momentos de gran estrés personal, lamenta no poder descansar en una creencia que le de consuelo o seguridad.

Nos esforzamos para encontrar una manera de compartir nuestras creencias, pero se hace muy engorroso por la falta de un contexto y definiciones comunes. Decidimos entonces hacerlo a través de las experiencias que hemos tenido. Mirando el telescopio Hubble, admirando un hermoso arbusto de buganvillas de color púrpura, viendo elefantes en la sabana africana. Nos topamos con preguntas difíciles como: ¿qué es lo esencial?, ¿qué es lo que más aprecio?

La discusión es apasionada, pero carece de un contexto común. No puedo expresar de manera clara mi catolicismo y mucho menos la lucha ecuménica que se ha desarrollado en mí durante décadas.

Estoy leyendo "Teología para el tercer milenio", un libro de Hans Kung, respetado teólogo católico. El libro comienza a construir lo que Kung llama *teología ecuménica*, una manera de hacer teología que resuelve la Reforma Cristiana y busca un terreno común entre el cristianismo y otras religiones con el interés de generar paz. Una pregunta central en este diálogo es: ¿cuál es la religión verdadera? Me golpea la rigidez y controversial naturaleza de esta pregunta. Pero el autor concluye: "tal como va el futuro, solo una cosa es cierta: al final de la vida humana y del transcurso del mundo, el Budismo y el Hinduismo no pervivirán, ni el Islamismo ni el Judaísmo. En verdad, al final, el Cristianismo no estará ahí tampoco. Al final, ninguna religión quedará en pie, excepto aquella que podemos llamar Inexpresable, hacia la cual todas las religiones se orientan..."

Estas líneas me fueron edificantes. Confirman lo que creo y la manera en la que quiero vivir. La gratitud por las reflexiones de este compañero de viaje me llena el alma.

IDENTIDAD

(la voz de un padre de familia)

Era un buen y fiel sirviente. Esperó por mi día y noche. Estuvo al tanto de mis necesidades y deseos. Cuando alguien en nuestro hogar lo necesitó estuvo ahí. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí. De hecho, una vez declaró que si yo le pedía que cuidara un sencillo grano de arena por el resto de su vida, se dedicaría completamente a esta tarea o a cualquier otra que yo le confiara. Definía su trabajo como esperarme y observar mis más leves señales.

Yo nunca lo contraté como sirviente. El hacía su papel y yo le alimentaba, pero nunca quise un sirviente. Él es mi hijo. Mi familia. Mi hogar. Incluso mi trabajo. Siempre quise que heredara mi inmueble y continuara mi obra, como crea conveniente.

Estoy retirado ahora gracias a mi hijo. Él ha expandido nuestra familia, manejado los asuntos del hogar y es un gran compañero en el trabajo. Ha crecido. Ha comprendido que es mi heredero. Lo hará bien, después de todo le he enseñado todo lo que sé y es mi descendencia, mi sangre. Además, siempre estoy aquí para él, felizmente retirado y orgulloso.

LA CENA

“Vienen a cenar esta noche”, dijo mi hermana.

“¿Quiénes?” pregunté.

“Mamá y papá”, dijo ella. “Los he invitado y papá accedió”.

“¿Estás segura? Han pasado trece años y no vienen a cenar cuando Jeff y yo estamos de visita. ¡No lo creo! ¿Escuchaste bien?”

Ella asintió.

Incrédulo, insistí que le preguntara en mi presencia. En el plazo de una hora la observé acercarse a papá con esa habilidad que había cultivado durante décadas, para lidiar con la testarudez: “Tú y mamá vienen hoy a cenar a las seis en punto”.

Su respuesta a su no-pregunta y casi-orden fue: “Sí”.

Ella continuó: “Estaré aquí para ayudarte con mamá”.

A no ser por papá, mi madre habría capitulado a las cenas mucho tiempo atrás. Ahora, a los noventa y un años, y desorientada por una trombosis severa, simplemente seguía las orientaciones de papá, sin objeción. Durante años, mamá debe haber sufrido profundamente el boicot que le mantenía sin ver a su hijo y su nuevo amigo. Quizá su trombosis finalmente ablandó el corazón de papá.

Su reacción a mi “salida” hace trece años atrás no había cambiado mi decisión de visitarles una vez al año. ¡Supe que papá no era sincero al decir, “Deberías suicidarte!” Yo no quería salir de su vida. Simplemente me contuve, le miré a él y a mamá y salí de su casa sin decir palabra.

Mamá me acompañó hasta el automóvil. Papá miraba desde la puerta frontal como mi madre me abrazaba y lloraba, “Te queremos. Te queremos. ¡No dudes que te amamos!”

Unos días después llamé por teléfono para asegurarles que me verían otra vez.

Una vez que Jeff y yo nos asentamos en San Francisco, acordamos hacer unas visitas anuales que son cuidadosamente articuladas en cada detalle. Jeff y yo no queríamos quedar expuestos a algún comportamiento de rechazo por parte de ellos. Primero les telefonaría para informarles que llegaríamos a Lowell y preguntaría si quisieran una visita. De paso les aseguraba que teníamos donde quedarnos. Entonces ellos dejaron muy claro que deseaban verme solo a mí. Les daría dos horas de mi tiempo libre. Ese era el tiempo que pensaba podía estar con ellos sin sentirme incómodo.

En cada visita Jeff y yo pasaríamos tiempo con amigos y otros familiares. Cada uno de los adultos de la familia nos aceptó con los brazos abiertos, incluyendo las hermanas de mi padre, que eran monjas y mi madrina Mimi, quien no evitaba mencionar palabra alguna sobre la mala conducta de mi padre.

Extendí después las visitas familiares más allá de las dos horas e incluso varios períodos de dos horas si todo iba bien. Usualmente fue bien.

Cuando llegaba a casa de mis padres, mi papá me estrechaba la mano, pero evitaba el acostumbrado abrazo de antes. No hacía preguntas de mi vida y dejaba que fuera mamá quien mantuviera el curso de las conversaciones.

Año tras año las visitas fueron cordiales. Veía a mis padres solo yo. Jeff me esperaba en la casa de mi hermana, justo al lado. Eventualmente, me invitaban a almorzar, pero siempre les decía que Jeff me estaba esperando allí a lado y que eran bienvenidos a unírseles. Cada año papá rehusaba con una excusa como “ya tenemos el almuerzo preparado”.

Mi hermana también los invitaba a unírseles en la cena, pero siempre en vano.

Trece años de frialdad, pero esta noche ha llegado el deshielo. Jeff casi se sale de la carretera cuando lo llamé y le conté la noticia. No solo por fin conocería a mis padres, sino que también tendríamos un grill de salmón. ¡Una prueba doble!

Llegaron a las seis, según lo acordado. Papá le estrechó la mano a Jeff. Mamá se quedó mirándole. Mi hermana, su pareja y los niños actuaron como si todo fuera normal. El salmón estaba para chuparse los dedos. Conociendo el punto débil de mi padre, Jeff le convidó a jugar una partida de Cribbage.

Por mi parte, me pregunté si me habían puesto droga en el vino. No podía dar crédito a lo que veía.

Mamá me dejó sin aliento durante el beso de buenas noches. Saliendo de su demencia por un instante mágico, sonrió y señalando a Jeff susurró en mi oído: “¡Es un encanto!”

PARAÍSO

Mi amante vive en el Paraíso.

Partió hacia el Paraíso hace un par de décadas.

*Ahora, se despierta cada mañana con una sonrisa
y pasa el día disfrutando en el jardín de la vida.*

Para él, no hay adversidad que no sea aprendizaje,

no hay obstáculo que no sea oportunidad,

no hay momento que no sea de alegría

Cada persona trae un brillo a sus ojos

y un signo de gratitud y apreciación.

El partió del mundo ordinario

cuando dimos la espalda a la falsedad

y nos abrimos genuinamente al porvenir.

El me trajo consigo al Paraíso.

PARAÍSO COMPARTIDO

Un infarto cardíaco golpeó a nuestro amigo el escritor, antes de que completara su libro. Era una memoria espiritual, otro de la larga serie de libros espirituales que ha escrito.

Christopher (como lo llamamos) se maravillaba de que los lectores amaran sus libros. “Yo solo reflejo mi vida diaria. Eso es todo”. Pero Christopher tenía la magia de convertir lo ordinario en extraordinario. Demostró la manera de reflejar la vida diaria desde la perspectiva de la fe. Sus escritos invitaban a las personas comunes a ser místicas, a contemplar la historia propia y conectarla con una historia mayor, sea una religión o una filosofía.

Jeff y yo tratamos de encontrar sentido a su repentina muerte, su memoria inconclusa y la discrepancia entre su persona pública y su vida privada, llena de luchas interiores. Tres años antes, nuestro querido amigo comenzó un proceso de descubrimiento de sí mismo y apertura. Como un sacerdote que amaba su ministerio, luchaba por reconciliar su deseo de amar y ser amado como hombre gay con la política de la iglesia, que no acepta las relaciones amorosas gay. Esta lucha tan dolorosa contribuyó, pensamos, a su infarto cardíaco.

En nuestro pesar, Jeff y yo creamos una historia que nos consoló. Es sobre un suceso que no ocurrió en un sentido literal, pero refleja una conversación que pensamos era la que tenía lugar en el corazón de Christopher:

Dios vino a Christopher, en su cama de hospital, unos días después de su primer infarto. “Christopher, tengo que pedirte un gran favor”.

“Sabes que siempre te he dado todo lo que has querido”.

“Christopher, querido Christopher, has vivido toda tu vida complaciéndome y haciendo el bien a muchos. Hay, no obstante, algo más que quiero de ti. Quiero que escribas un libro”.

“¿Sobre qué otra cosa podría escribir? He escrito libros que describen cada experiencia que he tenido. He dado charlas sobre espiritualidad que han ligado tus escrituras a cada faceta de la experiencia humana, desde la muerte hasta el nacimiento. He mostrado y compartido todo de mí en cada libro y presentación”.

“Cierto, Christopher. Tu vida es un libro abierto que ha ayudado a millones a ver la sacralidad de sus vidas. Pero hay, no obstante, una parte significativa de ti mismo que has mantenido oculta de casi todos los que conoces: el hecho de que eres gay, el hecho de que tienes una relación amorosa gay, Christopher. Eso lo has dejado fuera de tu memoria espiritual”.

“Oh, sí. Pero no es un secreto entre nosotros. Hemos discutido esa parte de mí una y otra vez. Hemos llegado a un consenso en ese sentido, ¿verdad?”

“Sí. Así es. Hemos llegado a muy buenos acuerdos sobre ese aspecto en los últimos tres años. Pero, Christopher, nunca has proclamado que yo te amo como eres,

como una persona gay. Le has dicho a unos pocos amigos que ese es tu más grande don, pero has excluido esa parte tan significativa de ti mismo de todos tus libros y charlas”.

“¡No habrías querido que ofendiera o me arriesgara a perturbar a tanta gente que depende de mí! Ellos no están listos para esto. Los habría perdido. Me arriesgaba a un escándalo”.

“Christopher, ¿no he sido yo quien te ha creado gay? ¿No he insistido en que te amo cómo eres? ¿No te he llevado a conocer a otros hombres y mujeres gay que he amado profundamente? ¿No te he mostrado cómo sufren y cómo su dicha es la mía? Christopher, yo no te he rechazado. ¿Por qué piensas que debes rechazarte a ti mismo en frente de toda la gente?”

“¡Es por todos ellos que tengo el secreto!”, dijo Christopher visualizando las muchas pérdidas que sufriría: menos correos de *fans*, invitaciones cada vez en menor número, más cancelaciones, audiencias reducidas, menos lectores y el doloroso rechazo de muchos seguidores. Su mayor temor, se dio cuenta, no era perder su audiencia sino su reputación como un guía espiritual.

“Christopher, escribe el próximo libro. Cuéntale a mi pueblo cuan profundamente te he amado”.

Christopher sintió que se aferraba al mundo construido por él, al que había dedicado su vida. El título de su primer libro pasó frente a sus ojos: *En tus Manos*. Deseando confiar en Dios, como siempre había hecho, se forzó a abrir las manos en un instante triunfal.

Pero entonces vino la filosa agonía de su decisión, como las uñas que crecían en sus manos, como una daga en su corazón. Reuniendo todas sus fuerzas gritó: “¡Sí, sí, sí!”

Dios le dejó en la agonía de sus sí por un tiempo que pareció eterno. Después Dios habló con una voz que había perdido toda rudeza, “Christopher, tus sí son perfectos para mí. Contienen todo el amor bondadoso que has sentido hacia mí y por tus hermanos y hermanas. Tu amor es perfecto. No necesito nada más de ti. Nada, ni tan siquiera el libro. Solo el último latido de tu corazón. Ven a mí, Christopher, ven a mí”.

Christopher corrió, sin aliento, a los brazos de Dios.

Christopher murió el fin de semana de mi cumpleaños cincuenta. Cinco días después de su muerte una entrega floral llegaba a nuestra casa, era un filodendro de cuatro pies de altura, enroscado a una estaca marrón con un lazo blanco. De Christopher.

Philodendron, es un término de origen griego que significa “árbol del amor”. De manera natural él se expande, busca a otras plantas y se enlaza sin distinción. El filodendro de Christopher adorna nuestro hogar, es de los dos, de Jeff y mío y de todos los amigos y de los extraños que son bienvenidos en nuestro paraíso. Estamos

agradecidos de que nuestro hogar se haya convertido en el oasis donde nuestro querido amigo Christopher y la persona que amaba podían considerar decisiones importantes como la fe, el ministerio, la intimidad o la sexualidad.

Mientras escribo esta historia, Christopher me ha visitado en sueños y hemos compartido una mirada llena de amor. Aunque nuestros caminos y destinos son bien diferentes, sé que nuestra lucha común y nuestra profunda amistad han unido nuestros corazones y nuestro espíritu para siempre.

Epílogo

Reflexiones teológicas

¿TODAVÍA CREES EN DIOS?

La pregunta parece simple. Implica tan solo un sí o un no. No obstante, es la pregunta más difícil para mí, si quiero dar una respuesta que sea profunda y honesta. ¿A qué Dios nos referimos? ¿Nos referimos al Dios en el que solía creer o aquel en el que ahora creo? ¿Qué significado exacto damos al término *creer*?

¿Creías en Dios?, en pasado, es una pregunta simple. Puedo mirar atrás en mis diarios. Esa mirada retrospectiva revela el Dios que yo afirmaba creer en las diferentes etapas de mi vida y, todavía más importante, revela si en la realidad vivía de acuerdo con esa creencia. Mirar atrás desde el diario clarifica también cuál era el Dios que estaba adorando en realidad. Sin retrospectiva, cualquier descripción que dé sobre mis creencias actuales sería la de un bufón, cuyas valoraciones inspiran risa en lugar de aceptación.

Prefiero responder a la pregunta de si creo o no en Dios con historias de mi experiencia, como he hecho en este libro. Mis historias revelan más que las creencias que sostengo sobre Dios. Ellas revelan cómo me relaciono con Dios. Las historias pueden invitar a un diálogo que sea profundo y también inspirar nuevas conductas. Las historias son accesibles, mucho más que las reflexiones teológicas, las cuales estoy haciendo ahora, aunque considero solo son válidas y clarificadoras cuando están basadas en la experiencia.

Mientras mis historias emergían en la meditación, busqué patrones y descubrí que mi relación con Dios se desarrolló en diferentes etapas que de alguna manera se fueron superponiendo unas con otras, inicialmente las creencias más convencionales, el cuestionamiento posterior y después el tránsito a una etapa de genuina selección de mis creencias. Cada una de estas etapas cambió mis conceptos de Dios y la manera en que vivía y me relacionaba con él.

Las páginas siguientes son la descripción de esas etapas en los títulos El creyente verdadero, El escéptico y El amante. (Estas etapas reconstruyen aquellas descritas por psicólogos como James Fowler y Lawrence Kohlberg, quienes basaron sus teorías en las ideas desarrolladas por Erik Erikson y Jean Piaget). Con suerte, esta breve reflexión sobre mi desarrollo les inspirará a indagar más en su interior y a responder desde sí mismos la pregunta: ¿Aún creo en Dios?

EL DIOS DEL CREYENTE VERDADERO

Mi nombre infantil para Dios era *Le Bon Dieu*, que traducido del francés significa “el buen Dios”. *Le Bon Dieu* era masculino, por supuesto, y hablaba francés, al menos hasta que estuve en octavo grado, cuando él aprendió inglés. En la Iglesia, también habló solo en Latín hasta los primeros años de la década de 1960.

El catolicismo franco-canadiense-americano me enseñó doctrinas filtradas a través de las clases de catecismo y de las interpretaciones de la clase obrera, rituales del hogar y la iglesia y preceptos morales transmitidos tanto por la enseñanza eclesiástica como por la cultura francesa de Lowell, Massachusetts. En mi familia la religión reinaba, incluso por encima de la autoridad de mi padre.

Con todas las monjas y curas en la familia, es una suerte milagrosa haber sido concebido. Cuatro tías eran monjas, y tres tíos curas. Si hubiésemos sido judíos habríamos tenido una tribu de Leví. Criábamos clero. Esto es cierto tanto para la generación de mis padres, como para la mía. Una de mis primas se convirtió en monja y tres de nosotros los varones fuimos al seminario, yo a los catorce años.

A los diecinueve mi religión heredada se hizo personal por primera vez. Durante una experiencia de retiro llamada Cursillo, comencé a apropiarme de los rituales, los dogmas y la moral católica. Ellos transformaron la manera en que me percibía en el mundo, en que me relacionaba con Dios y vivía mis creencias. Mi manera de hablar acerca de la religión se volvió muy diferente de la de mis padres.

Los seminarios a los que asistí hasta que tuve veintisiete, dieron soporte al proceso de reinterpretación, como también el Segundo Concilio Vaticano que ocurrió en los primeros años de la década del 60. Los estudios teológicos avanzados que cursé en el Instituto Teológico de Boston, aceleraron ese proceso.

El Instituto ofrecía cerca de 600 cursos de maestría y doctorado en seis escuelas teológicas diferentes, incluyendo la Evangelista, Protestante, Episcopal y Católica. Aunque algunos cursos pertenecían a la política y doctrina de iglesias específicas, la mayoría implicaban relaciones entre distintas fes o una exploración ecuménica. Muchos cursos integraban también ciencias sociales.

La escuela teológica fue un festín para mi crecimiento espiritual. La experiencia profundizó y expandió mis entendimientos, descartó otros y conformó en mí al buscador de grandes verdades, en lugar del predicador sectario de respuestas dadas.

Fui ordenado sacerdote a los veintinueve y contratado como director de un Programa de Grado que entrenaba directores de educación religiosa para parroquias y diócesis. La enseñanza de grado continuó profundizando mi teología. También enlazó mi teología más estrechamente con los estudios de doctorado que había completado en la Columbia University, específicamente relacionados con la educación de adultos y el desarrollo comunitario. Los estudios sobre Educación incrementaron mi conciencia del ciclo humano de desarrollo y las dinámicas inherentes al desarrollo grupal, espiritual y

al cambio social. Las categorías de las ciencias sociales hicieron mucho más informada mi teología.

Reconceptualizar la fe religiosa transformó mi relación personal con Dios. En rezo y meditación, pedía a Dios que guiara mi carrera para determinar si era acertado o errado en mis decisiones, para sortear mi confusa sexualidad y prepararme para algunos rituales o bien para la función profesoral.

Le exponía a Dios mis intenciones y planes, escuchaba sus dudas, inconveniencias o nuevas perspectivas. Al relacionarme con Dios de esta manera pude abrirme a realidades que estaban más allá de mi percepción inmediata y esto también me ayudó a ganar la perceptiva visual más amplia posible para valorar mi situación personal en un momento dado.

Iniciando mis veinte años de vida, Dios tenía mucho más de Señor que de Padre para mí. Buscaba hacer su voluntad, como si eso fuera accesible en términos objetivos y discernible entre mis pensamientos y sentimientos relativos a la creencia en la Iglesia Católica. En retrospectiva veo claramente que en aquel momento no estaba convencido de que Dios hablara a través de mi sexualidad o de las urgencias de mi cuerpo. Estaba más en sintonía con la mente y las emociones que con el cuerpo. Me perdí todas las pistas corporales y carecí del lente fisiológico para interpretar mi sexualidad en ciernes.

Si miro a la fe de mis veinte desde una perspectiva conductista, veo que actué mucho más como un adulto caritativo y compasivo, que como adolescente. Me veo a mí mismo como maestro voluntario de arte y danza para personas con daño mental severo. Me veo dedicando mi vida al sacerdocio y al servicio de la iglesia. Me veo participando en marchas y protestas contra la guerra de Vietnam. Me veo procurando información sobre las comunidades latinoamericanas y su liberación cristiana, estudiando educación liberadora. Me veo a mí mismo viviendo en una comunidad religiosa de hombres y dando mis servicios y ganancias a la comunidad. Me veo haciendo amistad con personas que profesaban otras formas de fe cristiana. Me veo enseñando a otros para el servicio de educadores, administradores o asesores.

La fe de mis veinte me abrió a la gente, específicamente a gente que estaba más allá de mi círculo social. Mi fe me inspiró continuamente a preguntarme cómo podría ser de mayor ayuda a los otros.

EL DIOS DEL ESCÉPTICO

La noción de Dios que tenía en mis tempranos veinte años continuó dando forma a mis veinte y tantos y también a mis treinta. Estuve firmemente anclado en la Iglesia Católica, el sacerdocio célibe y el trabajo enfocado a la justicia social. Tuve una sucesión de empleos: director de un programa de grado, profesor universitario, investigador de prácticas educativas liberadoras en Latinoamérica, director de educación en un centro de justicia social y más tarde consultor organizacional para organizaciones sin fines de lucro. También publiqué muchos artículos y libros acerca de la educación religiosa y el liderazgo. A pesar de lo productiva que fue, esa etapa de mi vida fue para mí un periodo de dudas.

Mi dios no era exclusivamente masculino o casado con la Iglesia Católica Romana. A mediados de mis veinte, debido a mi relación con el movimiento femenino y con mis compañeras de la escuela de teología, pude ver claramente que adscribir género a la divinidad era algo metafórico y antropomórfico y que muchas metáforas diferentes podían ser utilizadas, incluso de manera conjunta, para describir a Dios.

Cuando las dudas entraron a mi relación con la Iglesia Católica, este Dios no se espantó de la lucha. No obstante, tampoco fue una salvadora o un guerrero luchando a mi lado. De hecho, me dejó revolcarme en la ambigüedad por años. (No puedo referirme a Dios como “El” o “Ella” o “Eso”. Prefiero el hebreo “Yhwh” que es exactamente una exhalación. Como los antiguos hebreos creían, Dios no puede ser capturado en un nombre).

La lucha abarcó mis amistades íntimas. En mis treinta, un nuevo amigo y yo nos convertimos en amantes. Con él, probé la alegría de la intimidad física, pero mi alegría estaba empañada por el temor a ser descubierto y expuesto como sacerdote homosexual. Con él, disfruté la confianza y la apertura, pero me sentía como un esposo que está engañando a su esposa. Le seducía y después le alejaba, cuando me sobrevenía la culpa. Él quería una relación a largo plazo, yo solo podía darle una aventura.

La lucha también se impuso en mi vida laboral. Tenía un deseo genuino de trabajar en beneficio de los pobres. Investigué temas de pobreza, escribí artículos y hasta tomé un sabático de seis meses para exponerme a mí mismo a las luchas de las comunidades cristianas en barrios pobres y en la selva de Brasil y otras partes del centro y sur de América. Tomé entonces un empleo en un centro de investigaciones de justicia social en Washington, D.C. Todos estos esfuerzos y buena voluntad también me dejaban insatisfecho. Algo dentro de mí impedía que encajara, ni siquiera entre las personas devotas de la comunidad de justicia social a la que pertenecía en el D.C. Me sentía profundamente desilusionado de mí mismo. No obstante, quería darme a los pobres.

Mi relación con la Iglesia Católica se fue debilitando. Aunque era miembro de la congregación de curas, vivía solo. No acepté las invitaciones a trabajar en parroquias y

retiros. Su teología y sus nociones del ministerio eran muy diferentes de las mías. No confiaba en que pudieran entender mis luchas en el tema de la sexualidad y temía su rechazo.

La iglesia más abierta en la que he servido como sacerdote no era más receptiva a la homosexualidad que mi comunidad religiosa. Como mucho, la posición oficial de la iglesia era “ama a la persona y condena el acto”. Quizá las pequeñas comunidades devotas con las que trabajé habrían sido más comprensivas de mis debates y luchas, pero temía el rechazo y no quería comprometer el buen trabajo que estábamos realizando allí.

Me sentía rechazado por la Iglesia. Desde mi perspectiva, presté atención a los asuntos de la Iglesia, pero la Iglesia no prestó atención a mis asuntos. Las enseñanzas de la Iglesia sobre la homosexualidad me ofrecieron como única guía el celibato, pero el celibato me dejaba solo y en conflicto.

Mi relación con mis padres también se volvió una lucha. Como sacerdote, era la niña de sus ojos. Estaban orgullosos de mí y me mostraban afecto. Nunca les conté de mi confusión respecto a mi identidad sexual, mi vida íntima o mis soledades. Ellos conocían y tomaban cariño a mis amigos, sin saber que muchos de ellos eran gay. Adoraban al Maurice que veían, pero, ¡había tanto de mí que no veían! Eran gente del mundo obrero, con muy pocos contactos con personas que no fueran heterosexuales. Yo temía su rechazo.

Avanzados mis treinta, cuando vivía solo, regresaba a casa y pasaba la noche cerca de la chimenea. Pocos aliviaban mi soledad. Afortunadamente tres personas me mantuvieron cuerdo: un chico del barrio, su abuela y un compañero del trabajo.

El chico esperaba en la entrada mi regreso del trabajo. Hiperactivo al máximo, siempre tenía planes para los dos. Ir de paseo, volar aviones de madera, visitas rápidas a museos, tomar helado, alimentar ardillas en el Capitolio o en días lluviosos jugar Backgammon. Él y su abuela horneaban un pastel el día que averiguaron que era mi cumpleaños. Me adoptaron.

Un compañero de trabajo en el centro de justicia social también nutrió mi necesidad de compañía. Disfrutábamos haciendo ejercicios juntos en el gimnasio, jugando tenis, yendo a algún club y organizando cenas festivas para sus muchos amigos en las organizaciones internacionales del D.C.

Él, el chico y la abuela me mantuvieron a flote en mi soledad. Ellos no eran conscientes de mis luchas internas con la intimidad y la identidad sexual, pero estuvieron allí apoyándome.

Mis luchas eran mías y por extensión de Dios, pero en esos días eran mayormente mías. Toda noción de Dios como masculino y Padre dejó de tener sentido para mí al final de mis treinta. Dios me amaba, confiaba en ello, pero de alguna manera, Dios era como un familiar ausente.

Dios miró mi experimento y no me hizo arder en la culpa. Prefirió que me mantuviera célibe y me comprometiera al sacerdocio. Arrojó poca luz a mi proceso por clarificar mi orientación. Dios era todavía el Dios de la iglesia que apoyaba sin cuestionamientos la jerarquía católica. Parecía estar en silencio. Yo rogaba por una orientación, pero mis suplicas solo me dieron insatisfacción y soledad.

Con el tiempo, este Dios me hizo orientarme hacia el trabajo en favor de los pobres, cada vez más. Me encontré atraído por la figura de San Francisco de Asís y su amor por el Dios de la pobreza. Mientras estaba leyendo la biografía de San Francisco, escrita por Julian Green, me invadió el pánico y surgió un cambio radical en la noción que tenía, sobre el amor de Dios.

El ataque de pánico me llevó a percibir la preocupación de Dios por la pobreza, no como pobreza social fuera de mí, como lo había concebido anteriormente, sino que se trataba de la pobreza dentro de mí, acerca de mi identidad sexual y mi creciente necesidad de intimidad. Yo era psicológica y espiritualmente pobre y necesitaba atención.

Dios se convirtió en el amigo y consejero que me acompañó mientras hacía mi elección de un estilo de vida propio. Dios ya no me presentó como única opción el celibato y el sacerdocio. Lloré profusamente cuando comprendí que Dios estaría a mi lado tanto si elegía seguir en el sacerdocio como si decidía abandonarlo y vivir como gay abiertamente. Dios se había convertido en el padre espiritual de un hombre adulto. Ya no era más un niño, era un adulto maduro. Me enfrentaba a una elección adulta y necesitaba hacerlo con valentía.

Dios no iba a decidir por mí, como esperaba yo antes cuando rezaba: "hágase tu voluntad". La decisión era mía. Este padre que me ha criado como niño, ahora me mira como un hijo grande, ejerciendo responsabilidad y viviendo con las consecuencias de sus decisiones.

Este nuevo Dios me alivió, al final, de la torturante incertidumbre que sobre el compromiso con el celibato había albergado por más de una década. Una opción definida estaba ante mí. Ya fueran las experimentaciones sexuales, las señales mixtas dadas a los amantes, el miedo de que fuera descubierto o mi trabajo comprometido. Por dos años, probé mis opciones.

Primero traté de vivir célibe y observar las consecuencias de esa opción. Después, cuando esa opción no parecía satisfacer mis necesidades de intimidad, comencé a proyectar de manera realista cómo podría vivir como un hombre gay fuera del sacerdocio.

Esta nueva manera de concebir a Dios me inspiró a cuidar más de mí mismo y a relacionarme de una forma mucho más compasiva con otras personas gay y con mujeres y hombres que, de otra manera, también eran oprimidos y opresivos.

EL DIOS DEL AMANTE

La conversación dio un giro repentino, y mi vida también. “Tengo algo que contarte”, dijo mi amigo Jeff. “Eres el primero. Nunca se lo he dicho a nadie. Puede ser chocante para ti. Soy gay”.

Menos mal que estaba sentado. Lo que me impactó no fue la afirmación de Jeff, sino su transparencia. Inmediatamente me enamoré de la belleza de su alma. No podría describir mi reacción con el lenguaje que merece, pero en breve, este fue el momento en el que nacimos como Jeff y Mauricio.

Como otras parejas, Jeff y yo pasamos el primer año juntos aprendiendo la manera de lograr una vida conjunta. Desarrollamos formas de dar y recibir amor, tomar decisiones, resolver conflictos y entender nuestras fortalezas y debilidades específicas, únicas.

Para enfrentar los retos de obtener empleo, asentar un hogar y convertirnos en una pareja, desarrollamos una disciplina espiritual que llamamos los “días del alma”. Varias veces cada año o cuando consideramos necesario, planeamos breves retiros para nutrir nuestra relación. Este tiempo de paz favorece que construyamos planes, celebremos, evitemos conflictos, nos apreciemos mutuamente y hacemos todo esto en un espacio que consideramos sagrado.

Nuestra comunidad espiritual se ha conformado y nutrido más allá de las iglesias tradicionales. Jeff no pertenece a una iglesia, y yo no pude encontrar una parroquia católica u otra comunidad religiosa que pudiera ser de nuestro interés. Las pocas veces que fuimos a la Iglesia Católica siempre nos sentíamos ciudadanos de segunda clase, incluso cuando íbamos a la del *Santo Redentor* que es favorable a la membresía gay, en la barriada Castro en San Francisco. Un domingo, el obispo no pudo hablar de los homosexuales fuera del contexto del SIDA y se dirigía a una iglesia llena de gente gay. Nunca se refirió a las parejas gay o a la identidad gay. Desafortunadamente, algunos sacerdotes escondían su orientación homosexual como había hecho yo antes.

Algunas pocas veces asistimos al *Glide Memorial* de la Iglesia metodista en el distrito Tenderloin de San Francisco, una iglesia que atraía una diversidad de gente gracias a su orientación a la justicia social y su alegre coro evangélico. Apreciamos las políticas progresistas de Glide y la teología de la liberación y la excelente prédica de Cecil Williams que hizo sentir mucho más en casa a los homosexuales y otros grupos sociales igualmente sumidos en el ostracismo.

Jeff y yo sentimos la necesidad de conectar más íntimamente con otros que también hacen una búsqueda espiritual, así nos unimos a un pequeño grupo que se reúne cada mes. El grupo promovía la conciencia sobre la necesidad de justicia social y también apoyó a uno de sus miembros que estuvo encarcelado por protestar contra el

entrenamiento de tortura en la Escuela de las Américas. Nuestros encuentros se han sostenido por varios años.

Incluso antes de que este grupo se disolviera, nuestra mesa se convirtió en nuestra principal "iglesia". Una gran variedad de personas se nos uniría cada semana para bendecir nuestra comida con gratitud y apreciación, compartir conversaciones de sobremesa enfocadas en temas relevantes y profundizar relaciones.

El amante se ha convertido en mi metáfora favorita para describir mi relación con Dios. La metáfora del Amante, expresa una mancomunidad e interdependencia que ninguna otra metáfora como las de Creador, Señor o Padre, han podido expresar.

Una mancomunidad amorosa con Dios, en mi mente, implica traer todo mi ser a las relaciones y trabajar ejerciendo todas mis capacidades humanas para percibir claramente, entender profundamente, discernir justamente y actuar desde el amor. Vivir con Dios es actuar de manera plena como ser humano entre otros seres, en lugar de en soledad, y vivir una vida plena para el bien de todos.

Cada día con mi compañero Jeff es una lección sobre cómo vivir en una comunidad amorosa con Dios y el universo.

CONCLUSIÓN

Además de “amante”, “bufón” también parece una metáfora para mi identidad y mi relación con Dios en esta época de mi vida. “El creyente verdadero” correspondió a mis veinte, “El escéptico” a mis treinta y “El amante” a mis cuarenta y cincuenta y continúa siendo acertado para mí ahora.

No obstante, en mis sesenta, estoy repleto no de falsas certezas ni de dudas agonizantes, aunque a veces no me sean extrañas. El amor íntimo sigue siendo la normalidad. No obstante, siento mayor aceptación de la inseguridad y las paradojas del misterio de la vida.

Encuentro que mi pensamiento es más divertido que exacto, y encuentro a Dios más dispuesto a perturbar, que a confirmar mi pensamiento. Me veo a mí mismo como una especie de bufón. Históricamente los bufones eran empleados para contar historias y proveer entretenimiento. En algunos casos, les era otorgada una licencia para transmitir a los líderes malas noticias que ninguna otra persona se atrevía a hacerle llegar.

El bufón que hay en mí aprecia la compañía de los ateos. Recientemente leí un artículo sobre el incremento del ateísmo en Estados Unidos. En “¿Adiós religión? Cómo el ateísmo se incrementa con cada una de las generaciones”, Adam Lee afirma: “Esta transformación demográfica ha tenido lugar desde la Segunda Guerra Mundial, pero en los años recientes ha tomado gran fuerza” (*AlterNet*, agosto 11, 2011).

Por una parte, las noticias me hacen feliz. ¿No hemos tenido ya suficiente extremismo religioso en la política? Los extremistas religiosos le han dado mala fama a la religión y a Dios con una fea combinación de violencia, intolerancia, severa estrechez mental, diálogos inhibidores de certezas y terquedad que mantiene atascado al Congreso, por no mencionar la irracionalidad que desacredita completamente la fe. El ateísmo reta a los creyentes a explicar las bases de su fe y a involucrarse con otros en la resolución de asuntos comunes y a procurar la paz.

Por otra parte, la noticia del incremento de la falta de fe me pone triste. Me recuerdo de los muchos creyentes que he conocido que están inspirados por la fe para vivir procurando el bien común y la justicia. Me considero parte de esos, cuya vida ha sido enriquecida por la idea de Dios.

Digo *idea* porque dudo al atribuir a Dios cualquier sustantivo, adjetivo o verbo sin reconocerlo como parte de mis propias proyecciones. Solo conozco a Dios desde mi propio punto de vista, nunca desde cómo Dios podría ser, apartando mi percepción. Mi búsqueda espiritual está ahora motivada por un deseo intenso de reconocer la fuerza que determina toda existencia y de ser-actuar en armonía con esa fuerza. Solo las experiencias de vida me siguen sorprendiendo, alteran mis nociones y me llevan a ver más claramente las obras de esa fuerza.

Las palabras que utilizo para describir esta fuerza provienen fundamentalmente de mi tradición católica. Ellas están entre las mejores palabras que he encontrado, aunque muchas otras palabras útiles me han llegado de otras tradiciones.

También me encuentro utilizando muchas palabras que no surgen de ninguna tradición religiosa. La ciencia ha propuesto palabras que la religión no incluye. Por ejemplo, mi tradición religiosa católica no fue especialmente útil durante mi lucha por expresarme como hombre gay. Apoyó mi confianza y esperanza en Dios e inspiró buenas elecciones, pero muchas veces me desamparó y me alejó de aceptar mi identidad y de confiar completamente en mi experiencia. Considero las enseñanzas y las creencias morales de mi tradición católica tan limitadas como cualquier intento humano de captar la totalidad de Dios, que es mayor que ningún concepto o que ningún individuo que intenta percibirla.

Mis conceptos de Dios no son auto-justificativos. Necesitan ser probados en la realidad. ¿Tienen sentido en relación con otros conceptos? ¿Inspiran lazos de amor y de justicia con todo lo que existe? La palabra *religión* proviene del latín y significa “enlace conjunto”. Religión implica relaciones correctas con todo lo que es y con la fuerza que lo une todo en un lazo común. Además, ¿mis conceptos de Dios se sostienen? ¿Tienen sentido?

Aunque mis ideas de Dios son limitadas y siempre en desarrollo, han sido esclarecedoras para mí a lo largo del tiempo. Nos hemos desarrollado juntos, mis ideas y yo. De alguna manera Dios se ha mantenido conmigo a través de ellas, y siempre me ha llevado a una mejor calidad de vida. En otras palabras, Dios no ha sido un viejo anticuado. La realidad a la que la idea de Dios apunta ha sido desplegada ante mí continuamente, como si Dios quisiera revelarse a sí mismo y apoyar mi búsqueda y mi existencia.

El bufón que llevo dentro me inspira a reexaminar e integrar mis experiencias de vida y las varias formas en las que me he relacionado con Dios en el pasado. El Dios del creyente verdadero, el escéptico y el amante, es para mí un único Dios con rostros diferentes.

Mi visión de Dios no es la de aquel que inspira seguridad. No provee seguridad absoluta, ni certeza. Al principio de mi viaje espiritual, mi idea de Dios ofrecía mucho más de lo que ahora concibo. Necesitaba más confianza y certezas entonces, y mi forma de ver a Dios entonces me permitió sobrevivir al proveerme de eso que necesitaba. Ahora, la seguridad que la idea de Dios me inspira proviene de una fe profunda en la fuerza de la vida que es valiosa y llena de amor, no importa cuanto pueda cambiar mi percepción de Dios.

Mi visión de Dios me permite relacionarme con personas de otras religiones y con personas que son muy diferentes. Mi disminuida necesidad de certeza, me permite una mejor implicación en el diálogo con otros de ideas diferentes o incluso opuestas. Me permite aceptar, desde la paradoja, la coexistencia de ideas similares y contradictorias.

Puedo vivir la tensión de la paradoja y esperar pacientemente una resolución. Esta habilidad permite involucrarse de manera constructiva en complejos procesos decisionales que se desarrollan en un entorno de relaciones globalizadas. Permite ir más allá de la terquedad de las certezas y necesidades tribales. Desarrolla la comunidad basada en perspectivas reconocidamente limitadas que pueden ser compartidas. Estimula la búsqueda de soluciones para nuestros problemas comunes y aumenta los esfuerzos por profundizar y ampliar lo que es efectivo.

Mientras Dios ha unido y a la par dividido a las personas -mi propia vida demuestra ambas cosas- estoy profundamente agradecido de que Dios siempre me enseñara a crecer y desarrollar mayores capacidades como ser humano y a vivir de manera más justa con otros seres por el bien de todos.

Confesiones de un Sacerdote Gay Casado

Fragmentos

"En el principio, Dios, me hiciste célibe. Estabas satisfecho de que entrara al seminario Católico a los catorce y de que te hubiera elegido a ti por encima de las chicas y el sexo."

(Dios de la Sexualidad)

"Él era un sacerdote. Yo también lo era. Ambos en conflicto. En la cama de Dios."

(La Primera Vez)

"Llegó a Brasil con una mochila. Regresaría a casa con una maleta llena de preocupaciones, mucho más urgentes que alejar a los mosquitos y a las ratas."

(Sabático)

"La tierra roja se pegaba a sus botas y teñía sus pantalones azules y su playera blanca, mientras este chico estadounidense rojo, blanco y azul iba a casa después de su primera incursión en la isla roja prohibida."

(Rojo)

"No había notado a la pequeña niña sentada a mitad de camino bajo el asiento medio de la izquierda, hasta que un hombre atrás de ella se puso de pie e interrumpió mi sermón gritando: "¡No sabe de lo que está hablando!"

(El Sermón)

"Me siento triste de que sientas que tienes que ocultar quién eres. Me enoja el hecho de que tus superiores probablemente te despidan si se enteran. La soledad que describes me rompe el corazón, Maurice."

(El Suéter Rojo)

"Como trapecistas, Maurice y yo nos conectamos de un brinco. Habíamos dejado cada uno la seguridad de nuestras vidas de clóset y habíamos brincado a lo desconocido. A medio vuelo, el destino unió nuestros corazones."

(El Anuncio)

"Esta noche lloro todas esas lágrimas por mi papá, y él no ha muerto, aún. Pero morirá. Morirá cuando finalmente le diga que estoy dejando el sacerdocio y que me he enamorado de un hombre con el que me quiero casar."

(El Réquiem)

"Su reacción a mi salida del clóset, hace trece años, no desanimó mi resolución a visitarlos una vez al año. Yo sé que mi padre no tenía la intención verdadera de herirme cuando me dijo: "Deberías matarte a ti mismo"

(La Cena)

"Quizás las cruces en nuestras iglesias deberían cargar no a la figura de Jesús, sino los cuerpos de los contemporáneos que excluimos. Deberíamos comer su carne torturada y beber su sangre derramada y saber que nuestra comunión con ellos es nuestra salvación."

(Carta a la Iglesia)